

INVENDACIÓN CASTÁLIDA

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL CLAUSTRO DE SOR JUANA



San Jerónimo: de convento a universidad

INVNDACIÓN CASTÁLIDA

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL CLAUSTRO DE SOR JUANA

NÚMERO 14

RECTORA

CARMEN LÓPEZ-PORTILLO ROMANO

DIRECTORA

MORAMAY HERRERA KURI

EDITORES

LUIS TORRES ACOSTA

DANIEL RODRÍGUEZ BARRÓN

CORRECCIÓN

JONATHAN MINILA

CONSEJO EDITORIAL

MARGO GLANTZ

SARA POOT HERRERA

ADOLFO CASTAÑÓN

MARIO BELLATIN

RAFAEL TOVAR Y LÓPEZ-PORTILLO

LUIS ALBERTO AYALA BLANCO

HERNÁN BRAVO VARELA

ANA GARCÍA BERGUA

PABLO RAPHAEL

EZRA ALCÁZAR

DISEÑO EDITORIAL Y FORMACIÓN

ALBERTO NAVA

CORREO ELECTRÓNICO

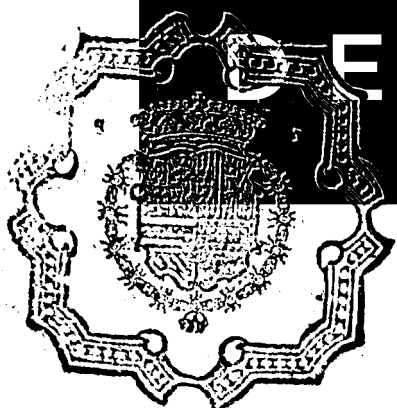
DIFUSIONCULTURAL@ELCLAUSTRO.EDU.MX

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización por escrito de la Universidad del Claustro de Sor Juana. INVNDACIÓN CASTÁLIDA, Año V No. 14, abril de 2020, es una publicación trimestral editada y distribuida por la Universidad del Claustro de Sor Juana, A.C., calle San Jerónimo 47, colonia Centro, delegación Cuauhtémoc C.P. 06380 www.elclauastro.edu.mx, mkuri@elclauastro.edu.mx Editor Responsable: Moramay Herrera Kuri. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2018-080617591100-102, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor, Licitud de Título y contenido en trámite, otorgado por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Impresa por Master Copy, S.A. de C.V., Calle Plásticos, No. 84 local 2 ala sur, Frac. Industrial Alce Blanco, Naucalpan de Juárez, C.P. 53370, Estado de México, este número se terminó de imprimir el 17 de abril de 2020, con un tiraje de 1000 ejemplares.

CULTURA CLAUSTRO • 5130•3327 • IZAZAGA 92 • CENTRO • CDMX • ELCLAUSTRO.EDU.MX

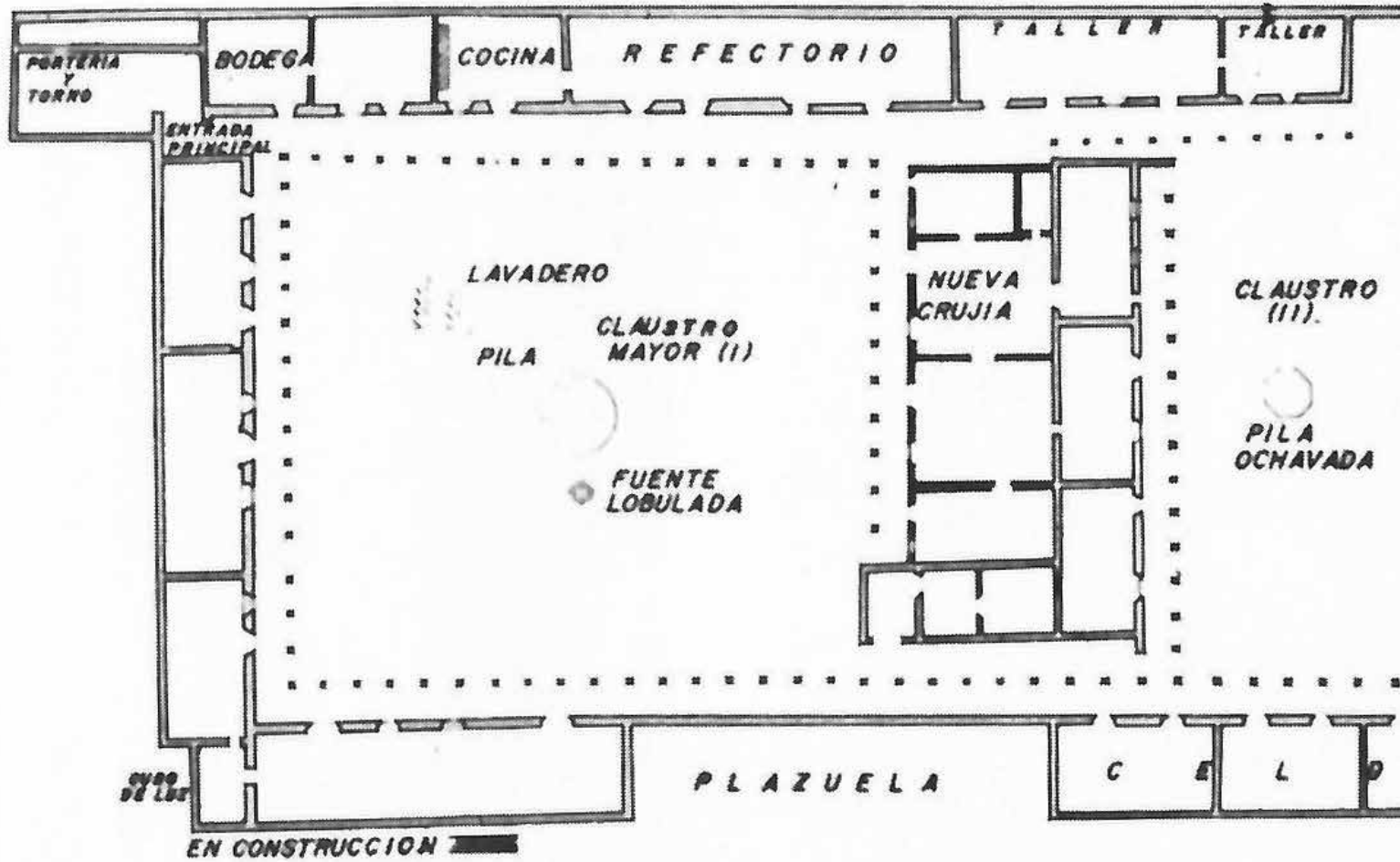


INUNDACIÓN
CASTÁLIDA
REVISTA DE LA
UNIVERSIDAD
DEL CLAUSTRO
DE SORJUANA



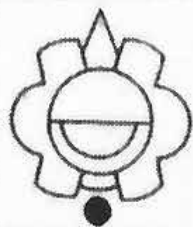
C A L L E D E S A N J

C A L L E I L A C A T O L I C A



C A L L E

I



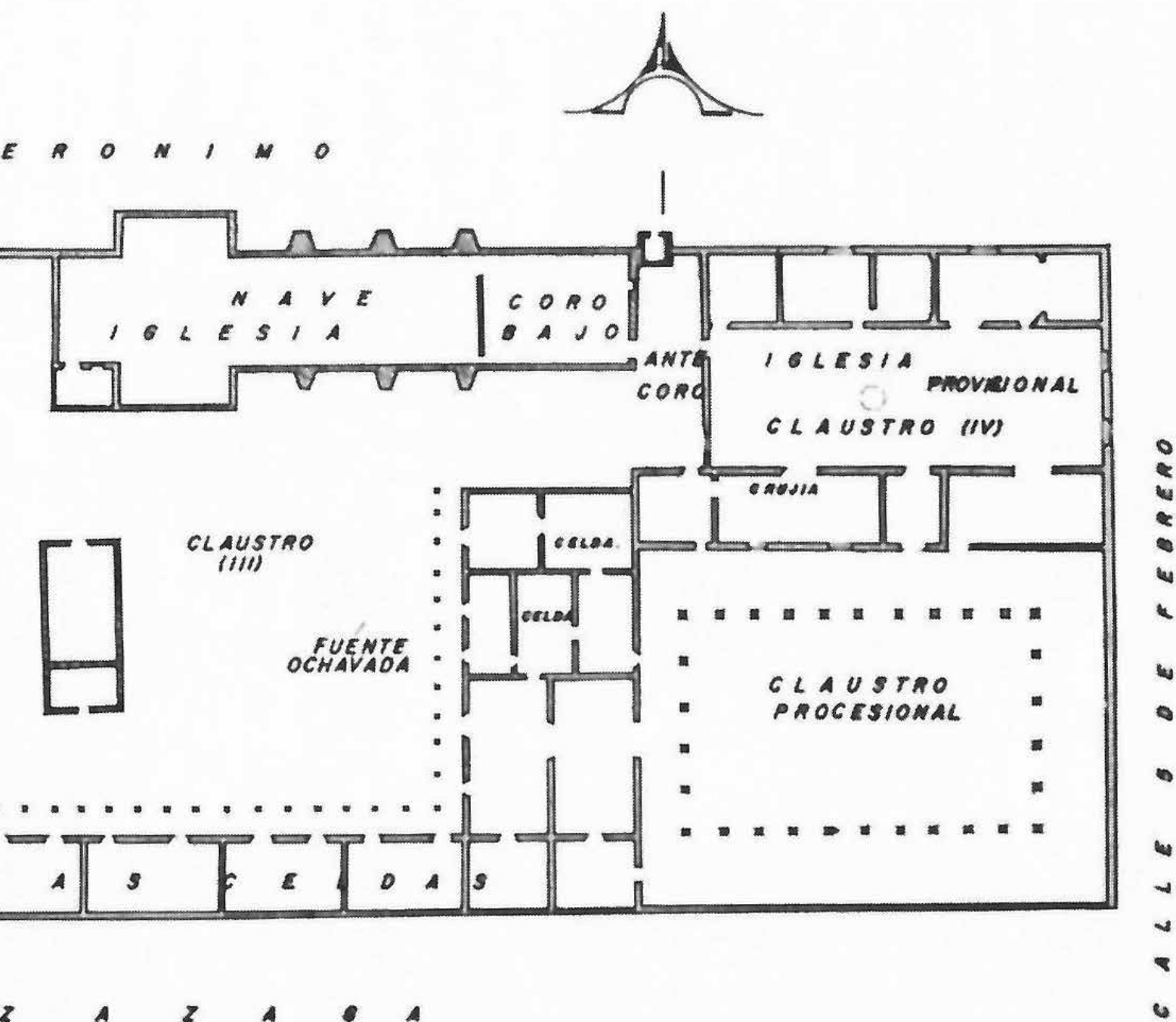
EX CONVENTO

ARQUEOLOGIA MONACAL UN CASO EN LA

PLANO 3 SEGUNDA SERIE SIG

GUILLERMO PER

ERONIMO



AZABACA

DE SAN JERONIMO		
CIUDAD DE MEXICO DE LOS SIGLOS XVI AL XIX.		
SIGLO XVI (PRINCIPIO DE LA CENTURIA)		
EX CASTRO LIRA		
ESC GRAFICA	PLANO N°	
		3







S U M A R I O

EDITORIAL

08

26

SOR JUANA EN
EL CLAUSTRO: A 40 AÑOS.
CONFIESO QUE
HEMOS VIVIDO
Lourdes Aguilar

12

FILOSOFÍA Y VIDA
EN EL CLAUSTRO
DE SOR JUANA
*Braulio González
Vidaña*



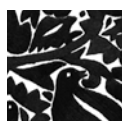
CONVENTO DE SAN JERÓNIMO:
DE LA RUINA A LA POSIBILIDAD
Carmen B. López-Portillo Romano

32



LA RESTAURACIÓN
DEL ESPACIO Y DE LA
MEMORIA. AL RESCATE
DEL ANTIGUO CONVENTO
DE SAN JERÓNIMO DE
MÉXICO
Gerardo A. Hernández Septién

76



LA INDUMENTARIA COMO IDENTIDAD.
EL MUSEO DE INDUMENTARIA
MEXICANA LUIS MÁRQUEZ ROMAY
Daniel Rodríguez Barrón

80

SOR JUANA 325 (1695-2020)
Sara Poot Herrera



92

CRÓNICA VERDADERA
DE LA MUERTE DE SOR JUANA
INÉS DE LA CRUZ
Guillermo Schmidhuber de la Mora

104

SOR JUANA EN DRAG:
SALVADOR NOVO Y SU
PARODIA AFEMINADA
DEL BARROCO
Adriana González Mateos



EL CLAMOR DE LA FAMA
Margo Glantz

89

108

SOR JUANA, MUERTA Y VIVA
Pablo Brescia



49



LAS MONJAS JERÓNIMAS
PERMANECEN EN SU CONVENTO

Josefina Bautista Martínez



60

EL CLAUSTRO FEMENINO O
JUANA INÉS SOMOS TODAS

Melissa Fernández Chagoya

67

LO CONTEMPORÁNEO
EN EL ARTE

Francisco Moreno



54

DIEZ JOYAS BIBLIOGRÁFICAS
DE LA NUEVA BIBLIOTECA DE
LA DÉCIMA MUSA

Daniel de Lira L.

65

DERECHOS HUMANOS
Y GESTIÓN DE PAZ.
UNA APUESTA CON
LOS PIES EN LA TIERRA
Y CON LA MIRADA
ANCLADA EN LA
ESPERANZA

Tania Ramírez Hernández



72

LA COMPASIÓN
DE RITA
GUERRERO

Arturo G. Aldama

99

SOR JUANA, FIGURA HUMANISTA

Antonio Cortijo Ocaña

II8

SOBRE LOS ÚLTIMOS MESES DE
VIDA DE SOR JUANA

Marie-Cécile Bénassy-Berling

II2

LAS MUJERES EN LAS FAMILIAS
MATERNA Y PATERNA DE SOR
JUANA INÉS DE LA CRUZ

Olga Martha Peña Doria



I25

EN CONMEMORACIÓN DEL
ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE
SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

Yadira Munguía

74

NUESTRO CLAUSTRO
FORMADOR DE GESTORES.
SALVAGUARDA DE MEMORIA

Alfonso Miranda Márquez

I20

"YO, EN ESTOS PAPELILLOS":
SOR JUANA Y SUS
DEDICATORIAS

Oswaldo Estrada



Editorial

O ctavio Paz escribió que “la historia de la cultura moderna de México comenzó el 1 de marzo de 1691 fecha de la carta de sor Juana Inés de la Cruz a un prelado defendiendo el derecho de las mujeres al saber y la libertad del escritor”. Que en este número recordemos los 325 años de la muerte de sor Juana Inés de la Cruz debido a una peste y que nosotros mismos nos encontremos en medio de una pandemia, no puede sino llevarnos a reflexionar sobre la importancia del saber y la libertad. La muerte de la monja jerónima no fue en vano, y los textos dedicados a estos 325 años de su ausencia, lo comprueban. Sara Poot Herrera, como si se tratara de una investigación detectivesca, detalla los pormenores de la muerte de la hermana Juana Inés. Margo Glantz nos cuenta cómo fue la fama de la Décima Musa, cómo era ser una celebridad en su época. Guillermo Schmidhuber hace un recuento, casi como los que hoy hacemos por el Coronavirus, de cómo se desarrolló la epidemia que arrancó la vida de sor Juana dentro del Convento de San Jerónimo.

Antonio Cortijo Ocaña ejemplifica en la vida y la obra de la hermana De la Cruz, aquello en lo que consiste ser una humanista. Adriana González Mateos relata cómo Salvador Novo vio la figura de Sor Juana. Pablo Brescia nos descubre a la sor Juana que trabajaba por encargo y cobraba por ello. Olga Marta Peña Doria hace la genealogía femenina de sor Juana y nos cuenta sobre las mujeres en la familia de la Décima Musa. Oswaldo Estrada se adentra en las dedicatorias, tan importantes para la época, de los libros de Sor Juana. Y por último, tanto Marie-Cecile Bénassy-Berling como Yadira Munguía nos devuelven al momento fatídico de la muerte de Sor Juana.

Uno de los sueños de la monja jerónima era asistir a la Universidad. Por eso, en la *Carta Aténagórica*, el texto al que se refiere Paz, insiste en el derecho de las mujeres al saber y a la libertad. Estaría contenta de saber que de sus cenizas se levantó una casa de conocimiento, donde las mujeres, como señala atinadamente uno de nuestros textos, han heredado la batuta. *Inundación Castálida* celebró los 40 años de la Universidad del Claustro de Sor Juana en 2019, coincidiendo con los 350 años de haber profesado como monja Jerónima la gran poeta novohispana. En ese momento, la revista publicó un primer número monográfico debido a esta especial circunstancia. Ahora, se publica un segundo número para conmemorar los 325 años de la muerte de la Décima Musa Mexicana, donde celebramos también el aniversario de los 40 años de nuestra Universidad.

Comenzamos con un texto de uno de nuestros más queridos profesores que ha visto nacer y crecer a nuestro recinto, Braulio González Vidaña. A continuación, nuestra Rectora Carmen B. López-Portillo Romano hace el detallado recuento de todas las circunstancias y las personas que tuvieron que unir esfuerzos para rescatar el Convento de San Jerónimo; por su parte, Lourdes Aguilar recorre el inmueble y ubica el paso del tiempo entre lo que conoció sor Juana y lo que es hoy nuestra casa de estudios. Muy a propósito, el texto de Gerardo A. Hernández Septién nos relata los vaivenes de la restauración del convento para convertirse la Universidad del Claustro.



Y ya de lleno en lo que da lustre a nuestra universidad, Daniel de Lira enumera las joyas bibliográficas que resguarda la Biblioteca y por las cuales la UNESCO declaró al Centro de Documentación de la Biblioteca parte de la Memoria del Mundo. Melissa Fernández Chagoya señala muy oportunamente en su texto que desde el primer momento el Convento de San Jerónimo hasta la Universidad del Claustro de Sor Juana fue un espacio de inteligencias femeninas. Alfonso Miranda nos recuerda que la Universidad forma parte indisoluble de lo que fue la Ciudad Colonial y hoy es el Centro Histórico.

La universidad es un centro de crítica intelectual, como son todas las universidades, pero también de crítica moral y política, a través por ejemplo de su carrera de derechos humanos, sus diplomados y charlas sobre feminismo que muy pronto se han convertido en activismo puertas afuera del claustro. De este modo, inciden en la plaza pública, organizando nuevas formas de acceso a la democracia. Por ello, es imprescindible el texto de Tania Ramírez Hernández donde recuerda que la Universidad fue una de las primeras en tener una licenciatura en Derechos Humanos y Gestión de Paz. Por su parte, Francisco Moreno ubica a la Celda Contemporánea que está dentro del campus como uno de los lugares donde se ha exhibido lo mejor del arte contemporáneo. Arturo G. Aldama hace memoria de la gran Rita Guerrero, vocalista de Santa Sabina, fundadora de nuestro Coro Virreinal. Josefina Bautista hace un recuento de los trabajos arqueológicos que han llevado al rescate de osamentas de las monjas jerónimas que habitaron el recinto. Y Martha Ríos Basurto nos abre las puertas al Museo de Indumentaria Mexicana Luis Márquez Romay que resguarda una amplia memoria textil.

Con este breve pero significativo testimonio damos cuenta de que, sin dejar de ser claustro, es decir el lugar donde se cultiva la vida reflexiva, sus universitarios y su cuerpo docente han sabido poner sus picas en la discusión pública. El lugar que ocupa la Universidad del Claustro de Sor Juana en la vida de nuestro país es cada vez más evidente y certero, muchos de sus egresados ocupan ahora tanto cargos públicos, como puestos clave en la evolución de la gastronomía mexicana, sus profesores son escritores reconocidos, académicos respetados, y ¿qué decir de sus estudiantes? Lo que ocurra mañana en México será, en buena parte, obra suya.

No podemos dejar de mencionar que, sin la ayuda de la doctora Sara Poot Herrera, hacer este número hubiera resultado imposible. Nuestro total agradecimiento para ella. ●

*Villancicos con que se solemnizaron, en la santa iglesia Catedral
de la Ciudad de la Puebla de los Angeles, los maitines del gloriosísimo
Patriarca Señor S. José, este año de 1690.**

INDIO

Yo también, quimati Dios,
Mo adivinanza pondrá,
que no sólo los Dotore
habla la Oniversidá.

Cor. ¡Ja, ja, ja!

¿Qué adivinanza será?

Ind. —¿Qué adivinanza? ¿Oye osté?
¿Cuál es mejor San José?

I. —¡Gran disparate!

2. —¡Terrible!

Si es uno, ¿cómo es posible,
que haber pueda, otro mejor?

Ind. —¿Espere osté, so Doctor:
¿no ha visto en la Iglesia osté
Junto mucho San José,
y entre todos la labor
de Xochimilco es mijor?

I. —Es verdad.

Cor. ¡Ja, ja, ja, ja!

¡Bien de su empeño salió!

NEGRO

—Pues, y yo
También alivinalé;
Lele, lele, lele, lele,
Que pulo ser Neglo Señol San José!

I. —¿Por dónde esa línea va
Neg. —Pues ¿no pulo de Sabá
Telé algún cualtelo?

Que a su Parre Salomó
También ella fue mujel:
¡lele, lele, lele, lele!

¡que por poca es Neglo Señol San José!

* Noticia bibliográfica. En el presente texto aparecen dos intervenciones, dos voces, una en donde sor Juana escribe imitando la voz de los indios y en seguida la voz de los negros, y todavía en el villancico se afirma que "...es Neglo Señol San José! Estos fragmentos de un villancico salido de la pluma de sor Juana Inés de la Cruz, se publicaron en *Villancicos a San José... puestos en metro músico por el licenciado D. Miguel Mateo De Dallo y Lana, maestro de capilla...* Procede del impreso originalmente editado en la ciudad de Puebla, de las prensas tipográficas de la Oficina de Diego Fernández de León, del año 1690. Se trata de una divertida curiosidad bibliográfica, de un folleto poblano de la última década del siglo XVII. La versión moderna de este poema fue tomada del v. 2, pp. 142-143, *Villancicos y letras sacras*, de las *Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz*, edición, prólogo y notas de Alfonso Méndez Plancarte. México: FCE, 2012.



Filosofía y Vida en el Claustro de Sor Juana

B R A U L I O
G O N Z Á L E Z
V I D A Ñ A

Desde la primera edición del prodigio poético que es su *Inundación Castálida* (1689), Sor Juana Inés de la Cruz (1648-1695) incluye un romance filosófico en el que aparecen los siguientes versos:

*No es saber, saber hacer
discursos sutiles vanos;
que el saber consiste sólo
en elegir lo más sano.*

Para Sor Juana el saber que vale la pena es aquel capaz de ayudarnos a elegir lo que mejor convenga a nuestro *ser* en el *aquí* y *ahora* de la incertidumbre vital; la vanidad de los discursos es derrotada cuando éstos no conducen a las elecciones más propicias para la vida humana. Ese es el saber fundamental: el que funda y sustenta la vida *para que valga la pena ser vivida*, como lo ha dicho en más de una ocasión la Maestra Carmen Beatriz López-Portillo Romano, Rectora de la Universidad del Claustro de Sor Juana, A.C.

Filosofía y vida que nos hereda la Monja Jerónima como legado inspirador de los quehaceres del Claustro desde su fundación como centro universitario y que desde hace más de cuarenta años anima el lema:

Saber para valorar, valorar para elegir.



Lema que en la práctica simboliza el rechazo a la indiferencia y la negación a cualquier pasividad crítica frente a lo que nos sucede, a lo que nos acontece. Se trata de hacer de la Universidad un baluarte del saber soberano que se compromete con su presente mediante las acciones de las y los estudiantes, egresados de nuestra casa de estudios.

En otras palabras, en las aulas de nuestro Claustro, buscamos *saber para valorar* y ejercer el juicio frente a las alternativas que la vida nos presenta, porque una vez realizado ese proceso del intelecto, es posible elegir lo más sano y darle vigencia a lo que se sabe, tal y como Sor Juana lo sugiere en otros versos del ya citado romance:

*¿Qué loca ambición nos lleva
de nosotros olvidados?
Si es para vivir tan poco,
¿de qué sirve saber tanto?*

Con la misma convicción *El Claustro* se nutre todos los días de tres Vocaciones que se cumplen a través de diferentes programas: Vocación Humanista, Vocación Universitaria y Vocación por la Cultura, las tres definen el sentido de lo que hacemos como parte de nuestro compromiso con México; sin estos

llamados del alma no seríamos lo que *somos* y se perdería el sentido último de lo que *hacemos*.

Hace más de veinte años, en enero de 1998, llegué a la Universidad del Claustro de Sor Juana, A.C., no está de más reconocer que quedé deslumbrado y sigo lleno de asombro, porque con los años he aprendido que *pensar en el Claustro y desde el Claustro*, es asumir un modo de vida que como lo apunta nuestra *Filosofía Institucional*:

defiende la libertad, con la certeza de que sólo en libertad la vida humana se cumple, sólo en libertad el ser humano se vincula con el otro; sólo en libertad tienen las palabras sentido y la vocación humana se posibilita como deseo incesante.

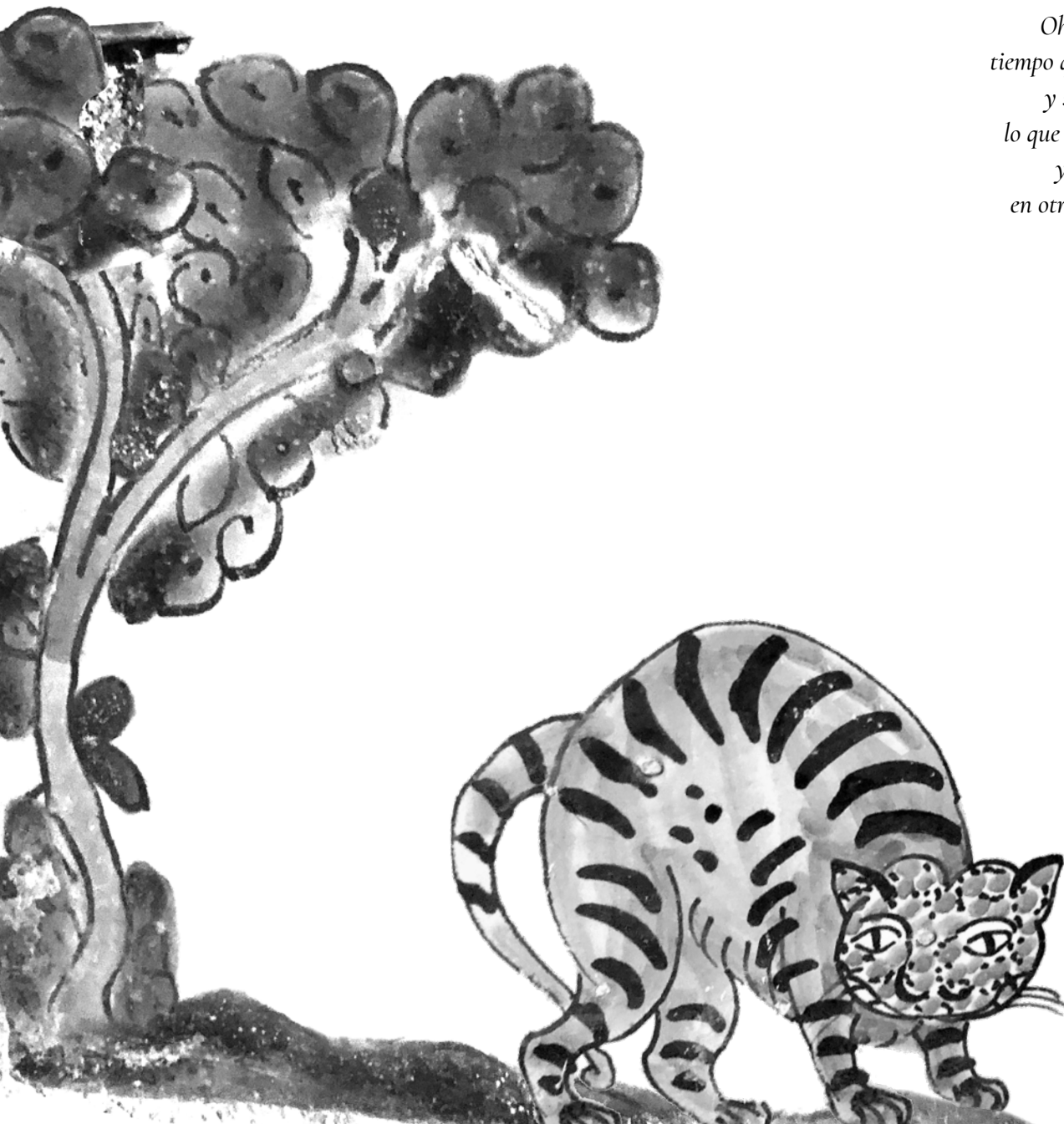
Y esa libertad es la que nos conduce en todo lo que hacemos como parte del Claustro de Sor Juana, para revitalizar cada día el profundo significado y trascendencia que se expresa con plena convicción y orgullo cuando decimos:

*Saber para valorar,
valorar para elegir*



Consiguió, al fin, la vista del Ocaso
el fugitivo paso,
y —en su mismo despeño recobrada
esforzando el aliento en la ruina—
en la mitad del globo que ha dejado
el Sol desamparada,
segunda vez rebelde determina mirarse coronada,
mientras nuestro Hemisferio la dorada
ilustraba del Sol madeja hermosa,
que con luz judiciosa
de orden distributivo, repartiendo
a las cosas visibles sus colores
iba, y restituyendo
entera a los sentidos exteriores
su operación, quedando a luz más cierta
el Mundo iluminado, y yo despierta.
Sor Juana

Oh vida por vivir y ya vivida,
tiempo que vuelve en una marejada
y se retira sin volver el rostro,
lo que pasó no fue pero está siendo
y silenciosamente desemboca
en otro instante que se desvanece.
Octavio Paz



Convento de San Jerónimo: de la ruina a la posibilidad

C A R M E N B . L Ó P E Z - P O R T I L L O R O M A N O

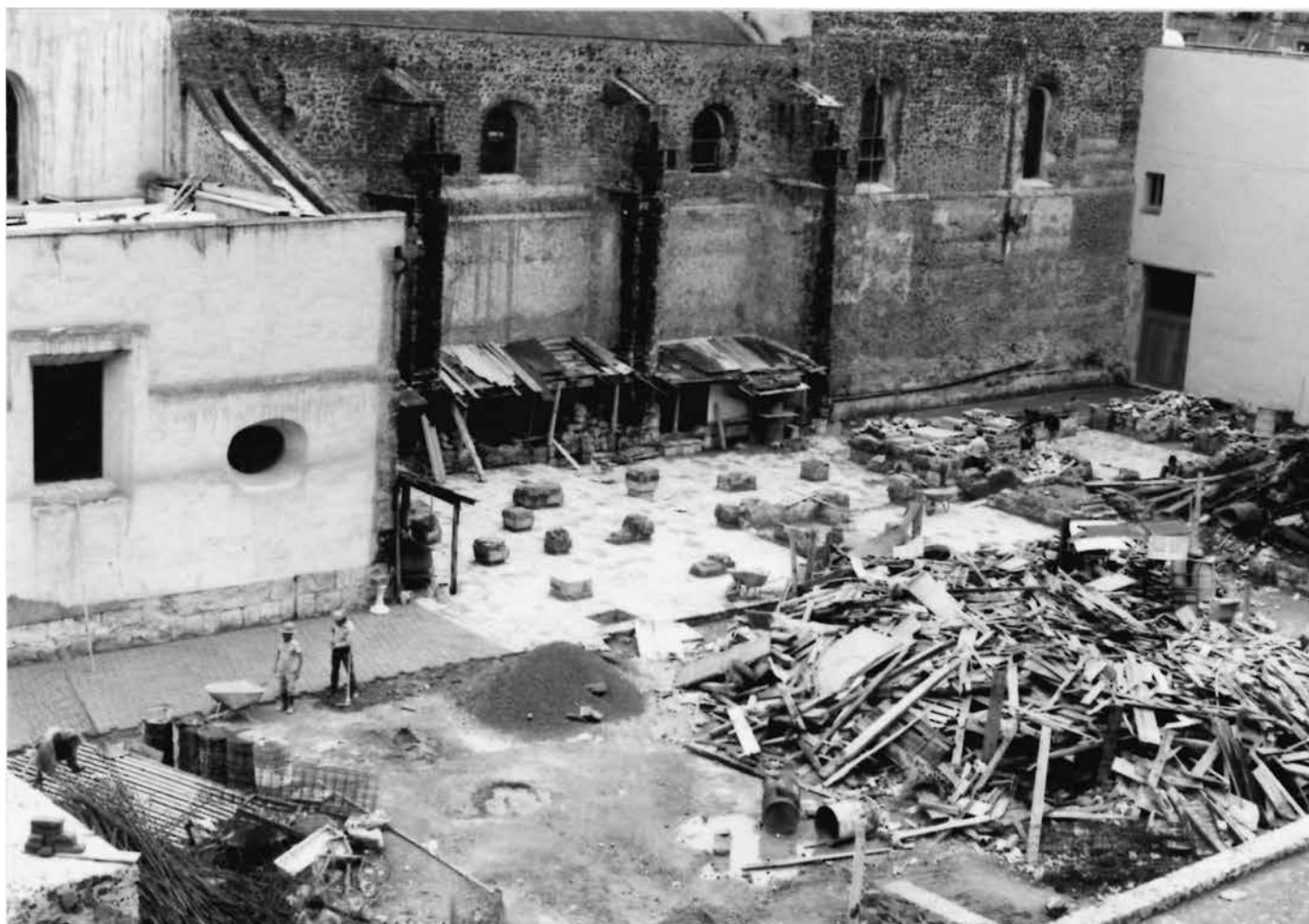
En las Montañas de Oriente, en la frontera de la Selva Lacandona donde conviven la caoba, la ceiba, el amate, el guanacaste y el cedro, donde la topografía corre paralela al río Usumacinta; ahí, en el valle de Ocosingo, junto a un arroyo, floreció Toniná en cuya acrópolis se localiza la pirámide más alta de México, 75 metros dicen que mide. Toniná significa el “lugar donde se levantan las esculturas de piedra en honor del Tiempo”, en el idioma tzeltal.

En este lugar lleno de laberintos y de entrecruzamientos, de verdores y contrastes, hay un túnel que se va angostando. A medida que uno avanza, el propio cuerpo va cubriendo la luz que viene de la entrada.

Hace más de veinte años, ante el umbral de ese pasaje, un tanto paralizada por el reto y las sombras, por la textura pantanosa del piso, pensé que la vida se le parecía. Podemos voltear y mirar el pasado alumbrado por las certezas, por su cumplimiento, detener la mirada para darle sentido a lo vivido, pero frente a nosotros el futuro aparece incierto, múltiple, oscuro y siempre inexorable. Algo de la luz se cuela por los intersticios que va dejando nuestro cuerpo al balancearse, y a veces parece bailar. La memoria del camino vislumbrado, el deseo, lo que hemos aprendido, la presencia de los otros y el orgullo frente al reto orientan los primeros pasos. Poco a poco la mirada se acostumbra a la penumbra, se afina, los otros sentidos se agudizan; estamos atentos a las voces, a las huellas, a las manos, a los latidos, a las intuiciones, a los recuerdos; palpamos las texturas de un camino que a veces se bifurca, reconocemos la firmeza del piso o su consistencia lodosa; algunas huellas, el rastro de los pasos de alguien que ya hizo el recorrido, el ejemplo que quisiéramos seguir, los sonidos familiares, las voces amadas o el silencio, a veces sólo el silencio.

Hay que elegir, continuar o retroceder, permanecer quietos, inmóviles, paralizados; o rascar las paredes con uñas y puños y agrandar la boca de esos muros que nos contienen; hay que hacer del futuro porvenir o dejar que el tiempo transcurra y nos arrase. Hay que elegir.





Es sobre ese tiempo tributario del pasado, como la luz, sobre el cual desciframos un deseo, una expectativa, una promesa para dedicarle lo que somos, lo que hacemos: nuestra libertad. Es ese tiempo sobre lo que hoy escribo. La manera de rendirle tributo al pasado es compartiendo el testimonio de quien rescató de la destrucción y del olvido ese otro sitio levantado con piedras y tiempo, el Convento de San Jerónimo.

Gracias a un documento que me fue entregado hace tiempo por Pilar, mi prima, hija de mi tía Margarita, puedo vislumbrar los afanes de una vida, intuir sus obsesiones y errores, seguir el trazo de sus huellas, adivinar sus silencios y las tantas noches en vela; darle sentido a la espera, festejar que las palabras abran universos y les den sentido. Esas páginas aclaran para mí un pasado que no viví y que me permiten entenderlo, valorarlo y proyectar su luz sobre el presente, esperando que algunos haces de luz iluminen el futuro. Entre líneas intento descubrir la manera en cómo esta mujer, que tenía algo de alquimista, de maga y de poeta, esta mujer, compleja, tenaz y voluntariosa, pudo transformar la realidad, enfrentar los retos y acechanzas para

levantar de nuevo las piedras del Claustro, esas piedras que contienen la sólida materia de los astros, que sobrevivieron la tempestad y el tiempo, para animar lo inerte, para restaurar la morada de las palabras y de la memoria, y recuperar, para todos, la casa de Sor Juana.

Margarita, Maguie, de joven quiso ser arqueóloga. Seguramente pensaba —al igual que Edmond Jabès— que “la piedra es, la menos elocuente, pero sin duda, la más identificable forma de eternidad”, y a ello empeñó una parte fundamental de su vida.

Margarita López-Portillo Pacheco conoció el Claustro de la mano de su padre. Mi abuelo se parecía a aquel viejo que pintó Ghirlandaio, tan tiernamente feo, con sus ojos redondos, saltones y estrábicos que siempre me hicieron pensar en un búho; su nariz y su mentón me recordaban a todas las brujas que poblaban mi imaginación. Al igual que a nosotros, mi abuelo le enseñó a Margarita y a mi padre a amar las palabras; de su voz oyeron la historia de México, la vida de Sor Juana, la defensa que hizo de la libertad y el conocimiento. Todos los domingos mi abuelo iba con sus hijos a recorrer lo que entonces se llamaba el México viejo, afectado ya



por la acción destructora de una sociedad indiferente que había sacrificado la ciudad colonial a los dudosos beneficios del progreso. San Jerónimo no fue la excepción. Después de las Leyes de Reforma, el convento fue fraccionado y vendido; fue cuartel, hospital, se instalaron negocios y comercios. El presidente González, en pago por la aduana de Tlatelolco, se lo dio al arquitecto Rivas Mercado; sus hijas lo heredaron y crearon un salón de baile que se llamó Dancing Pirata, Dancing Palacio y, finalmente, Smyrna Dancing Club. Una de las películas de Tin Tan se filmó ahí. También funcionó un hotelucho, una panadería, viviendas, estacionamiento, taller de coches, en fin... la ruina.

Por la época en la que Margarita lo conoció, había un establo que se anunciaba con una vaca pintada en los muros exteriores.

Margarita narra cómo su padre les hablaba de Sor Juana, cómo compartía con ellos su poesía, ahí nació su devoción por la Musa: “Los años pasaron”, escribe Margarita en esas hojas, “las vicisitudes de la vida cayeron sobre mí en forma dolorosa. Dejé México un tiempo con mi hija Pilar, llevando siempre conmigo

los versos de Sor Juana y el angustioso recuerdo de su derruido convento.”

A su regreso conoció a Aurora Fernández, una mujer que fue presidenta de las Mujeres Universitarias y que la acompañó a visitar las ruinas y escombros del Claustro. Atravesaron los corredores a punto del colapso, las celdas destechadas, los andamios que colgaban; era imposible subir por las escaleras podridas.

Ya para entonces, dice en su texto, el famoso cabaret Smyrna había desaparecido y tanto en el hotelucho oscuro y miserable, como en lo que fueran las celdas, vivían personas silenciosas y fantasmales, malhechores y prostitutas. La panadería seguía abierta en la calle de San Jerónimo.

Un día, que yo supongo fue a finales de los años 60, Margarita le comunicó a su padre que deseaba recuperar San Jerónimo. Él la miró asombrado y la animó a hacerlo, porque, como mi abuelo decía, las metas son para ser alcanzadas. Si bien el edificio estaba derruido, en estado miserable, aún quedaban partes en pie, algunas columnas se sostenían. Cada semana Margarita visitaba el templo y después de cada ida sabía que se





había propuesto una tarea que se antojaba imposible. Era difícil saber por dónde empezar.

A los pocos meses descubrió que un grupo de albañiles estaban comenzando a tirar las columnas y los muros que todavía se mantenían en pie. Se enteró de que levantarían ahí un edificio comercial. Todas sus súplicas fueron en vano. Llegó el día en que le impidieron el paso para librarse de su presencia. Las amigas de mi tía la invitaban a que desistiera de su empeño y le aconsejaban que mejor se dedicara a escribir, que el Convento de Sor Juana estaba perdido como muchos otros que formaban parte de un pasado que se derumbaba ante sus ojos.

Entonces decidió acudir a los periódicos y logró que salieran algunos reportajes. Salvador Novo, que entonces era el cronista de la Ciudad de México, declaró que las señoras que trataban de rescatar San Jerónimo padecían de necrofilia, que aquello olía a difunto virreinal y que el terreno en aquel sitio valía muchísimo dinero. Margarita, fuera de sus casillas, entendió que el comentario de Novo trataba de arrebatarle a Sor Juana su espacio y el reconocimiento a su talento. Así es que públicamente respondió a Novo que el talento no podía arrebatarse con la facilidad con que se arrebató una peluca. Ahí empezó la lucha.

Margarita invitaba a su casa cada tanto a don Agustín Yáñez, secretario de Educación Pública, a leer textos y poesía o a platicar de distintos temas, incluso de

política. Lo conocía bien porque su familia y la nuestra habían mantenido amistad por generaciones. En esas tertulias participaba también un grupo de escritoras amigas de Margarita: Guadalupe Dueñas, Emma Godoy, Margarita y Cordelia Urueta, Griselda Álvarez y en ocasiones, Pita Amor.

Después del incidente con Novo, mi tía le pidió una cita a don Agustín Yáñez, fue a verlo a la Secretaría de Educación Pública y le planteó la idea de que se rescatara San Jerónimo para hacerlo un centro cultural. Cuenta que la recibió con cariño y que después de escuchar la petición y ante el estado de devastación en el que se encontraba el inmueble, le propuso darle otro bello lugar que estuviera en mejores condiciones y que podría llevar el nombre de la Musa.

“Me negué”, dice Margarita, “con una terquedad que hizo suspirar a don Agustín”, ante lo cual se ofreció a detener la destrucción de lo ya destruido.

El arquitecto Sánchez Santoveña declaró en una conferencia ofrecida en el Claustro, que hacia 1968 se logró que la SEP detuviera la demolición del predio de Izazaga y San Jerónimo, donde se habían iniciado trabajos de destrucción del monumento y se comenzaban a vender los elementos de cantera y fierro forjado correspondientes a esa parte del exconvento. Lograr que se detuviera la piqueta fue un gran logro que Margarita agradeció. A partir de ahí se dedicó a buscar aliados, a tocar puertas.



Don Francisco de la Maza, historiador y *sorjuanista* seguía de lejos, y con algo de desconfianza, los pasos de Margarita. Le preguntó a don José Arellano Fischer, el artista plástico amigo de ambos, sobre las intenciones de mi tía y, después de escuchar las expresiones de confianza y el absoluto apoyo de don Pepe, la buscó para que le platicara su proyecto. La simpatía fue inmediata, ya que don Francisco, además de ser un erudito, era tal vez tan apasionado como ella. Había logrado la reconstrucción del coro poco tiempo antes y coincidía en la necesidad de sacar al convento de la ruina. Don Francisco fue su cómplice de andanzas, la escuchó y la apoyó; la aconsejó y, a pesar de ser amigo de Salvador Novo, consideraba que el cronista sería un obstáculo para levantar el exconvento, en primer lugar porque la idea no había nacido de él, y en segundo lugar, por el comentario de mi tía.

Pasaron los meses, las cosas no avanzaban y la salud de don Francisco se debilitaba. Desanimado, decía que el proyecto era como clamar en el desierto, que los oídos de los ignorantes son sordos, aunque las piedras tienen su destino.

Llegó el cambio de sexenio y Aurora Fernández, compañera de aventuras de Margarita, le llamó un día para decirle que le habían dado un puesto en la Cámara de Diputados y que había organizado una comida en honor al presidente Luis Echeverría Álvarez. Le ofreció que aprovechara la ocasión para exponerle la idea de

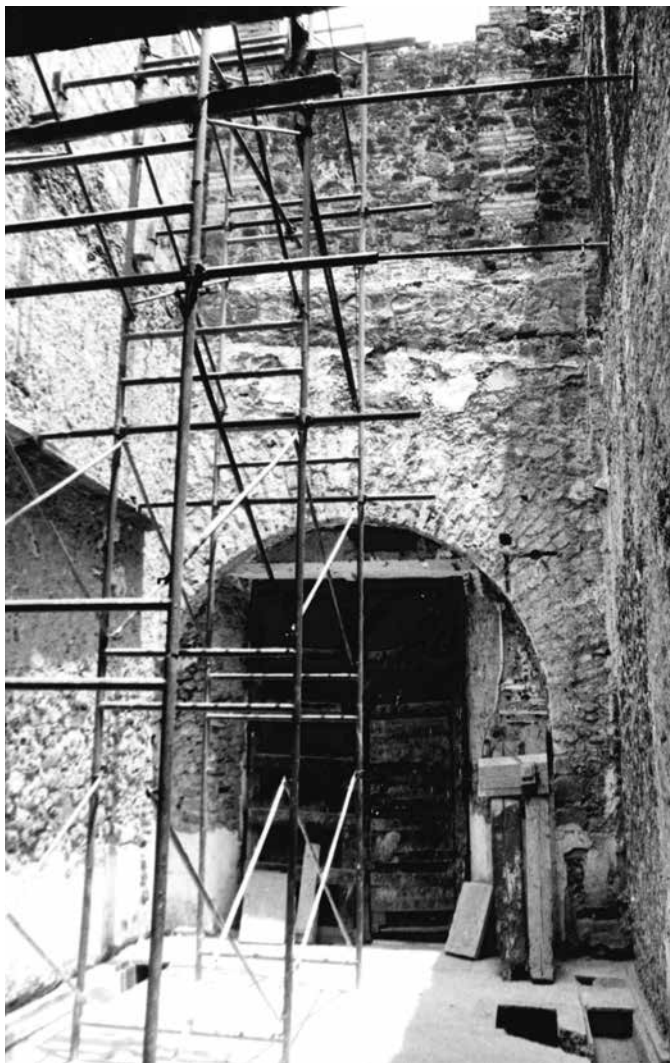
rescatar San Jerónimo para la cultura. Feliz, Margarita aceptó y escribió su pequeño discurso para plantear su petición. Así es como describe lo que le dijo:

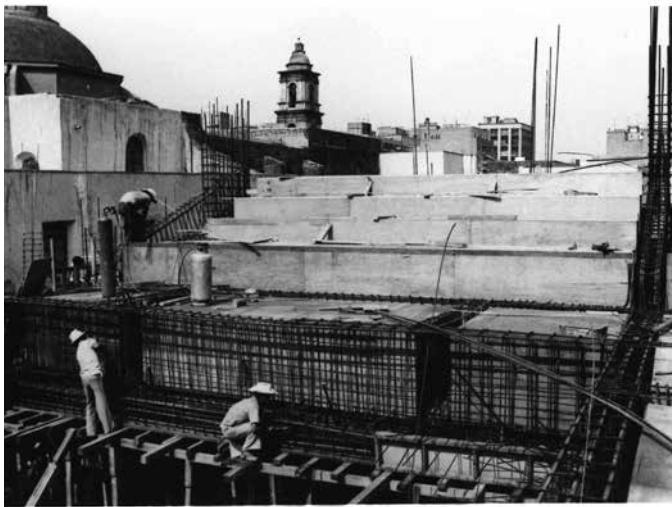
Le señalaba que él descendía como Sor Juana de los valerosos vascos que habían venido a la conquista de México y luego añadí, como por iluminación, que su apellido Echeverría quería decir *casa nueva*. No sé de qué misterioso escondrijo del subconsciente saqué estas palabras y no sé si algún vasco me lo refute, lo cierto es que recibí grandes aplausos entre la nutrida concurrencia.

Al terminar, el presidente se le acercó a abrazarla y ante todos los presentes le dijo: “Margarita, es tuyo el Claustro, ahí se hará un gran centro cultural como has soñado”.

Ya podrán imaginarse la felicidad de Margarita y de sus amigas, que la miraban sin dar crédito. Aurora Fernández lloraba de emoción. Lo primero que hizo mi tía fue llamarle a don Francisco de la Maza e ir a verlo. La acompañaron Aurora, Emma Godoy y Guadalupe Dueñas. Entró como un torbellino al departamento que habitaba el maestro De la Maza, pero lo encontró desenchajado. Después de ese día no dejó de ir a verlo. Platicaban frente a una especie de pequeño altar que don Francisco tenía en honor de Sor Juana. Desconfiado como era, le repetía que no le iban a cumplir el ofrecimiento, que al Presidente se le iba a olvidar.









Sin embargo, cuenta Margarita que el 25 de diciembre de 1970, como a las 10 de la mañana, llamó por teléfono a su casa el secretario de la Presidencia, Hugo Cervantes del Río, para comunicarle que el presidente Echeverría estaba muy interesado en el rescate del exconvento de San Jerónimo y que le había encomendado que la recibiera en Palacio para hablar del proyecto. A pesar de que la salud de don Francisco seguía deteriorándose, mi tía le solicitó que la acompañara a la reunión con el licenciado Cervantes del Río.

Si bien existía la voluntad política, mi tía escribió en su diario “que las cosas burocráticas comenzaron a detenerse en mil misteriosos vericuetos”. Es por eso, y porque De la Maza era un crítico feroz del gobierno, que la llamaba fantasiosa e ilusa. Sin embargo, algún tipo de esperanza debe haber tenido porque le recomendó al arquitecto Manolo Sánchez Santoveña para que se hiciera cargo del rescate de los edificios.

Seguía pasando el tiempo. Cuántos esfuerzos y paciencia se requerían para llevar a cabo el plan. De la Presidencia el asunto se turnó al Departamento Central, cuyo titular era Octavio Senties quien, si bien tenía buenas intenciones, estaba abrumado por el peso de la responsabilidad. Citaba a Margarita y al arquitecto a las 6 de la tarde y los recibía a las 11 de la noche para terminar citándolos de nuevo la siguiente semana. El tiempo pasaba sin que sucediera nada.

Francisco de la Maza agonizaba. El final de su vida fue muy doloroso. Después de su muerte en 1972, Margarita se sintió desamparada, sabía que ahora le correspondía continuar la lucha sola.

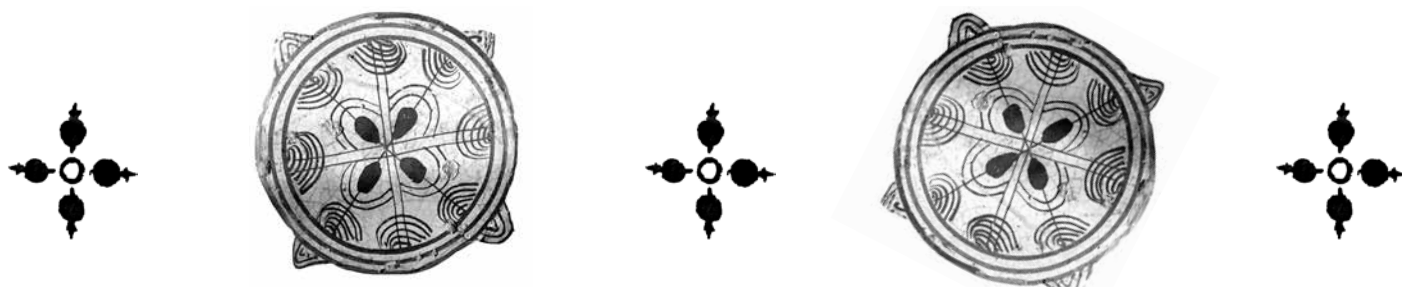
Mi tía cuenta en su diario que un día don Octavio le preguntó de dónde sacaba tanta energía; luego le dijo: “qué bueno que le dio por rescatar el exconvento de

Sor Juana, que si le hubiera dado por armar una revolución, la hubiera armado”. Las cosas no avanzaban. Finalmente, se decidió que se le entregara el proyecto al secretario de Obras Públicas, Enrique Bracamontes, y fue hasta entonces cuando las cosas empezaron a caminar, despacio, muy poco a poco, pero ya algo se movía.

El 21 de octubre de 1975, casi cinco años después del encuentro con el presidente Echeverría, se publicó el decreto por el que se declaraba de utilidad pública la reconstrucción y restauración del exconvento de San Jerónimo de la Ciudad de México. ¡La felicidad, la esperanza que se abría!

El arquitecto Sánchez Santoveña realizó un nuevo anteproyecto, con la información requerida, y se discutieron cuestiones de distinta índole, como si debía rescatarse el nivel original del piso del inmueble o la última capa. Después de muchos meses, investigaciones y discusiones, “se abrió”, escribe Margarita, “la primera zanja de exploración y aparecieron los restos de muros anteriores a la estructura actual, y ¡oh, maravilla! Se encontró una tina de barro cocido y vidriado de las religiosas en perfecto estado”. A partir de ahí y con la presencia de los expertos del INAH se inició, tal vez, la primera exploración sistemática de la historia de un edificio colonial en México. Así empezaron los trabajos. Durante años difíciles el Claustro sobrevivió gracias al empeño de Pilar, mi prima, mujer sabia, prudente, comprometida con la educación, con la cultura, con el humanismo.

Han pasado muchos años, cuarenta desde que nos fue entregado el edificio a través de un decreto de destino. Desde ese día hasta hoy hemos cumplido el compromiso de restaurar la totalidad del inmueble, de mantenerlo, conservarlo con nuestros propios recursos, de honrar la vida y promover el estudio, la in-



vestigación, el conocimiento de la obra, del mundo de Sor Juana; nos comprometimos a hacer de esta casa un espacio de excelencia académica y compromiso social.

Una de las ilusiones de Sor Juana era poder asistir a la universidad, no pudo pues los prejuicios, y la cultura de su época no lo permitían. Por eso es hermoso pensar que este espacio en el que ella vivió la mayor parte de su vida, en el que escribió su obra, en el que pensó, leyó y dialogó, es hoy una universidad. Una universidad que entiende que su primer objetivo es ser el muro más sólido de contención del desierto, la última frontera, el lugar donde la interrogación y la duda tienen todavía sentido, donde el discernimiento puede oponerse a las certezas que mataron a Sócrates y callaron a Sor Juana, a los dogmas con los que se han construido tantos campos de aniquilamiento, tantas hogueras, tanto silencio. Espadas en manos de furiosos, como llamaba Sor Juana a los argumentos de aquellos que creen poseer todas las verdades, todas las respuestas.

En este Claustro creemos que es en la universidad donde todavía se puede luchar contra los ídolos de nuestra sociedad: el conformismo, la apatía, la indiferencia, el éxito material, el cinismo, el egoísmo. Esos ídolos defendidos a través de las estrategias discursivas del poder que busca arrebatarse el sentido a las palabras para justificar el abuso y las injusticias o para disciplinar la crítica y acallar la disidencia.

En este Claustro de Sor Juana pensamos que todavía podemos ser capaces de recuperar el habla como arma de transformación y como bálsamo, que es en la dimensión del lenguaje donde se juega la conciencia colectiva y los valores, la memoria y el futuro; es ahí, en las palabras donde empezaron las luchas de ayer y los derechos que hoy disfrutamos y defendemos.

Hoy siento que estoy parada en el umbral de los tiempos, detenida en este presente que une las promesas, las de antes, las de ahora, las que se cumplieron y las que anuncia el porvenir; un suspiro entre el pasado y el futuro, distancia que marca la transformación de dos infinitos.

Ahora me doy cuenta de que el pasado fue alguna vez presente, frágil e incierta dimensión que nos abrió a este tiempo. Sé que el presente es el instante de la libertad de elección, la dimensión que nos abre a todos los caminos, lo que somos y lo que podemos ser. Conforme tomamos decisiones seguimos las ramas del árbol de las posibilidades, dejamos de recorrer muchos caminos, vislumbramos otros, perdemos o ganamos oportunidades y presencias; miradas, pieles y voces, resonancias, tangencias y colores, niveles infinitos de tiempo. Es en el presente donde comprometemos todas las posibilidades de nuestro ser. Cada decisión, aun la más pequeña, incide en nuestra vida, a veces la define de manera irremediable. Hay que entender lo transitivo de nuestra condición para darle significado y sentido.

Hoy, sé que nuestros actos dejan huella, algunas voluntarias, otras no. De todas somos responsables, más allá de nuestras intenciones. Ahora, tal vez mejor que antes, sé que mi vida, como la de muchos otros, está marcada por el empeño de esa mujer que durante años luchó por rescatar el convento de San Jerónimo, la morada de Sor Juana y la de sus palabras. La pienso igual que me he pensado a mí misma y a todas las mujeres de mi familia: en ese túnel de Toniná abriendo con uñas, puños y dientes el futuro que tanto deseó; ese futuro que nos alcanzó, que hoy es presente, y con el que ella comprometió su voluntad y que ha hecho de mi vida un privilegio. ●

Sor Juana en el Claustro: a 40 años. Confieso que hemos vivido

L O U R D E S A G U I L A R

*Sola pero no solitaria, sor Juana vivió en su mundo y con su mundo
(Octavio Paz, Sor Juana Inés de la Cruz o las Trampas de la fe).*



Nada mejor que refrescar la memoria y el espíritu a propósito de los 40 años recién cumplidos por esta magnánima casa de estudios: Universidad del Claustro de Sor Juana. Pero ¿qué se puede decir de cuatro décadas en la vida de un Claustro? Un lugar que actualmente se aleja de su etimología latina, *claudere-claustrum*, es decir “lo que está cerrado”. Por antonomasia un lugar cerrado de recogimiento. Sin embargo veremos cómo en este sitio, la clausura a través del tiempo y del espacio no ha sido total. Al contrario, este lugar al igual que la esencia de sor Juana ha sido un lugar abierto para el conocimiento, la verdad, el humanismo y el entendimiento tan mencionado en sor Juana para “conocer acto todo lo criado” tal y como expresa en *El Sueño*:

*...haciendo escala, de un concepto
en otro va ascendiendo grado a grado,
y el de comprender orden relativo
sigue, necesitado
del del entendimiento
(vv. 593-597. El Sueño)¹*

No sólo nos acompaña la memoria de sor Juana, quien habitara y creciera en estos muros la mitad de su vida. Nacida la niña Juana Inés el 12 de noviembre de 1648 (y muerta el 17 de abril de 1695) llega al convento, al lugar de recogimiento y para ella de crecimiento en el año de 1669 (24 de febrero) momento en que hace profesión de fe en el convento de San Jerónimo. Recordemos que ella había nacido en Nepantla y que de adolescente llegaría a casa de sus tíos los Mata, pasando como sabemos una temporada muy breve en la Orden de las carmelitas descalzas (1667) para regresar por un periodo corto a la Corte donde había sido presentada a los marqueses de Mancera (protectores y mecenas de la joven). Y al final completar este laberinto de vida y de mujer de su tiempo en esta casa que la vería crecer, la casa de su Padre San Jerónimo, como siempre lo llamó, bajo la Regla de Santa Paula.

Datos por más conocidos. Pero regresemos a la historia del inmueble, de la morada de sor Juana, el

Claustro, que tuvo a su vez en más de tres siglos, continuas clausuras a lo largo de su propio devenir, esas situaciones también son bien sabidas por la mayoría de nosotros. Recapitulemos. Fue un espacio que se modificó y expandió desde el siglo XVI, con un solar muy grande. Se inauguró como convento para mujeres ricas españolas o criollas. Durante el siglo XVI Isabel de Guevara, hija de Isabel de Barrios quien a su vez fuera hija de Andrés de Barrios, hereda y dona el terreno para una iglesia provisional, en sus inicios una especie de proto templo. Así se colocó la primera piedra que dio origen al lugar en el que nos encontramos celebrando ya 40 años en la modernidad de la ciudad de México, Centro histórico para muchos y centro de cambios urbanos de esta gran metrópoli. ¿Quién nos diría que este edificio del siglo XVI llegaría a ser la cuna del conocimiento, del saber y placer de sor Juana en el siguiente siglo?

Posteriormente en el siglo XVII se mandó hacer la iglesia bajo el auspicio de Luis Maldonado, dedicada a San Jerónimo, nombre que prevaleció en vez de Santa Paula. Las monjas, además de su dote de ingreso, tenían que costear el precio de la construcción de su celda. También se hizo un campanario, que le daba mucho prestigio a la Orden. Además de los 3 votos habituales, las monjas de San Jerónimo tomaban el voto de clausura. Las monjas, en general, no podían ingresar a la iglesia principal (ex templo), ahora conocido el recinto como el *Auditorio Divino Narciso*, pues no debían mezclarse con el público. Hay un coro bajo, previo a la entrada actual de la iglesia, donde ellas podían escuchar misa sin ser vistas. En el sotocoro también se llevaba a cabo la ceremonia en la cual la novicia tomaba votos de monja y se le colocaban sus hábitos. A su muerte, se les enterraba en las criptas abajo del sotocoro. Sor Juana no será la excepción. En síntesis, para el siglo XX se había vivido ya la expropiación de las Leyes de Reforma de Juárez. Pero en los años 70 este lugar volvía a nacer para crecer y crecer. Lo demás es historia conocida y vivida.

Las centurias tejen y destejen la historia colonial, moderna y posmoderna. Ya en pleno siglo XX y antes de su rescate, tuvo variados usos, como podemos recordar de espacio sagrado, viviendas populares, distintos comercios, cuarteles, hospital, estacionamiento, sitios de entretenimiento, de música e incluso de filmación.

¹ Alfonso Méndez Plancarte, Edición, prólogo y notas, *Obras completas, I, Lírica Personal*, Colección Biblioteca Americana, México, Fondo de Cultura Económica, 1951.

Así ha sido la memoria y la historia que se erige desde el Claustro; de su edificio, sus fundadores, moradores y transformaciones. De esta manera nos hemos ido apropiando con un sentido retórico que permite la prosopopeya, el Claustro, es el que tiene vida, cuerpo, alma, entes, conocimientos, artes, *sciencias* y humanidades. Aquí se ha fundido una etapa sobre otra etapa. Y hemos crecido y aprendido a vivir con el esfuerzo, la verdad y la tenacidad.

Pero ¿por qué regresar a lo fundacional? Sería más fácil tomar el punto de partida en 2019 y hablar de todo lo meritorio y logros de esta casa de estudios. De los muchos éxitos, premios, medallas, estándares de calidad, preseas, excelencias académicas que se han ido consiguiendo a lo largo de estas cuatro décadas maravillosas, pero que se han construido como dijera sor Juana en uno de sus romances con algunos infortunios bien salvados:

*...después he advertido
que no impera en las deidades
el estrago de los siglos
(vv. Romance 20).²*

Creemos que ser fieles a lo fundacional, es por principio un ajuste de cuentas con la vida, devolver un poco a quién nos ha dado tanto, al lugar físico donde se instauran estos muros, estas paredes, estos jardines, para así regresar a nuestros orígenes, sobre todo en épocas de grandes incertidumbres, pérdidas y valores. No en balde la reciente crisis sanitaria (primavera de 2020), nos ha dejado claro, quizá como dice Preciado que:

Hoy estamos pasando de una sociedad escrita a una sociedad ciberoral, de una sociedad orgánica a una sociedad digital, de una economía industrial a una economía inmaterial, de una forma de control disciplinario y arquitectónico, a formas de control microprostéticas y mediático-ciberneticas (Paul B. Preciado).³

Y por qué pensar todo esto cuando se trata de homenajear a nuestro querido Claustro. Quizá justamente

porque en este lugar hemos aprendido el valor de la palabra, su consistencia pero también aprendimos a reconocer que la sociedad está cambiando “con sombras necias, con indicios vanos”.

Así se acercaba el año 1999, en esta *alma mater* ya se habían vivido al menos dos décadas, que se dejaban sentir. Hacía más de 20 años de ese entonces que este recinto ya se había rescatado como inmueble cultural (hacia 1970), se había constituido como una Asociación civil sin fines de lucro (1975). Se convirtió en el Claustro de Sor Juana (1978). Serían los años 80, cuando se presentó la puesta en escena de Pedro Calderón de la Barca, *La vida es sueño*, nada menos que con Carlos Bracho. Otra vida. Otra época, la de la ciudad de México y la del Barroco, en la que los versos de Segismundo quizá anunciaban en su soliloquio lo vertiginoso que serían los años de la posmodernidad recién iniciada en nuestros confines:

*...sueña el que a medrar empieza,
sueña el que afana y pretende,
sueña el que agravia y ofende,
y en el mundo, en conclusión,
todos sueñan lo que son,
aunque ninguno lo entiende
(La vida es sueño).⁴*

Pasaron otros 10 años largos en los que el Claustro tuvo un gran crecimiento como lugar de estudios humanísticos. Floreció en todos sus Colegios (Licenciaturas), acrecentó no sólo matrícula sino prestigio, era el lugar obligado (y lo es hasta la fecha) donde podían celebrarse momentos académicos y culturales del Centro histórico, como fuera el 50 aniversario del voto femenino en México, sólo por mencionar alguno.

De esta manera, podemos decir que la Universidad del Claustro de Sor Juana, se convirtió en el crisol de la cultura en el centro histórico de México. Pero un crisol que se antoja con los destellos y la tradición desde las obras novohispanas tales como: México en 1554 de Francisco Cervantes de Salazar, *La Grandeza mexicana* de Bernardo de Balbuena o *la Rusticatio mexicana* de Rafael Saldívar. Todas ellas llenas del encanto de la

² *Ibid.* Alfonso Méndez Plancarte.

³ Paul B. Preciado. “Aprendiendo del virus” en *El País*. Opinión. Tribuna (28 marzo 2020).

⁴ Pedro Calderón de la Barca, *La vida es sueño*, edición de Evangelina Rodríguez Cuadros, Madrid, Espasa-Calpe, 1997.



naciente ciudad. Así pasó con la historia del Claustro y de la polis. Lejos estábamos de saber que la cultura de los jóvenes respondería más al llamado de la tribu. La inclusión y la multiculturalidad exigían un papel en el estrado de nuestra ciudad.

Parece algo tan romántico pensar en las generaciones del primer plan de estudios de la Carrera de Ciencias del lenguaje donde la hermenéutica había acompañado a los estudiantes en sus diez semestres. Daba gusto ver a las alumnas y alumnos empoderados y además siempre enjuiciando la labor filológica del artista creador. Se asomaba en las pizarras todavía de gis o de tiza, el *Seminario Monográfico Sor Juana Inés de la Cruz: obra y pensamiento*. Pronto aprendimos a dialogar desde la universidad madrileña de origen (Universidad Complutense de Madrid) con la universidad mexicana (Claustro de sor Juana); el mismo lenguaje de la escritura forjada en ambos lugares, la España y la Nueva España; el mestizaje, el sincretismo, lo novohispano.⁵

Una vez arrancada la década del año 2000 florecieron en la Universidad los estudios novohispanos a los cuales debemos egresados que siguen trabajando los siglos áureos desde distintas fisonomías; literarias, teológicas, culturales y sociales. Todavía al día de hoy tenemos interesantes trabajos de tesis de estos graduados. También a fines de la década cambiaría la carrera de Ciencias del Lenguaje a Literatura Iberoamericana; grandes generaciones egresaron, varios ex alumnos quienes ahora son colegas docentes de las actuales carreras. El Colegio de Letras migró a la carrera de Escritura Creativa y Literatura donde las alumnas y alumnos dan muestra de un perfil interesante de ar-

tista creador en el campo de las letras en tiempos de crisis de las humanidades.

Pero la vida de la Literatura siempre se ha sumado a la de otros colegios: Arte, Cultura, Filosofía, Comunicación, Psicología y la “sal y pimienta” la ha dado desde sus inicios la escuela de Gastronomía. Al igual que en la época de sor Juana los muros del Claustro dejaban entibiar sus mañanas con el olor de los alimentos de sus cocinas tradicionales y de vanguardia. No pocas veces se preparó el *Manchamanteles* y el *Bienmesabes* para honrar a la musa y a nuestra casa de estudios. Pero de la misma manera que se podía cocinar de una forma tradicional, al estilo virreinal o conventual, también las materias, los colegios, se iban “cocinando” transformando tal y como ocurrió en la bella filosofía de cocinas de sor Juana:

Por no cansaros con tales frialdades, que sólo refiero por daros entera noticia de mi natural y creo que os causará risa; pero, señora, ¿qué podemos saber las mujeres sino filosofías de cocina? Bien dijo Lupercio Leonardo, que bien se puede filosofar y aderezar la cena. Y yo suelo decir viendo estas cosillas: Si Aristóteles hubiera guisado, mucho más hubiera escrito (Respuesta a Sor Filotea de la Cruz).⁶

Con la propia filosofía del Claustro se ha vivido un tiempo único; pasaron los años marcados por 1989, 1999, 2009. La Universidad, filosofó y aderezó la cena. Al cumplir sus 30 años había crecido enormemente en calidad y excelencia. Las publicaciones internas y de coediciones dan un buen ejemplo del enriquecimiento intelectual y artístico. Por esos años se editó la *Antología y Cuaderno de trabajo Sor Juan y su mundo*.⁷ Además surgió el proyecto de *Sor Juana para niños*, que

⁵ Es obligado decir que del *Doctorado de Filología Hispánica: Programas siglos de oro*, de la Universidad Complutense de Madrid, tuvimos que adaptarnos a los requerimientos de nuestra casa de estudios a través de la figura y del análisis compartido de sor Juana Inés de la Cruz. Momento clave en la historia personal y a la luz de más de 20 años se puede afirmar: *Confieso que hemos vivido...* Todo ha sido un aprender continuo para llegar al entendimiento tan prometido por la musa mexicana: el *mundo iluminado*.

⁶ Alberto G. Salceda Edición, introducción y notas, *Obras completas, IV, Comedias, Sainetes y Prosa*, Colección Biblioteca Americana, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

⁷ Lourdes Aguilar Salas, *Sor Juana y su mundo*, Colección: Cuadernos de Trabajo, Universidad del Claustro de Sor Juana, 2006.

en todo momento tuvo la intención de hacer un guiño no sólo para la infancia sino para las familias mexicanas. Empezó con alumnos y alumnas de servicio social, después se hizo un concurso de pintura infantil, cuyo tema fue *Sor Juana y su mundo infantil* (octubre 2009), se trataba de un proyecto de filosofía para niñas y niños, en el que se buscaba crear lazos de empatía con la época, dificultades y creatividades de sor Juana como niña. Además de dibujos hubo cartas en las que los niños, niñas y adolescentes se dirigían a la musa preguntando sobre su vida en el convento, gustos, pasatiempos, lecturas, animales y demás. En la Feria del Libro de Guadalajara en 2012 nuestra Rectora presentó un libro, resultado de estos talleres: *Óyeme con los ojos. Sor Juana para niños*.⁸

Lo acontecido en la última década es muy conocido por los que transitamos en la docencia o en las administraciones y coordinaciones de esta universidad. Son años en verdad en que el Claustro se ha movido al ritmo y necesidades de la sociedad mexicana actual. El diálogo permanente y la filosofía institucional ponen a resguardo los tejidos de la institución. Hay voces y ecos que conversan en el tiempo, la distancia y la medida. Crisis telúricas vividas en el año 2017, seísmos de carácter social y en fecha muy reciente, la respuesta ante la invasión de epidemia en el país y de pandemia en el mundo (marzo-abril 2020). Esto nos lleva a recordar los célebres versos de Sor Juana, quien desde su mundo levanta queja como si del nuestro se tratara:

*En perseguirme Mundo, ¿qué interesas?
¿En qué te ofendo cuando sólo intento
poner bellezas en mi entendimiento
y no mi entendimiento en las bellezas?*
(Soneto 146, MP)⁹

⁸ Carmen Beatriz López Portillo (introducción) y Lourdes Aguilar Salas (selección de textos), con ilustraciones de Mónica Gutiérrez Serna; *Óyeme con los ojos. Sor Juana para niños*, Coedición Nostra-Universidad del Claustro de Sor Juana, 2012.

⁹ *Ibid.* Méndez Plancarte.

Sirvan estas breves reflexiones para celebrar los orígenes del Claustro, nuestro compañero fiel de la vida intelectual, personal y de memoria. No estaría completa la lista de logros de nuestra casa de estudios sin mencionar la grandeza de los Colegios que en la actualidad forman el basamento, las columnas del lugar que entretuvo los años de la vida de sor Juana: Licenciaturas en Comunicación y nuevos medios, Derecho, Derechos Humanos y gestión de paz, Escritura creativa y Literatura, Estudios e historia de las artes, Estudios y gestión de la cultura, Filosofía, Gastronomía, Licenciatura en Producción de espectáculos y Psicología. El pase de lista es muy largo pero sabemos que no es lo único, faltaría todo el trabajo de extensión cultural y comunitaria. Datos y numeralia que el vivaz lector puede encontrar en páginas y sitios electrónicos.

Es desde el confinamiento necesario y razonado en nuestras casas (nuestros templos familiares) que podremos escuchar las mismas campanadas que se dejaron sonar en San Jerónimo el día 17 de abril de 1695, hace nada menos que 325 años. Muerte que alcanzó a la décima musa como todos sabemos por un mal endémico, una epidemia que azotaba afuera y dentro del convento novohispano, una peste, tifus o tabardillo que podemos imaginar después de conocer la actual amenaza de esta primavera (2020), de cuyo nombre no quiero acordarme. Lo mejor es dejar aquí el discurso lírico y concluir con aquellos versos de sor Juana de una de sus liras:

*Pues todos estos males
Tienen consuelo o tienen esperanza,
Y los más sin iguales
Solicitan o animan la venganza;
Y solo de mi fiero mal se aleja
La esperanza, venganza, alivio y queja*
(Lira 213. MP).¹⁰

En San Jerónimo a 13 de abril de 2020. ●

¹⁰ *Ibid.* MP.





La restauración del espacio y de la memoria. Al rescate del antiguo convento de San Jerónimo de México

GERARDO A. HERNÁNDEZ SEPTIÉN



La Historia del antiguo convento de San Jerónimo podría dividirse en tres: su periodo virreinal (1585-1821) hasta las Leyes de Reforma, su decadencia (desde mediados del siglo XIX hasta los años 70 del siglo XX), y su resurgimiento desde 1978 como institución educativa. Sin embargo, después de la terrible agonía que había vivido por cerca de 100 años y antes de convertirse en lo que es hoy, había una parte “perdida” de la Historia: unos pocos años, pero decisivos porque moldearían al Claustro de Sor Juana de manera radical y harían que diera un giro de 180 grados; hablo de la restauración arquitectónica del recinto.

Donde el autor se enfrenta al misterio de las ocho cajas desaparecidas

A veces, la reconstrucción de hechos es como una novela de misterio donde alguien busca sacar a luz la verdad y ponerla al alcance de todos. Los hechos eran estos: a partir de 1974, la participación técnica para el rescate del conjunto monumental estuvo a cargo del gobierno mexicano a través de la Dirección General de Sitios y Monumentos del Patrimonio Cultural, entonces perteneciente a la SOP (Secretaría de Obras Públicas) y después a la SAHOP (Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas), y de la Secretaría de Educación Pública (SEP), a través de su Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y sus secciones de Salvamento Arqueológico y de Monumentos Históricos.

Pero entonces, entre 1974 y 1979, continuando hasta 1982 —al menos—, toda la información referente a lo que se conoció como la “Reconstrucción y Restauración del Convento de San Jerónimo” fue colocada en ocho cajas de cartón, mismas que fueron guardadas en una bodega de la Dirección General de Sitios y Monumentos del Patrimonio Cultural. Las cajas estaban registradas como “archivo muerto”, pero más bien habían desaparecido del conocimiento público. ¡He ahí el cuerpo del delito!

En 2017, cuando yo trabajaba en dicha dependencia federal, ya para ese momento perteneciente a la Secretaría de Cultura, fui notificado de la existencia de unas cajas en una bodega del desvencijado edificio que ocupábamos en Insurgentes Sur. La bodega debía ser

vaciada para destinarse al uso de oficinas. Me pidieron que “le echara un vistazo a las cajas”, a ver si de algo servían; mi antecesor las había puesto ahí, eran de mi área y estorbaban.

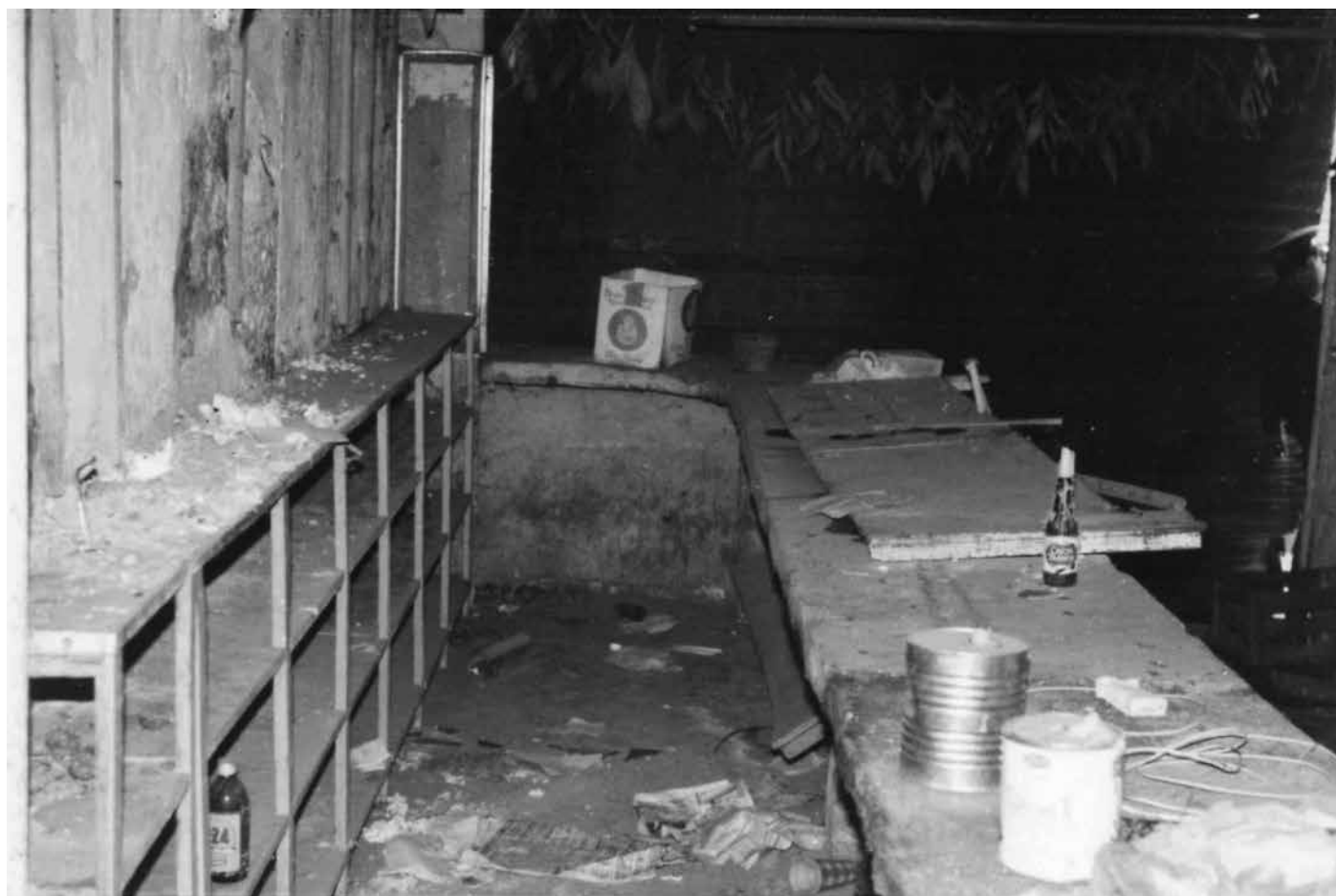
¡Maravilla de maravillas! Esas “ocho cajas” eran *las* cajas: frente a mí estaba la información inédita del rescate de San Jerónimo. Incansablemente buscada por la Universidad del Claustro de Sor Juana durante años, de pronto me fue revelada en todo su esplendor: correspondencia inédita, informes fotográficos, memorias descriptivas y de cálculo, planos, reseñas, libros sin publicar...

Todo fue desempolvado para constituir hoy en día una pieza clave en el estudio del rescate del antiguo conjunto conventual de San Jerónimo y de las personas que participaron en él, algunas de las cuales consagraron su vida a dicho fin. Recientemente, dediqué varios meses al estudio del contenido de “las cajas” y mucha de la información reseñada en este artículo, deriva de ahí. Mi texto no tiene otro objetivo que recuperar las voces de los testigos presenciales de estos emocionantes acontecimientos.

Establo, teatro y cabaret: donde el autor descubre las huellas del crimen

Aquí se hablará brevemente de San Jerónimo, pero sobre todo, de cómo se rescató un sitio histórico hace más de 40 años; más que un recuento de especificidades técnicas, será el relato de un puñado de personas visionarias que hicieron acopio de voluntad y trabajo, para rescatar el espacio y la memoria, que también es espacio. A través de la reconstrucción del espacio, se levantó algo nuevo, tal y como le hubiera gustado a Sor Juana, un arco nemotécnico, un Neptuno que seguimos disfrutando y descifrando, porque, al restaurar técnicamente el edificio se rescataron muchas cosas más que tocan al espíritu humano.

La dificultad de toda historia de misterio, de hecho de cualquier historia, no es tanto lo que se cuenta, sino lo que se oculta, lo que siempre falta por decir. Aquí, en San Jerónimo, todo empezó hace más de 400 años y la historia no ha terminado. A lo largo de este tiempo hay capas y capas de historias y personajes que han intervenido y confluido aquí —para bien o en detrimento nuestro—. Y digo en detrimento nuestro porque el





patrimonio es un bien social, de todos y para todos. Nos hallamos frente a un monumento del siglo XVI en un sitio declarado Patrimonio de la Humanidad. Pesa una carga fortísima sobre este sitio.

Como un organismo vivo, la historia de este convento ha tenido etapas de nacimiento, crecimiento, cambio y adaptación, luego fue mutilado, envejeció y casi muere. Pero no murió. Y esa es otra característica de los monumentos: con cariño, mimos y buenos tratos, su vida útil puede prolongarse casi eternamente, en función del uso que se les dé y del significado que se les otorgue. Hoy, la Universidad del Claustro de Sor Juana, institución que en 2019 celebró sus primeros 40 años de existencia, tiene al antiguo convento de San Jerónimo como sede.

Todo comienza en el siglo XVI, siglo por demás violento en la historia del territorio que era entonces conocido como la Nueva España. En 1535 llega la primera orden religiosa femenina a estas tierras y funda el Convento de la Limpia y Pura Concepción de México, parte del cual, muy modificado, subsiste en la actual calle de Belisario Domínguez, en el Centro Histórico de esta Ciudad. Seguirían otras fundaciones concepcionistas, hasta que en 1585, a instancias de Doña Isabel de Barrios y su segundo marido, Don Diego de Guzmán, se funda el “Convento de Nuestra Señora de la Expectación de religiosas del (sic) Orden de Nuestro Padre San Jerónimo (sic) de la Ciudad de México”, según consta en un documento resguardado en el convento de San Jerónimo y Santa Paula de Sevilla, fechado el 29 de septiembre del mencionado año. Doña Isabel de Guevara Barrios, hija del primer matrimonio de Doña Isabel de Barrios con don Juan de Guevara sería una de las primeras religiosas en ingresar al convento, y para tal uso, se acondicionaron unas pequeñas casas sobre la actual calle de San Jerónimo, casi esquina con 5 de Febrero. Al no encontrarse en México un convento masculino de la Orden de San Jerónimo, tal recinto quedó a cargo directo de la Arquidiócesis de México, y a las religiosas les fue dada la Regla la de San Agustín.

En 1625, cuatro años antes de la “Gran Inundación” que sepultó a la Ciudad de México por cinco años bajo el agua, se concluyó la iglesia del mencionado convento, misma que se dedicó a Santa Paula de Roma, discípula del ermitaño San Jerónimo, y modelo espiritual de la rama femenina de la Orden que ambos iniciaron

en el Viejo Mundo, allá entre los siglos IV y V de nuestra era. Es curioso, sin embargo, que en el nicho de la única portada lateral que da acceso a la antigua iglesia conventual sobre la calle de San Jerónimo, sea una escultura suya y no de Santa Paula la que aparezca como imagen titular del templo.

Con todo, la iglesia conserva un aspecto austero, casi tosco, y se considera uno de los ejemplos más antiguos de arquitectura virreinal, de un barroco incipiente que aún conserva pervivencias del herreriano español, típico de la época de Felipe II de España.

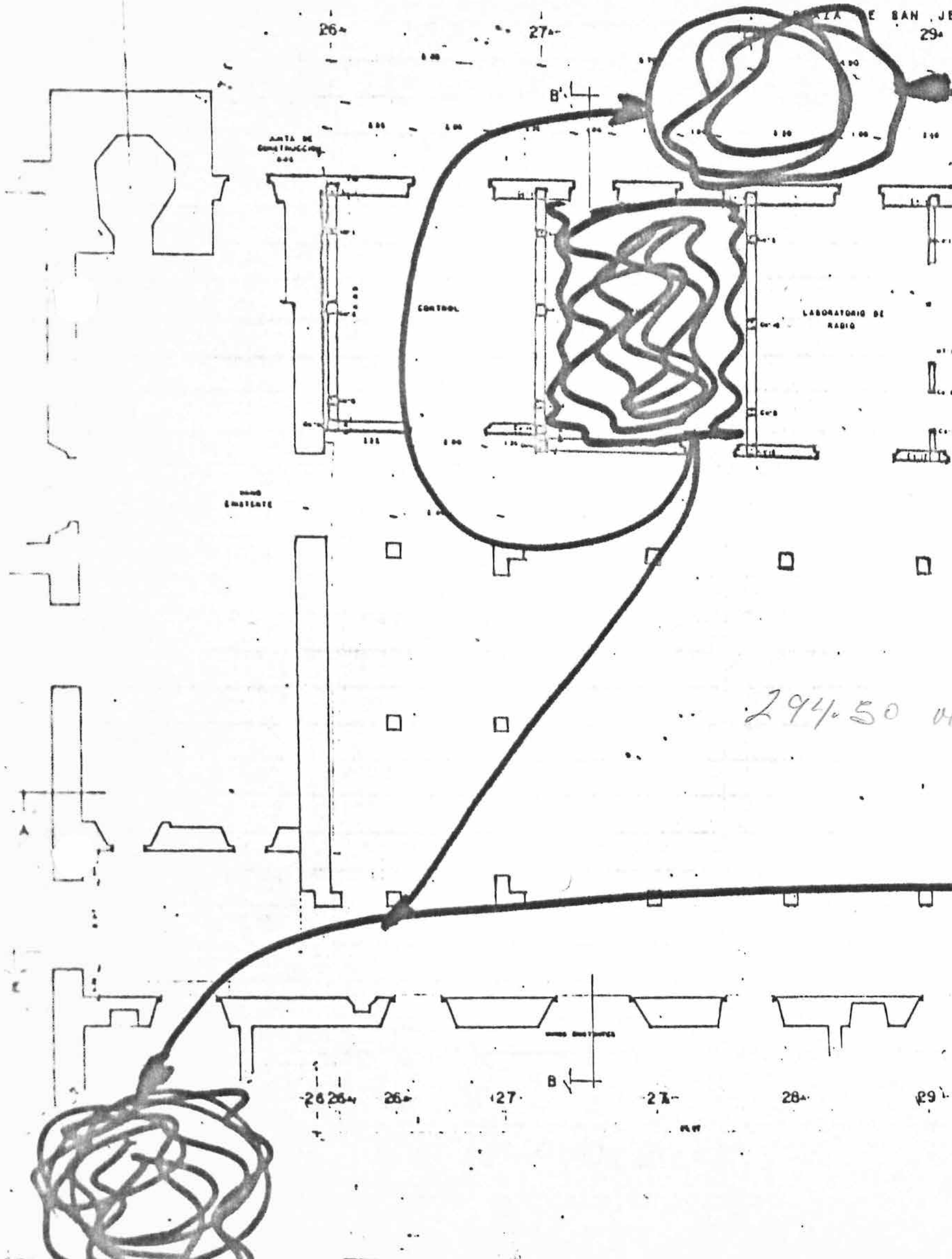
El conjunto, conocido como “convento de San Jerónimo de México”, nombre simplificado con el que fue conocido durante el periodo virreinal, fue creciendo en extensión, fama y esplendor, y formó parte del sistema de conventos femeninos, fenómeno consolidado sobre todo a partir del siglo XVII, y que harían que la Ciudad de México tuviera un aspecto casi completamente religioso al punto de ser llamada “la Nueva Jerusalén”: una ciudad dominada por cúpulas y torres de iglesias, parroquias y fundaciones religiosas.

Fue justo durante el siglo XVII, “Siglo del Barroco”, cuando vivió y murió en San Jerónimo Sor Juana Inés de la Cruz, en el mundo Juana de Asbaje y Ramírez de Santillana, conocida como “la Decima Musa”, “la Fénix de América”, y cuya pluma prodigiosa legó a las letras castellanas una de sus más granadas expresiones en prosa, teatro y poesía, y que formó parte de la época del Siglo de Oro español.

En el siglo XX otra mujer, sorjuanista de corazón, admiradora del carácter rebelde —y a veces irreverente— de la monja escritora, utilizó su figura para rescatar del olvido los muros y espacios que la monja jerónima habitara en el siglo XVII. Su nombre era Margarita López-Portillo y Pacheco. Gracias a su férrea voluntad, a veces testaruda, a veces rebelde, (característica que hubiera aprobado la misma Sor Juana), existe la Universidad del Claustro. Ella supo ser eslabón entre la Historia y el momento que le tocaba vivir; más adelante hablaremos de este personaje crucial dentro de este relato.

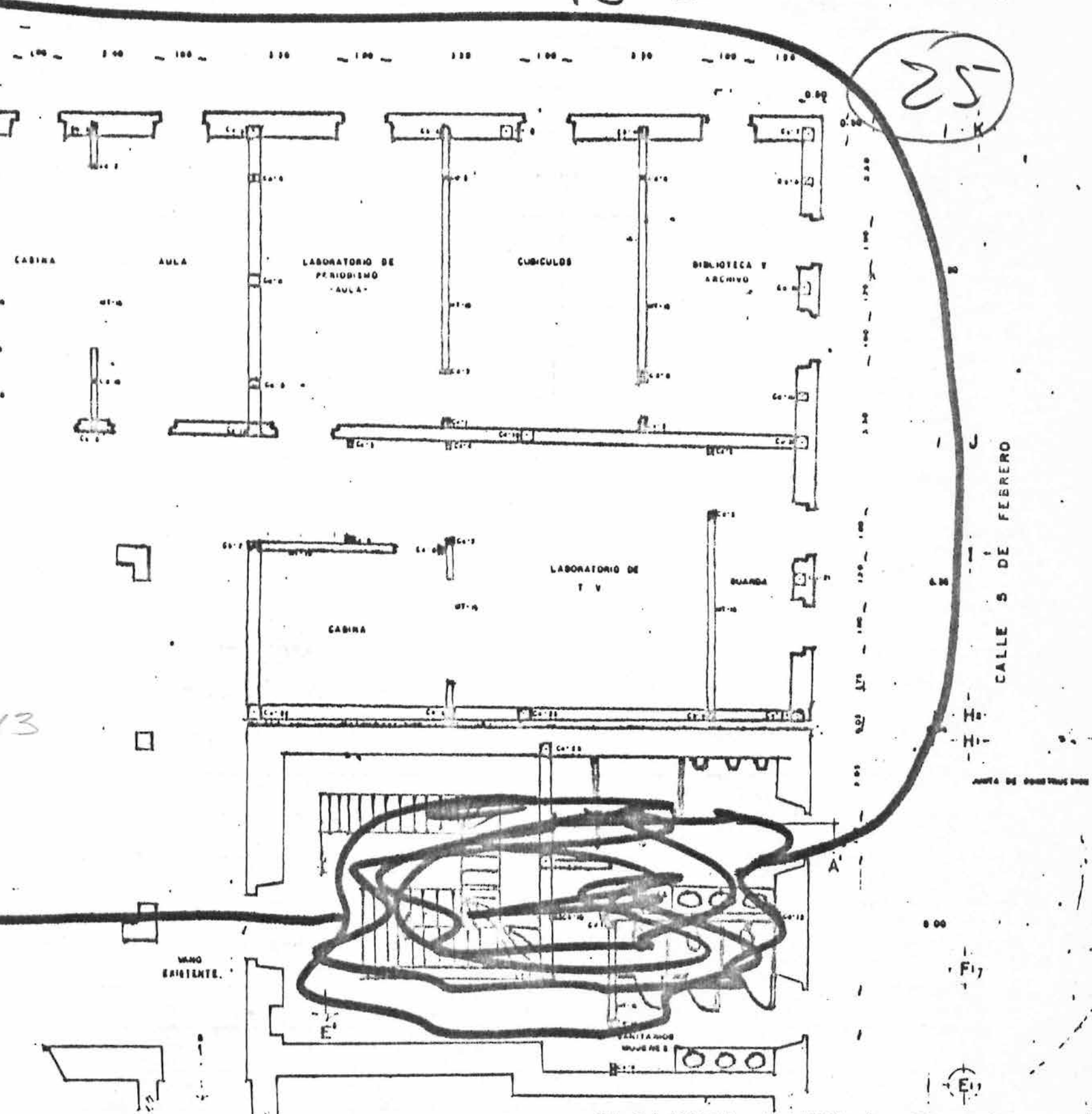
Pero regresemos a la historia del convento: en su periodo de máximo esplendor y extensión, en el siglo XVIII, San Jerónimo de México, contaba con claustros, patios, celdas, una escuela para niñas, iglesia y otras dependencias (refectorio, enfermería, torno,

ACEREO DE ESCUMBRIO ESTACION



R-1

25



MUNDO EXISTENTE

NOTA:
LOS MUNDOS NO ESPERANZADOS
SERAN DE FEUTLE
CAMBIO Y CONFINES AYUDAR
CASTELLON AYUDADO 1971
MUNDO 20

COORDINACION GENERAL DE LAS OBRAS Subsecretaria de Bienes Inmuebles y Obras Urbanas		SAHOP COORDINADORA GENERAL MEXICO, D.F. 06000 DIRECCION REGIONAL DE LA CDMX CALLE PARRAL 1000
EX-CONVENTO DE SAN JERONIMO		
CABECERA ORIENTE NORTE MUNOS Y CASTELLOS	PLANTA BAJA CON-E-8	
 ARQ. ARMANDO RUIZ GOMEZ		

etc.), por lo que ocupaba ya una manzana completa de casi 12,000 metros cuadrados. A partir de la segunda mitad del siglo XIX, la historia se torna compleja: tras las Leyes de Reforma, las monjas jerónimas que aún ocupaban un ya decadente convento, fueron exclustradas, y el recinto fue convertido en cuartel militar, caballeriza y hospital, para después ser parcialmente usado como establo, teatro, bodegas y cabaret a principios del siglo XX en el momento en que fue propiedad del arquitecto Don Antonio Rivas Mercado y de su hija Antonieta. El convento fue en gran parte modificado, adaptado, demolido y vendido a particulares durante el siglo XX. Su rostro se desdibujó: el gran solar se subdividió, y se formaron muchos predios más pequeños, que se utilizaron como viviendas, albergue y negocios de dudosa categoría (hoteles, restaurantes, bodegas, talleres, estacionamiento, etc.), ¡hasta un tiradero de basura ocupó lo que fuera “el Claustro Grande” del convento! La iglesia del exconvento, sin embargo, se mantuvo intacta durante casi todo el siglo XX como templo católico abierto al culto.

Entre 1963 y 1964, el historiador Don Francisco de la Maza fue el encargado de diseñar y supervisar los trabajos de restauración del templo de San Jerónimo y colocar en su coro bajo, una lápida conmemorativa que señalaba que ahí se encontraba sepultada Sor Juana Inés de la Cruz.¹

A la letra, dicha lápida decía: “En este recinto // que es el coro bajo // y entierro de las monjas // de San Jerónimo // fue sepultada // Sor Juana Inés // de la Cruz // el 17 de abril de 1695. // Año de 1964”.

Todo el registro minucioso del proceso de restauración del espacio del templo y coros bajo y alto de San Jerónimo quedaron reunidos en un libro de la autoría del propio Francisco de la Maza titulado *El Sepulcro de Sor Juana Inés de la Cruz. Breve crónica del templo de San Jerónimo y de la restauración de sus coros*, editado en 1967 por la UNAM.

Más tarde, en 1968, gracias a un esfuerzo conjunto, la SEP logró detener la demolición del edificio ubicado en Izazaga 98, parte original del convento virreinal, ya que algunos de sus elementos, tales como herrería

y cantería habían comenzado a ser saqueados y a venderse como piezas de desecho.

Al poco tiempo, aparece en escena Doña Margarita López-Portillo, quien continuaría la labor comenzada por De la Maza. Amante y heredera simbólica de los ideales sorjuanistas, su sueño se convirtió pronto en el de muchos. Mujer de un carácter inquebrantable, en 1971 recibió la comisión por parte del entonces presidente de México Luis Echeverría Álvarez de rescatar y conservar lo que quedaba del antiguo convento de San Jerónimo y su iglesia durante la reunión de la Junta Nacional de Asociaciones Femeninas. Para dicho fin, se constituye la Asociación Civil “Claustro de Sor Juana Inés de la Cruz”, con el Lic. Pedro Aspe como Gerente General.

Fue Don Francisco de la Maza quien le recomendó que se reuniera con el arquitecto Manuel Sánchez Santoveña, “(ya que) él había (sic) bien las cosas, era culto, honrado y, a su juicio, el mejor hombre para el rescate de edificios virreinales. Me comuniqué con él y el arquitecto aceptó encantado aquel proyecto que no dejaba de ser un reto y tener grandes bemoles (...) Me visitó en mi casa y ahí mismo comenzó a trazar en papel un anteproyecto del rescate del edificio del convento de San Jerónimo que previamente había visitado”.

Realmente la empresa se antojaba complicada y titánica, y frecuentemente uno de los que no se encontraba convencido de que las cosas llegarían a feliz término era el propio De la Maza, quien moriría un año después. Esta lamentable pérdida significó un profundo revés para Doña Margarita, quien comenta en sus crónicas: “(...) yo me sentí sola, desamparada. Paco era mi apoyo, mi confidente, mi amigo, mi maestro, pero tenía que seguir sola en aquel sueño que a veces se volvía pesadilla. ¿Qué haría sin el Maestro? Lo que tenía que hacer, seguir la lucha”.

Gatos en formol y ancianas dementes: donde el autor usa los documentos de las cajas para continuar su historia

El plan siguió, y en 1973 se inician las gestiones para obtener la autorización del rescate del monumento, ante la Dirección General de Monumentos Históricos del INAH. Un año después, entre febrero y mar-

¹ Hoy, este recinto funciona como el Auditorio Divino Narciso de la Universidad del Claustro de Sor Juana, y se suma a la vocación cultural y humanista de dicha institución.

zo de 1974 se constituye y protocoliza la Asociación Civil “Patronato del Exconvento de San Jerónimo de la Ciudad de México” con Doña Margarita López-Portillo a la cabeza, en conjunto con los señores Agustín Yáñez, Amalia González Caballero de Castillo Ledón, Ramón Charles Perles y Gutierre Tibón, con el siguiente objetivo:

“reunir el capital necesario para la adquisición de los predios, hoy en poder de particulares, en que se subdividió el ex convento de San Jerónimo de la Ciudad de México ubicado entre las calles de San Jerónimo, Cinco de Febrero, Isabel la Católica y José María Izazaga; adquirir dichos inmuebles y restaurarlos para devolverles su aspecto original; destinar los citados inmuebles a la instalación de una institución cultural de Ciencias y Artes en homenaje a la insigne literata, poetisa y filósofa Sor Juana Inés de la Cruz. Para el logro de estos fines, el Consejo Directivo podrá promover la organización de conferencias, seminarios, exposiciones, impartición de clases y demás actividades similares encaminadas al objeto de esta asociación. La explotación de parte de dichos inmuebles para destinar íntegramente sus productos a la restauración, conservación y mejoras, dirección y administración del Ex Convento de San Jerónimo, al logro de las actividades mencionadas (...) así como al sostenimiento de la Asociación Civil denominada “Claustro de Sor Juana”.

La anterior declaración sentaría las bases de lo que es la Universidad del Claustro de Sor Juana (UCSJ) el día de hoy.

Ese mismo año, el arquitecto Sánchez Santoveña presenta al Arquitecto Raúl Cacho Álvarez, de la Comisión del Desarrollo Urbano del País, información documental para lograr un decreto de expropiación de todos los inmuebles y predios ubicados en la manzana comprendida entre las cuatro calles que originalmente confinaron al convento de San Jerónimo. Dicho decreto se concretaría el 21 de octubre de 1975, según consta en el Diario Oficial de la Federación. Allí se narra que los propietarios de algunos inmuebles dentro de la manzana expropiada iniciaron un juicio contra las autoridades federales, mismo que se alargaría por varios años. Estos inmuebles eran: el edificio moderno de Izazaga 90, junto a un terreno baldío ocupado como es-

tacionamiento, un decrepito hotel en San Jerónimo 69 (junto al templo), el ubicado en 5 de Febrero 73, y una ostionería ubicada en la esquina de Izazaga e Isabel la Católica. Al final, todos los fallos judiciales fueron a favor de la expropiación, tal y como se había planeado. Al poco tiempo, dichos inmuebles fueron demolidos, junto con la panadería que existía en 5 de Febrero 75.

Finalmente, en 1976, con una piqueta, un grupo de intelectuales y profesionales liderados por Doña Margarita y el arquitecto Sánchez Santoveña, —o “Manolo”, como ella lo llamaba—, se abren paso al interior del predio que daba acceso al “gran patio colonial” (hoy denominado “Claustro Grande”) de San Jerónimo. La escena debió ser muy emocionante, y a la vez que desoladora. Cuenta Doña Margarita:

“(...) en medio de aquel desastre, de aquel apiñamiento de basura,² encontramos el arquitecto Santoveña y yo, en cierto rincón del destruido edificio donde había vivido una anciana sin duda enferma de la mente, trescientos frascos de cristal en cuyo interior flotaban en formol, otros tantos gatos muertos (...) La basura se levantaba en cerros y más cerros y olía a mariguana. Sacamos toneladas y toneladas de desechos de aquel lugar que más parecía el infierno. No sé cómo pude resistir esta lucha (...) Recordaba las palabras de mi padre: ‘las metas son para alcanzarlas’”.

Ese mismo año, 1976, un equipo multidisciplinario de profesionales comienza la restauración arquitectónica del conjunto, al tiempo que las excavaciones arqueológicas que durarían, en su primera etapa, hasta 1987. Algunas de las personas que tuvieron una injerencia importante en esta etapa fueron: el arquitecto Fernando Pineda Gómez, nombrado “Director Técnico de las Obras de Reconstrucción y Restauración del Exconvento de San Jerónimo” por parte de la Comisión de Desarrollo Urbano del País; el arquitecto Fernando Gómez Carmona; el doctor Efraín Castro Morales, Director de Monumentos Históricos del INAH (poco tiempo antes, estuvo involucrado el arquitecto Sergio Zaldívar en el mismo puesto); y la ya mencionada SOP, que transformada en SAHOP, actuaría a

² Se cree que se extrajeron de ese lugar cerca de 30,000 toneladas de basura.

través de la Subsecretaría de Bienes Inmuebles y Obras Urbanas (antes Subsecretaría de Bienes Inmuebles y de Urbanismo, perteneciente a la Secretaría del Patrimonio Nacional, donde participaría activamente el hermano de Doña Margarita, José López-Portillo y Pacheco, posteriormente presidente de México) y su Dirección General de Obras en Sitios y Monumentos del Patrimonio Cultural, desprendida de la Dirección General de Edificios.

Es justamente, “Sitios y Monumentos”, la instancia a la que pertenecía el arquitecto Sánchez Santoveña, quien presuntamente reunió y guardó toda la documentación documental de ese periodo, que terminó en las famosas “ocho cajas” que fueron rescatadas cuando yo trabajaba ahí. A “Sitios y Monumentos” pertenecían en ese momento también el arquitecto Vicente Medel, Director General, y el ingeniero Alfredo Marín Contreras.

Las exploraciones arqueológicas —iniciadas originalmente en el Claustro Grande—, fueron llevadas a cabo por los arqueólogos Ramón Carrasco, como “Encargado del Programa de Exploración Arqueológica” y Guillermo Pérez-Castro Lira como “Responsable de la Sección de Arqueología”,³ y también por los antropólogos físicos Arturo Romano Pacheco y María Teresa Teresina Jaén, mejor conocida como “Teresina”.

Rescatar, adaptar y conservar.

Donde descubre el mundo subterráneo

Al finalizar los primeros trabajos de rescate (me referiré ya formalmente de aquí en adelante con este término a todos los trabajos inherentes a la restauración, modificación, adecuación, restitución, conservación,

consolidación, limpieza y excavaciones arqueológicas en el conjunto) orientados a la utilización del espacio y su puesta en valor, Sánchez Santoveña escribió en 42 páginas la “Memoria del proyecto de restauración del ex convento de San Jerónimo de la Ciudad de México. Etapa I-A. 1974-1978”. Este interesante documento técnico e histórico revela lo que fue vivir en carne propia esta emocionante aventura:

“La degradación material y arquitectónica había llegado a un punto crítico, que amenazaba con resolverse con la desaparición del edificio. El deterioro fundamental, aparte los irreversibles que se mencionarán más adelante, era la cancelación de las relaciones formales y funcionales entre las partes constitutivas del conjunto (...) Las condiciones de habitabilidad eran siniestras (y el conjunto) amenazaba ruina inminente (...) Sórdido era el calificativo que surgía de modo natural al testificar los modos de vida que en estos espacios se desarrollaban (...) El grave deterioro del conjunto demandaba la intervención gubernamental (...) Había razones de índole histórica y de orden conceptual arquitectónico que justificaban la decisión (de expropiación) (...) Un apoyo más para la formulación del decreto expropiatorio fue un estudio de carácter historiográfico en el que, mediante citas textuales de cronistas e historiadores, mostré y comprobé la extensión física del Ex Convento de San Jerónimo...”

Mediante un documento dirigido a la Comisión de Desarrollo Urbano de la SOP, fechado en noviembre de 1974, al tiempo que justificaba la necesidad del decreto expropiatorio, Sánchez Santoveña:

“Solicitaba la asistencia de arqueólogos y especialistas designados por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, quienes con procedimientos altamente especializados, debían haber registrado los niveles recientes y antiguos en las plantas baja, alta y de azoteas, de elementos como son las cimentaciones, pavimentos, entrepisos y pretilas, así como se debían haber registrado los vanos aparentes y ocultos, estudiando sus diferencias cronológicas (...) solicitaba el conocimiento de la probable existencia de pinturas murales o de ornamentos arquitectónicos de carácter escultórico, asociados a los vanos o elementos portantes o soportados. Toda esta información debería haber quedado registrada en me-

³ De su autoría es el libro titulado “Arqueología monacal. El monasterio femenino de San Jerónimo, Ciudad de México (siglos XVI al XX)”, editado por el INAH-Secretaría de Cultura y la Universidad del Claustro de Sor Juana, A.C., que vio la luz en 2019. Esta publicación representa una fuente riquísima de datos sobre la vida monástica en Occidente y la evolución de las órdenes religiosas desde inicios del cristianismo hasta la fundación concreta del convento de San Jerónimo de México y su evolución, en planos y alzados -recreaciones hipotéticas muy cercanas a la realidad- de cómo fue su nacimiento, crecimiento, decrecimiento y modificaciones desde 1585 hasta las Leyes de Reforma y la exclaustación de las últimas religiosas en 1865.

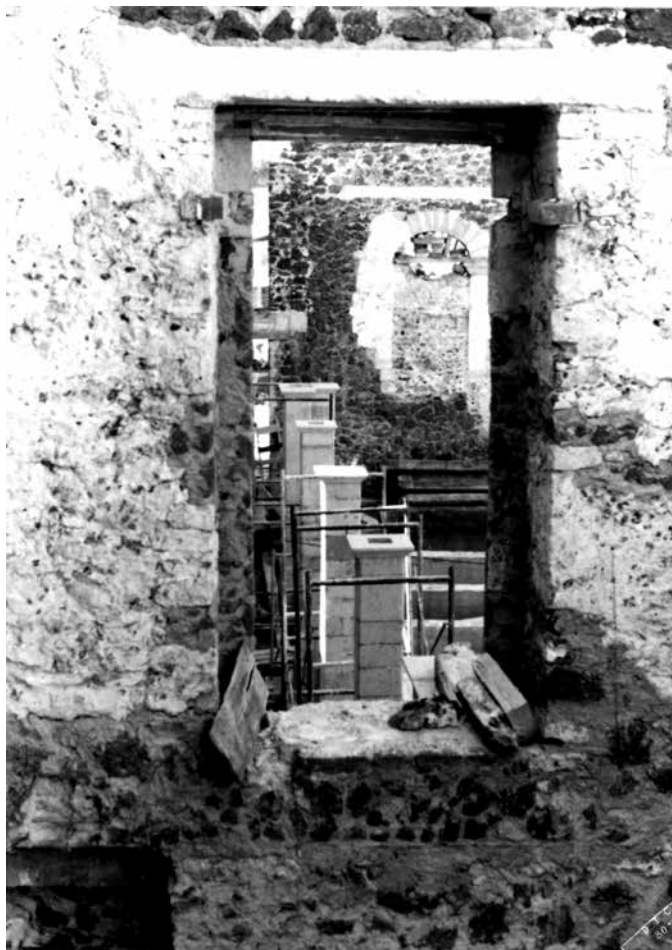
moria y en los planos de levantamiento del edificio, con anterioridad al desarrollo del proyecto”.

Según el arquitecto las obras debían estar encaminadas a tres acciones principales: rescatar, adaptar y conservar de manera adecuada. Todo dentro del más estricto marco de respeto por los valores estéticos e históricos del sitio. Para ello, estableció un criterio de acción como “norma general necesaria para distinguir lo lícito de lo ilícito (...) Como la autenticidad histórica (...) constituye el parámetro para establecer los juicios y las decisiones, el campo de acción se situó en la eliminación de todo aquello que falsifique (...) la puesta en valor de la historicidad del conjunto”.

Algunos de los trabajos de adecuación, restauración de elementos existentes y *anastilosis* (reconstrucción de partes del monumento desaparecido, con base en ruinas, vestigios o documentos previos) continuaron sin pausa: se trabajaron vigas de madera, pisos de duela, muros, vanos, cerramientos, columnas, impermeabilizaciones, muros se recimentaron, se realizó la corrección de niveles del piso, se diseñaron ductos para aguas pluviales, se agregaron cabinas de proyección y traducción simultánea, se colocaron servicios sanitarios, etcétera.

Una gran duda —que es algo a lo que se enfrentan frecuentemente los restauradores de monumentos— era qué tanto debía rescatarse y hasta dónde se debía intentar llegar al nivel “original” ya que gracias a la arqueología, que en todo momento rigió el proyecto de rescate, se había encontrado el nivel original del convento del siglo XVI, junto con todo lo que ello implica: enterramientos, monedas, artículos de uso doméstico, objetos de barro, azulejos, inclusive tinas y tinajas completas, junto con fuentes, caños y restos humanos. Incluso fue posible identificar una acequia conocida en el siglo XVI como “de la Merced” que corría en diagonal por parte del predio, más o menos desde su esquina norponiente (San Jerónimo e Isabel la Católica) hacia su esquina suroriente, desembocando cerca de donde se encuentra la entrada principal de la Universidad (Av. José Ma. Izazaga 92).

Sin embargo, se decidió no regresar al nivel del siglo XVI en el predio, ya que implicaba un sinfín de excavaciones en toda la manzana, donde seguramente se tropezarían con más y más vestigios que era difícil





sacar a la luz por su delicado estado de conservación y el alto costo monetario que implicaría su mantenimiento posterior, además de que una de las razones por las que las monjas durante los casi tres siglos posteriores habían elevado el nivel del convento, eran las continuas inundaciones, hundimientos y presencia de aguas freáticas (del subsuelo) casi superficiales a que se veía sometido. Se privilegió mantener el nivel que había tenido en el siglo XIX (nivel del actual “Claustro Grande”, presumiblemente de finales del siglo XVIII y principios del XIX, que a Sor Juana ya no le tocó ver).

Una vez deliberado esto, los trabajos continuaron: los cambios más radicales ocurrieron en tres esquinas del conjunto: la esquina de Izazaga y 5 de Febrero se rehízo completa, el espacio por el que se ingresa hoy en día a la Universidad ya era ocupado en ese momento como estacionamiento y corresponde al área destinada para el mismo fin al día de hoy; justo debajo, el predio es susceptible de nuevas excavaciones arqueológicas. La segunda esquina muy modificada fue la de San Jerónimo y 5 de Febrero, donde un edificio de corte moderno del siglo XX fue demolido completamente para sustituirlo por uno que fuera más armónico con el conjunto y su imagen de “convento del siglo XVIII”. Asimismo, fue demolido el hotel que funcionaba anexo a este edificio y a la torre del templo. La tercera esquina, muy modificada fue la de Izazaga e Isabel la Católica, en donde un conjunto de construcciones más pequeñas —a juzgar por las fotos donde se ven sus fachadas, me atrevería a decir que casas construidas o modificadas en la era porfiriana— también fueron demolidas para construir en su lugar un inmueble que tuviera más aspecto “de convento virreinal”. En esta esquina se encontraba la ostionería previamente mencionada.

Otra demolición, por demás aparatosa, se llevó a cabo en un edificio de varios niveles marcado con el 90 de la calle de Izazaga —que en su momento había interpuesto una demanda contra el decreto expropiatorio—, anexo al estacionamiento que ahí se encontraba donde es la actual entrada principal. Este edificio había afectado de manera casi irreversible el subsuelo, y si bien, después de su demolición se pudo construir ahí un edificio más armónico de tres niveles, fue imposible encontrar cualquier vestigio arqueológico en el área correspondiente a su desplante dada la invasiva cimentación que fue utilizada cuando se levantó.

Sor Juana como principio y fin. Donde el autor se despide del lector

En medio de los trabajos de excavación, en el coro bajo del templo fueron encontrados varios restos óseos, en distintos niveles y a más de tres metros por debajo del nivel medio del suelo. Los entierros, correspondientes casi todos a personas del sexo femenino, incluían al de la fundadora del convento de San Jerónimo, Isabel de Guevara, como lo señalaba una placa de plomo con inscripciones en latín en ambas caras. Esta placa de 1618 se hizo al momento de su muerte, y es un valioso testimonio histórico, ya que habla de las autoridades civiles y religiosas de ese momento en la Nueva España, así como de los monarcas reinantes en España y en el trono de San Pedro.

Sin lugar a dudas, el descubrimiento llevado a cabo el 23 de noviembre de 1978 fue el más deslumbrante de todos: se encontraron los restos que presumiblemente pertenecieron a Sor Juana Inés de la Cruz. Por su posición prominente, las cuentas de un rosario, tachuelas metálicas y un marco de carey que rodea a lo que fue el medallón pintado que llevó en el pecho según retratos suyos, fue posible determinar, casi con un 100% de certeza y echando mano de procesos de criminalística forense, que la osamenta y artículos asociados habían pertenecido a la ilustre monja escritora.

Nos dice el antropólogo físico Arturo Romano Pacheco que:

“... contando con el apoyo científico y moral de la antropóloga María Teresa Jaén se iniciaron nuevas y más profundas investigaciones para desechar o reafirmar lo dicho. Así la situación, se decidió llevar a efecto el mejor método identificatorio antro-po-físico forense cuando se cuenta, aparte del cráneo y mandíbula, con el retrato del sujeto por identificar, además de tener el instrumenta necesario para tales menesteres que reciben el nombre de superposición cráneo-retrato o radiografía [...] El primer paso consistió en la selección del retrato a emplear en la superposición con el contorno del cráneo en estudio”.

Finalmente, el 17 de abril de 1979, Doña Margarita López-Portillo entrega la obra de San Jerónimo restaurada, misma que inaugurara su hermano, el entonces

presidente de México, José López-Portillo. Como parte de un discurso verdaderamente conmovedor y triunfal, Doña Margarita nos dejó la siguientes palabras:

“Creo que todo tiene un destino, y el nuestro, pequeño y modesto, ha sido el de luchar por la memoria [...] Piedra por piedra se ha rescatado la sede del más alto pensamiento del siglo XVII con intenso y profundo amor, tratando de convertir este lugar, en un sitio donde los mexicanos de hoy puedan beber en las aguas de la sabiduría. Este Claustro pertenece, pues, al pueblo de México, y a él lo entregamos con íntima alegría en nombre de aquella ilustre mexicana, que tanto supo amar a su Patria, y con la que tenemos todos una deuda de gratitud”.

Poco después de la inauguración de la obra de rescate, Sánchez Santoveña escribió:

“No intenté aquí una reconstrucción... por el contrario, la conciencia de la Historia, como dimensión dinámica de la vida y del pensamiento, es la que rigió todas las decisiones. Lo antiguo, antiguo quedó; con todas las arrugas dejadas por el devenir en los elementos arquitectónicos, arrugas que son parte intrínseca de su manera actual de ser. Lo nuevo, surgió de las necesidades funcionales de nuestro presente y de la voluntad de recuperar la unidad perdida (...) Todo lo rigió el número siete. El siete, en San Jerónimo es el número cabalístico. Formas, espacios, polígonos, ritmos, conceptos y número, forman esa maravillosa estructura que es la unidad estética, la poesía”.

El Centro Universitario de Ciencias Humanas, A.C., que comenzara impartiendo una licenciatura, transformado en el tiempo en la Universidad del Claustro de Sor Juana, A.C., continuó con trabajos de adaptación y adecuación de los espacios todavía en los primeros años de los 1980 con ayuda del gobierno federal a través de la “Coordinación General de las Obras de Remodelación del Ex-Convento de San Jerónimo”, estando el ingeniero Héctor Loyo García a la cabeza.

Es importante mencionar, a 40 años de aquel inaugural 1979, la dirección del recinto universitario estuvo primero a cargo de la hoy doctora Ma. del Pilar Galindo López-Portillo, y desde 1991, de la maestra Carmen Beatriz López-Portillo Romano, quien como Rectora

ha alcanzado la autonomía y autosuficiencia con la que tanto soñó para el Claustro su tía doña Margarita:

“Una de las ilusiones de Sor Juana era poder asistir a la universidad; no pudo, pues los prejuicios y la cultura de su época no lo permitían. Por eso es hermoso pensar que este espacio en el que ella vivió la mayor parte de su vida, en el que escribió su obra, en el que pesó, leyó y dialogó, es hoy una universidad [...] En este Claustro de Sor Juana pensamos que todavía podemos ser capaces de recuperar el habla como arma de transformación y como bálsamo, que es en la dimensión del lenguaje donde se juega la conciencia colectiva y los valores, la memoria y el futuro; es ahí, en las palabras, donde em-

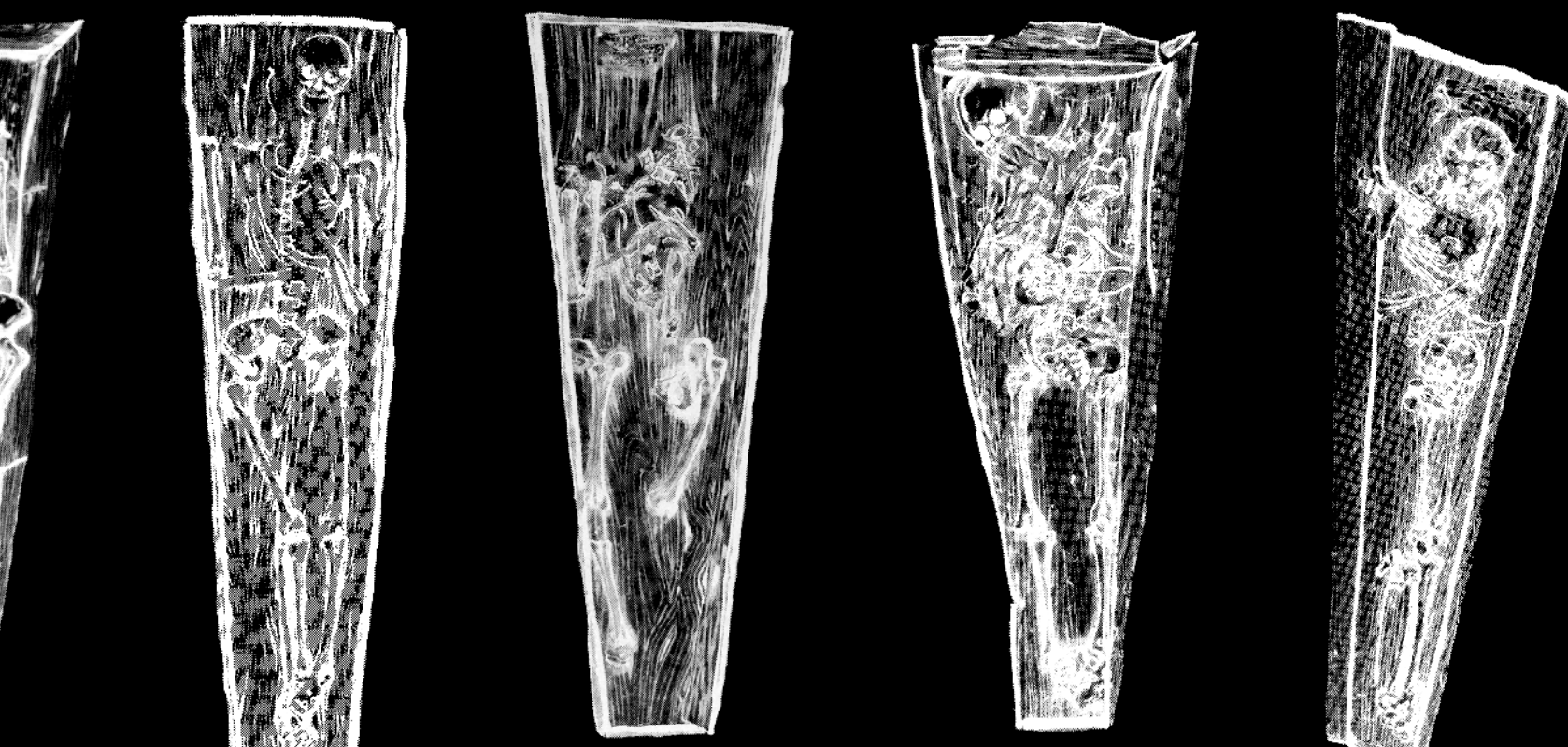
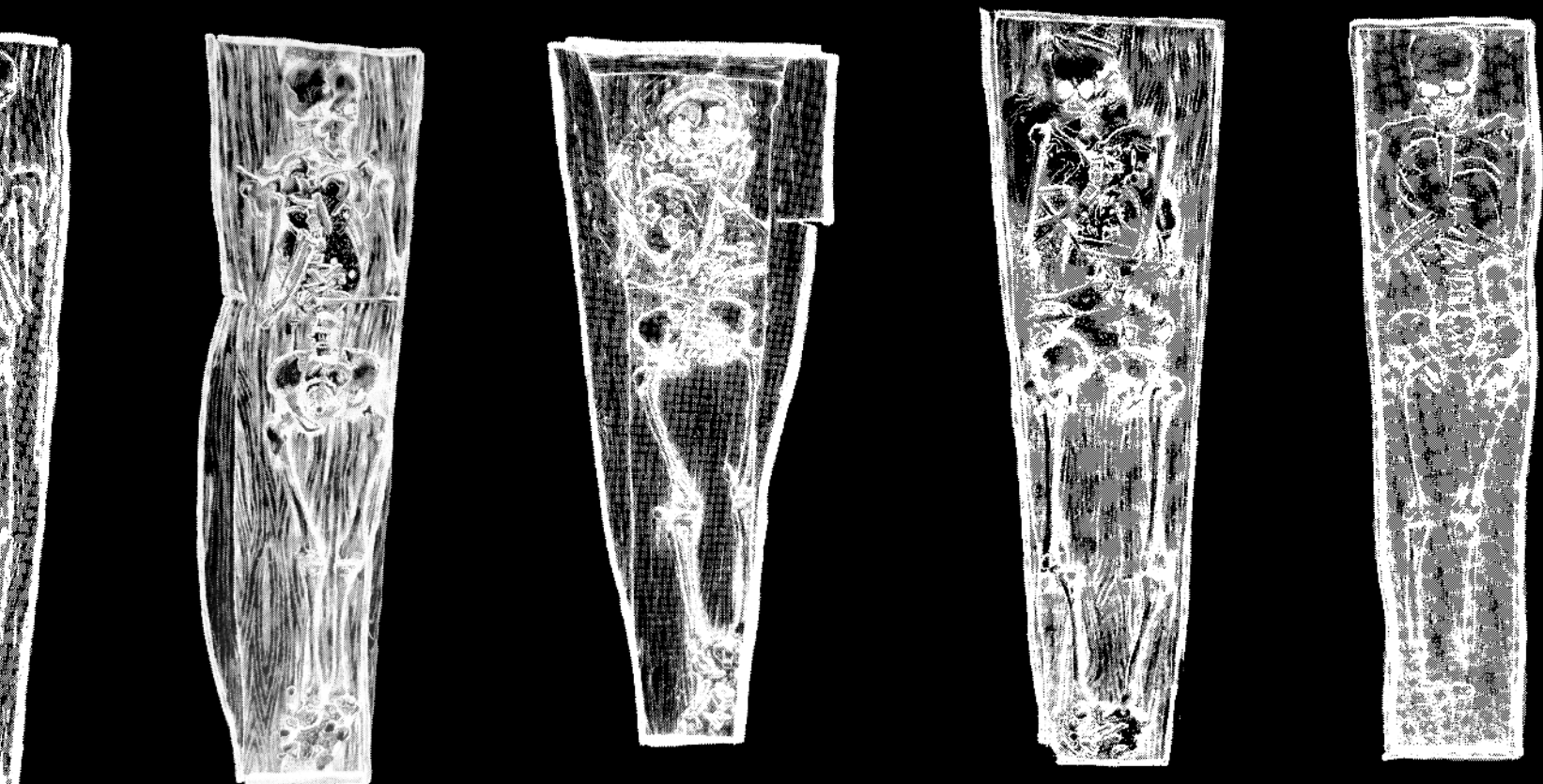
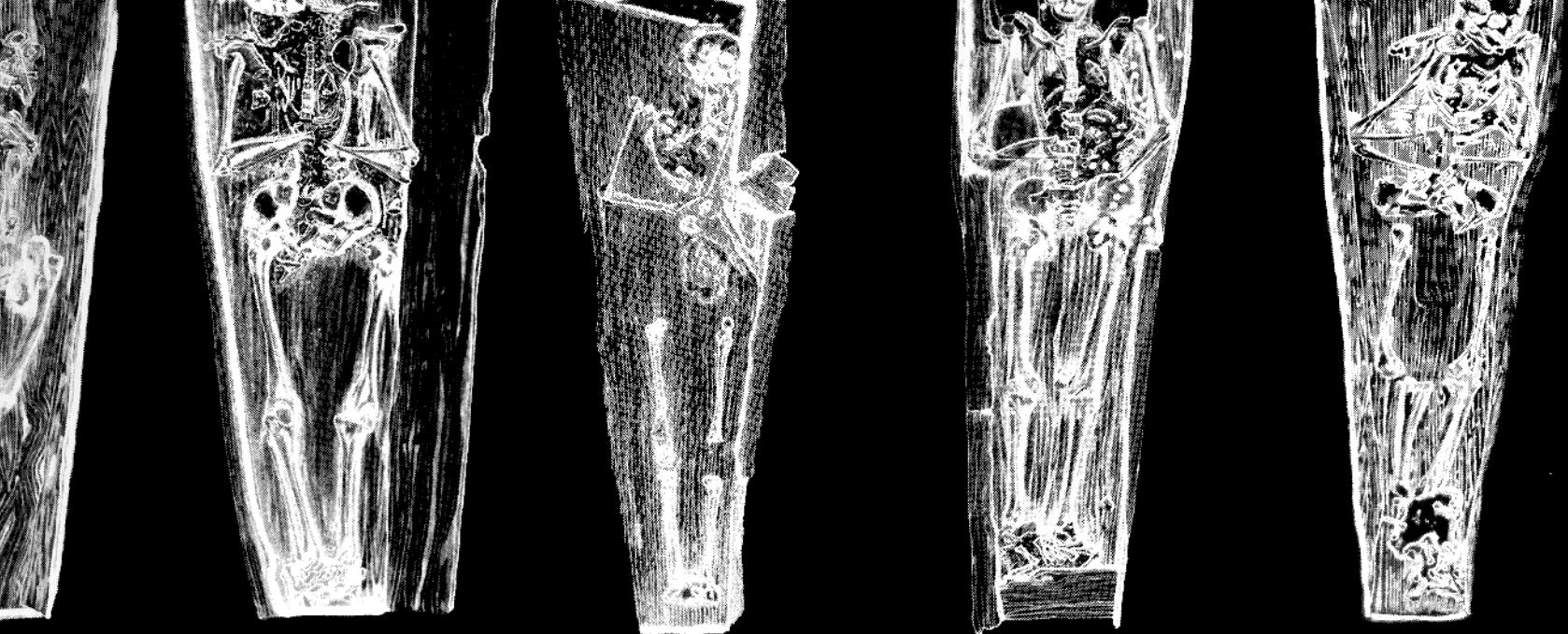
pezaron las luchas de ayer y los derechos que hoy disfrutamos y defendemos”.

Con todos estos trabajos de rescate que hemos revivido, estimado lector navegante, no se rescató un cúmulo de piedra viejas, sino voluntades, esperanzas, aspiraciones, sueños, voces. Así como hilaban las monjas jerónimas, con toda delicadeza se hiló fino, se hilaron pasiones y saberes; este periodo ha sido un eslabón más en la Historia que día a día se sigue rescribiendo.

¡Enhorabuena, y que sean los primeros 40 años de muchos por venir para esta gran institución que es “El Claustro”! ●









Las monjas jerónimas permanecen en su convento

J O S E F I N A B A U T I S T A M A R T Í N E Z

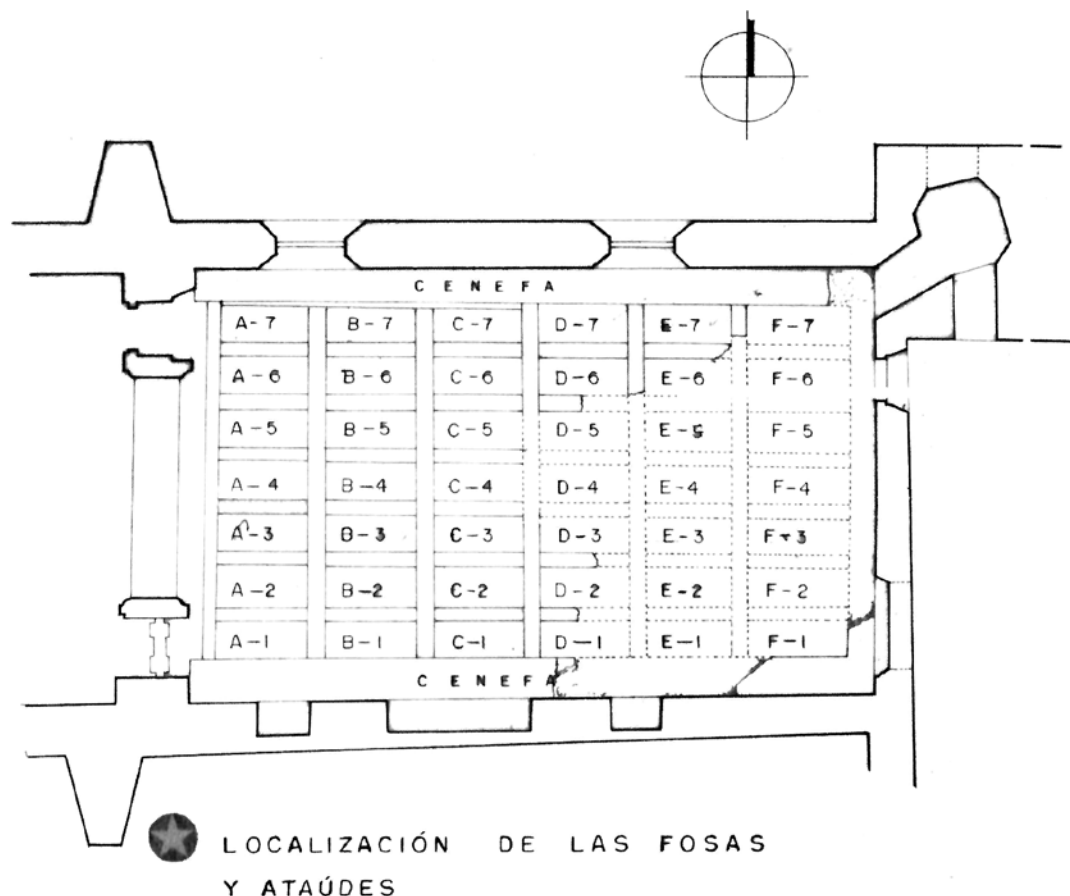
Profesora Investigadora de la Dirección de Antropología Física del INAH

Este recinto que en la actualidad es la Universidad del Claustro de sor Juan hace algunos siglos fue el convento de las monjas jerónimas, las cuales no sólo vivieron, murieron y fueron enterradas aquí, sino que permanecen en este lugar.

Trataré de hacer un breve resumen de los trabajos arqueológicos que dieron como resultado tener en este lugar, hasta ahora, los esqueletos de las monjas; los que

nos han permitido poner en práctica nuestro quehacer como antropólogos físicos dedicados a la osteología antropológica.

Como se sabe, el antropólogo físico está preparado no sólo para excavar, explorar y recolectar materiales óseos, sino que además en el laboratorio puede realizar una descripción exhaustiva de la morfología y morfometría de los restos esqueléticos, así como detallar las huellas de los procesos patológicos que dejan huella en



los huesos; todo ello con la finalidad de proporcionar información relativa a la edad, sexo, filiación racial y estatura en la búsqueda para lograr una posible identificación del sujeto en estudio, la cual —en caso de existir piezas dentarias— puede incluir el análisis dental; y de este modo, con todos los datos morfométricos y dentales lograr la reconstrucción de las partes blandas que recubren no sólo el cráneo facial sino también al neurocráneo y complementar con datos históricos las evidencias patológicas para conocer el estado de salud de los individuos.

Hace algunos años, cerca de 40, por iniciativa de un grupo de personas, se declaró un área de la ciudad de México Centro Histórico, y esto dio lugar a que por decreto presidencial se debía restaurar, preservar y conservar este espacio, y dentro de este espacio quedó incluido el ex convento de San Jerónimo.

Recordemos que muchos de los edificios coloniales que se levantaron en diferentes épocas del periodo virreinal fueron destruidos conforme crecía la ciudad y los pocos que permanecieron hasta nuestros días se encontraban, en la mayoría de los casos, en total abandono y en grave peligro de desaparecer. Esto condujo a que un grupo de personas hicieran un llamado a las autoridades para salvar estos monumentos, y el 11 de abril de 1980 se declaró por decreto presidencial, una zona de monumentos históricos situados en el primer

cuadro de la ciudad que se denominó Centro Histórico, incluyéndose el ex convento de San Jerónimo.

En 1971, a instancias de la señora Margarita López Portillo, se logra por decreto presidencial, rescatar lo que aún quedaba del inmueble del ex convento, y a partir de esta fecha se inicia la elaboración de un anteproyecto de trabajo con el fin de expropiar el terreno y ruinas de toda el área que ocupaba el mencionado ex convento y su templo anexo, decreto que aparece publicado en el Diario Oficial en el año de 1975 (Romano y Jaén, 1990: 50).

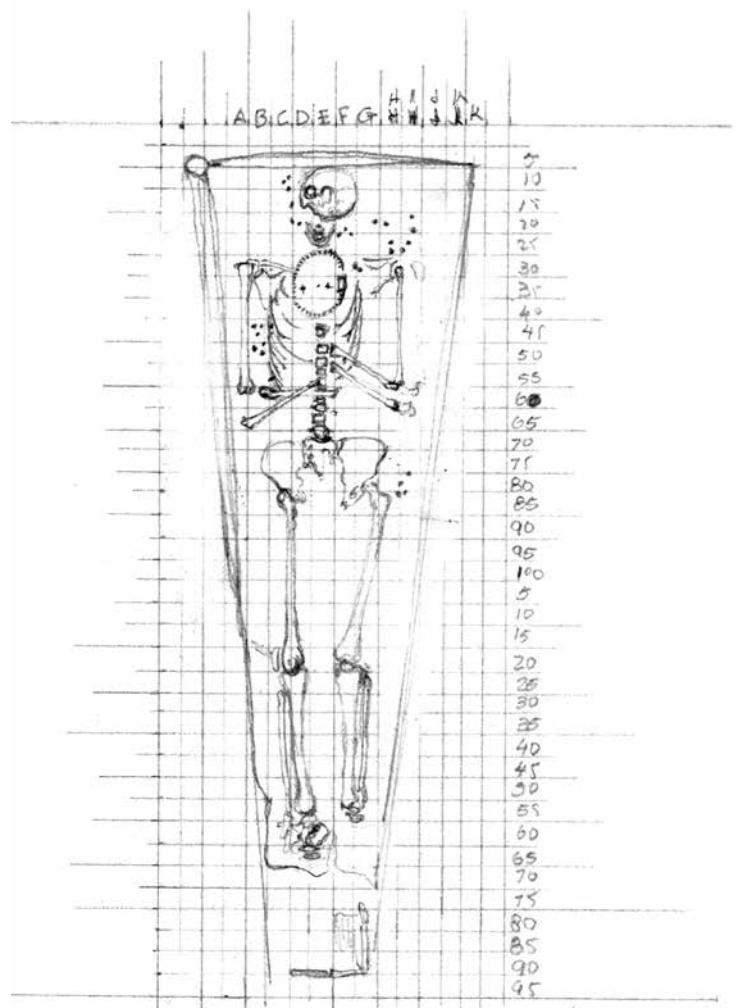
En este lugar se realizaron intensas labores arqueológicas con el fin de rescatar y conservar este lugar, sobresaliendo los trabajos bioantropológicos que han permitido obtener algunos datos sobre la manera de disponer de los cuerpos depositados en este sitio y conocer algunos rasgos antropofísicos de la población.

Las excavaciones realizadas de 1976 a 1981 durante varios momentos, permitieron extraer los restos óseos de la nave, del presbiterio, del coro bajo y de las casas que conformaron el primer asentamiento religioso; cabe señalar que los restos óseos extraídos en estos dos últimos lugares son de las monjas jerónimas.

Del subsuelo del Coro bajo, bajo la supervisión y coordinación del maestro Arturo Romano Pacheco y la colaboración de la doctora María Teresa Jaén Esquivel, con una duración de 14 meses (junio de 1978-agos-

to de 1979) fueron localizados y explorados un total de 106 entierros y una gran cantidad de restos óseos aislados producto de exhumaciones anteriores. De manera general el cadáver de los individuos femeninos fue colocado dentro del ataúd de madera, el cual tenía forma trapezoidal alargada, es decir, más ancho en el extremo capital que en el caudal, siendo además de menor altura hacia los pies. Los ataúdes más recientes, donde fueron colocados los cuerpos fueron contruidos con ensambles en sus ángulos, mientras que en los más antiguos se utilizaron clavos metálicos, de forma cuadrada y terminación en punta. Algunos de los ataúdes presentaban adornos al exterior hechos con tachuelas de cabeza hemisférica formando flores y cruces, colocadas a la cabecera de la caja. Dentro del ataúd colocaban almohadillas de diversos tamaños y pequeñas tablillas, trozos de madera redondos y otros como cabezas de vigas, mezclados con uno o más ladrillos de forma cuadrada sobre el fondo (Romano y Jaén 1996).

Los cuerpos eran colocados dentro del ataúd en posición de decúbito dorsal extendido, con los brazos flexionados a la altura del pecho o sobre el abdomen; orientados siguiendo un eje este-oeste y en todos los casos los pies dirigidos hacia el altar de la iglesia. Se encontraron evidencias en todos los casos de haber sido cubiertos con una gruesa capa de cal, con el propósito de eliminar los malos olores que desprenden los cuerpos en descomposición. Se sabe que se depositaban junto al cadáver objetos de su atavío o de tipo personal de uso diario; así lo corroboran los objetos metálicos encontrados, tales como tijeras, hebillas, cuchillos, medallas, pequeñas cruces, alfileres y alambres pertenecientes a los arzones de ramos y coronas, además de cuentas de diferentes tamaños pertenecientes a los rosarios de las monjas. Destacando en dos casos la presencia de un medallón, el primero en el entierro XXXIII, del cual sólo se conserva la base de madera y el segundo caso es el Entierro XXVI, cuyo medallón es de carey (Romano, 1974:4). Cabe señalar que este ataúd, el número XXVI, se encontró al centro del área del coro bajo y no se colocó sobre el ningún otro ataúd (como en el caso de otros), fue el único de los encontrados que presentó decorado exterior y una cruz formada a base de tachuelas, se colocó siguiendo el eje longitudinal del templo y coro, de oriente a po-



niente. Una vez levantada la tapa y removido el lodo y cal que cubría al esqueleto, se pudo apreciar que se trataba de un entierro primario indirecto, en posición de decúbito dorsal extendido; los materiales culturales asociados a estos restos fueron 126 cuentas esféricas pertenecientes a un rosario de 15 misterios, una cruz de cuentas con capuchones metálicos y ensartadas en alambre apoyada sobre la cabeza del húmero y el omóplato izquierdo y lo más notable fue la presencia sobre el esternón, de una base de medallón de carey; tanto la cruz del rosario colocada sobre el hombro izquierdo y los restos de este medallón hacen suponer en un primer momento que el esqueleto en cuestión era de una monja importante, y si los restos pertenecían a alguna monja que en esa época gozaba de prestigio y renombre, la única no podría ser otra que Sor Juana Inés de la Cruz.

Posteriormente en el laboratorio, el Mtro. Romano procedió al análisis craneal para tener más elementos de juicio sobre a quién podría pertenecer este cráneo, y con este elemento óseo procedió a realizar la superposición de los contornos de la pieza ósea y de la pintura aceptada como la original, la cual en la ac-

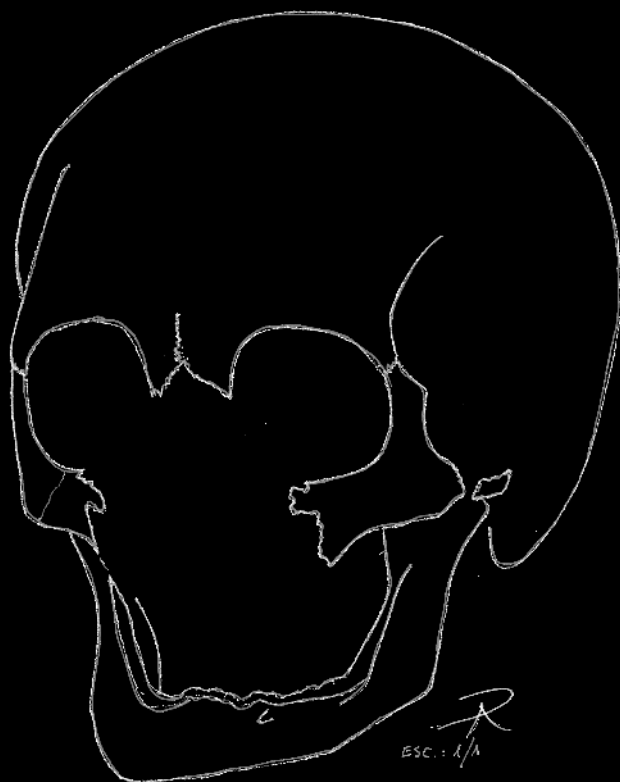


Fig. 1.-Contorno a tamaño natural del cráneo de la osamenta del ataúd XVI, atribuido a Sor Juana Inés de la Cruz. Presenta en relación anatómica la mandíbula. Procede del subsuelo del sotocoro de la iglesia de San Jerónimo.

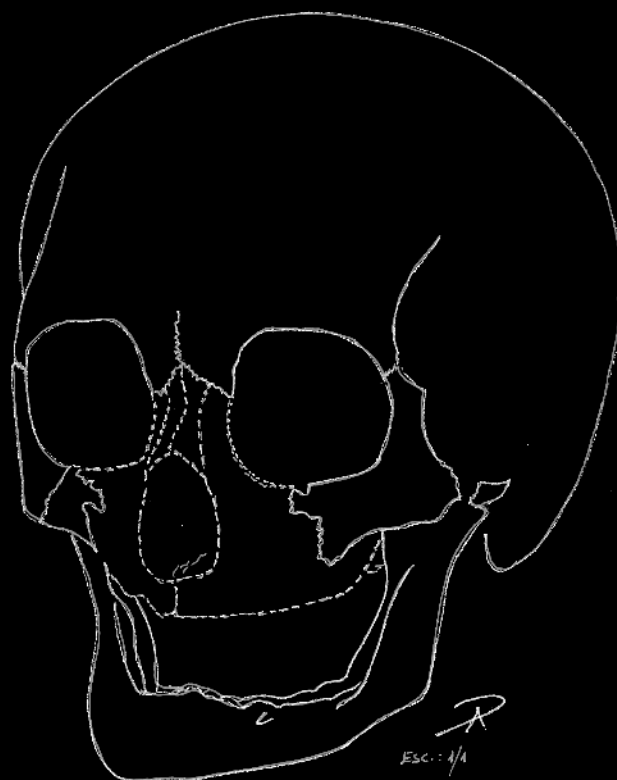


Fig. 2.-Contorno a tamaño natural de cráneo de la osamenta del ataúd XVI, atribuido a Sor Juana Inés de la Cruz. Presenta reconstrucción gráfica de las partes destruidas del esqueleto facial. Procede del subsuelo del sotocoro de la iglesia de San Jerónimo.



Fig. 3.-Contorno del retrato de Sor Juana Inés de la Cruz a tamaño natural. Se conserva en el convento de Santa Paula y San Jerónimo en Sevilla, España.



Fig. 4.-Contornos superpuestos (figs. 2 y 3), de retrato y cráneo de Sor Juana Inés de la Cruz a tamaño natural, mostrando correcta coincidencia.

tualidad se encuentra en el convento de Santa Paula y San Jerónimo en Sevilla, el resultado indicó una gran coincidencia entre ambos (cráneo y pintura) (Romano y Jaén, 2012).

Después de concluir con los trabajos arqueológicos del Coro Bajo, se procedió a explorar las otras áreas, entre ellas la denominada Estacionamiento, la cual se localizaba en un edificio de la calle 5 de febrero número 73; proceso que se llevó a cabo de julio de 1980 a abril de 1981 (Romano Y Jaén, 1982). Recordar que este sitio fue el primer asentamiento de la orden de las jerónimas y donde se realizaron las primeras inhumaciones de las monjas fallecidas a esta orden.

En esta área se exploró un total de 93 entierros, además de 15 ataúdes vacos y una gran cantidad de restos óseos aislados. La mayoría de estos entierros se encontraron en posición de decúbito dorsal extendido, con los miembros superiores flexionados y apoyados sobre el abdomen y orientados de este a oeste; casi todos los cuerpos fueron inhumados con su ramo y corona de novicia, amortajados y cubiertos con algún lienzo, corroborado este dato al encontrar los esqueletos con piernas y pies juntos, los brazos semiflexionados y apoyados contra el abdomen; recordar que al morir las monjas eran enterradas con una simple mortaja, ya que su hábito era heredado a otro miembro de su comunidad y colocadas dentro de un ataúd de madera y en algunos casos en petates, evidencias que fueron encontradas al realizar los trabajos arqueológicos.

Las evidencias arquitectónicas localizadas en el área del Estacionamiento indican que estos entierros corresponden a finales del siglo XVI y principios del siglo XVII.

Entre los entierros rescatados sobresalen los restos de doña Isabel de Guevara, fundadora de esta orden. Fallecida en 1610; restos que fueron colocados posteriormente en el Coro Bajo de la iglesia junto con otros cinco individuos en el año de 1625 y el esqueleto marcado con el número XXVI localizado en el Coro Bajo, el cual se encontró dentro de un ataúd de madera, en posición de decúbito dorsal extendido, con los miembros superiores flexionados, cruzados y apoyados sobre la parte baja del tórax; los inferiores separados y extendidos, los huesos de ambos pies se encontraron removidos por causas naturales. Se localizaron 126 cuentas, una de ellas con adornos metálicos, un

alfiler y un medallón de carey colocado sobre la parte superior del tórax, datos que son significativos porque ningún otro esqueleto presentó este atavío, lo cual junto con el estudio antropofísico realizado por el Maestro Arturo Romano permiten sugerir que es el esqueleto atribuido a Sor Juana Inés de la Cruz (Romano, 1972).

El conjunto de esqueletos de las monjas jerónimas, han sido estudiados sobre todo por el Maestro Arturo Romano y la Dra. María Teresa Jaén; como se mencionó en párrafos anteriores, el análisis detallado con las técnicas conocidas hasta entonces, sumando datos arqueológicos, el Maestro Romano atribuyó el esqueleto número XXVI, localizado en el área del Coro Bajo a Sor Juana Inés de la Cruz (Romano y Jaén, 2012).

Por su parte la Dra. María Teresa Jaén Esquivel, analiza el conjunto de esqueletos encontrados en las dos áreas excavadas y narra las condiciones de vida y salud de las monjas jerónimas durante su estancia en el convento de San Jerónimo en su tesis doctoral, la cual defendió en el año de 2012.

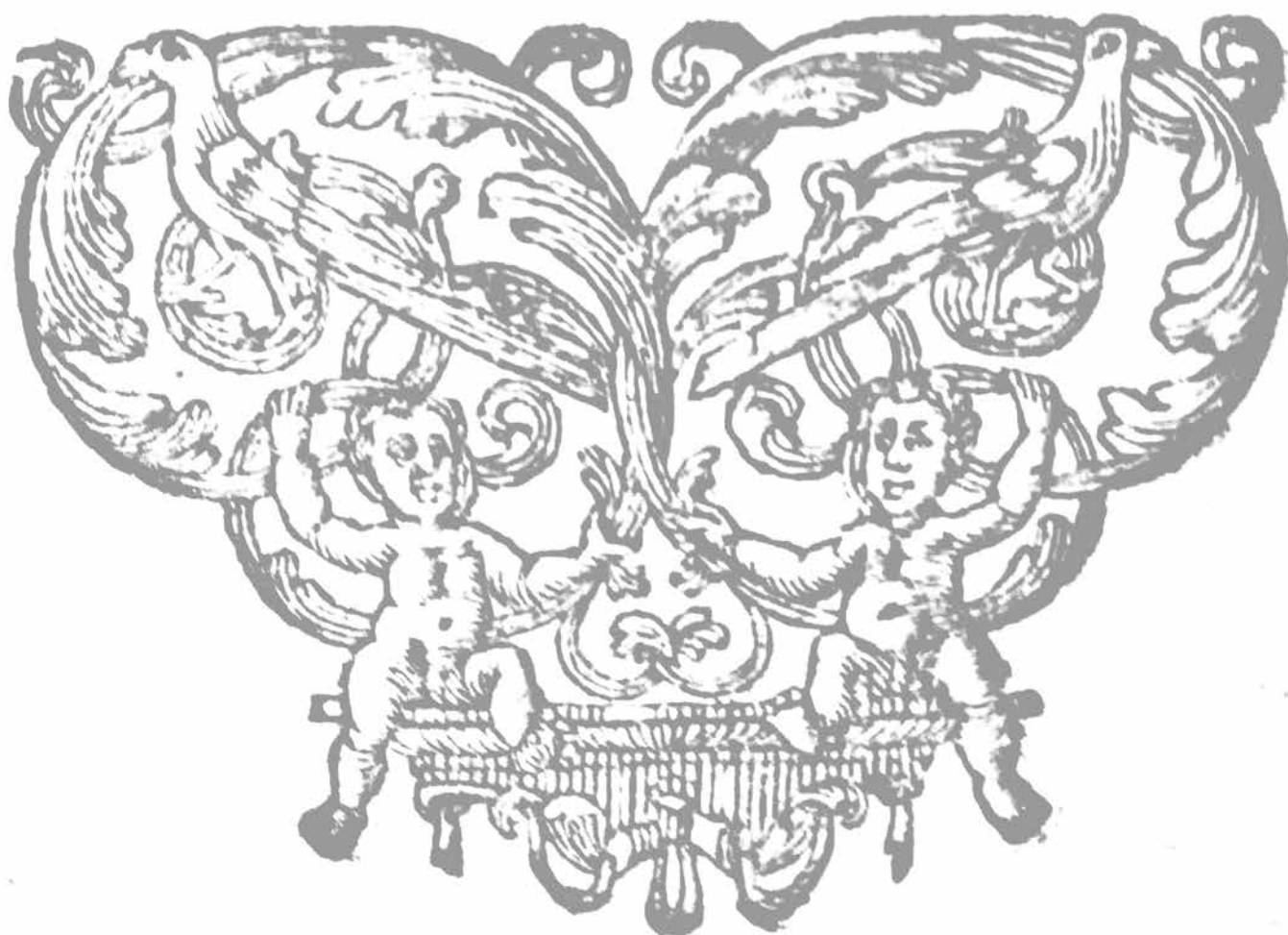
En colaboración con la que suscribe el presente texto se publicó el catálogo de los esqueletos de las monjas jerónimas, el cual incluye la información arqueológica de los entierros y de los esqueletos, así como información general de las dos áreas donde fueron ubicados los entierros de las monjas incluyendo su dibujo *in situ*; además de algunos datos antropofísicos como la edad, el sexo y evidencias patológicas en varios de ellos (2017).

Cabe anotar que estos esqueletos aún guardan mucha información que estamos tratando de conocer y pronto difundirla. Ahora, de cada uno de los cráneos estamos haciendo la descripción de sus rasgos físicos morfoscópicos y métricos para determinar su procedencia étnica, y en el caso del esqueleto número XXVI pretendemos realizar a partir de la estructura del cráneo y con los estudios de referencia para la población de origen, el siguiente proceso: obtener una tomografía axial computarizada del cráneo y una impresión en tercera dimensión (estereolitografía) y sobre esta colocar espesores faciales en puntos craneométricos designados para ello, colocar estructuras anatómicas, ojos, nariz, labios y orejas y finalizar con la colocación de la piel, siempre apegados a la estructura del cráneo para concluir con una aproximación facial. ●

Diez joyas bibliográficas de la nueva biblioteca de la Décima Musa

D A N I E L D E L I R A L .

Centro de documentación Sor Juana, Biblioteca Sor Juana Inés de la Cruz,
Universidad del Claustro de Sor Juana.



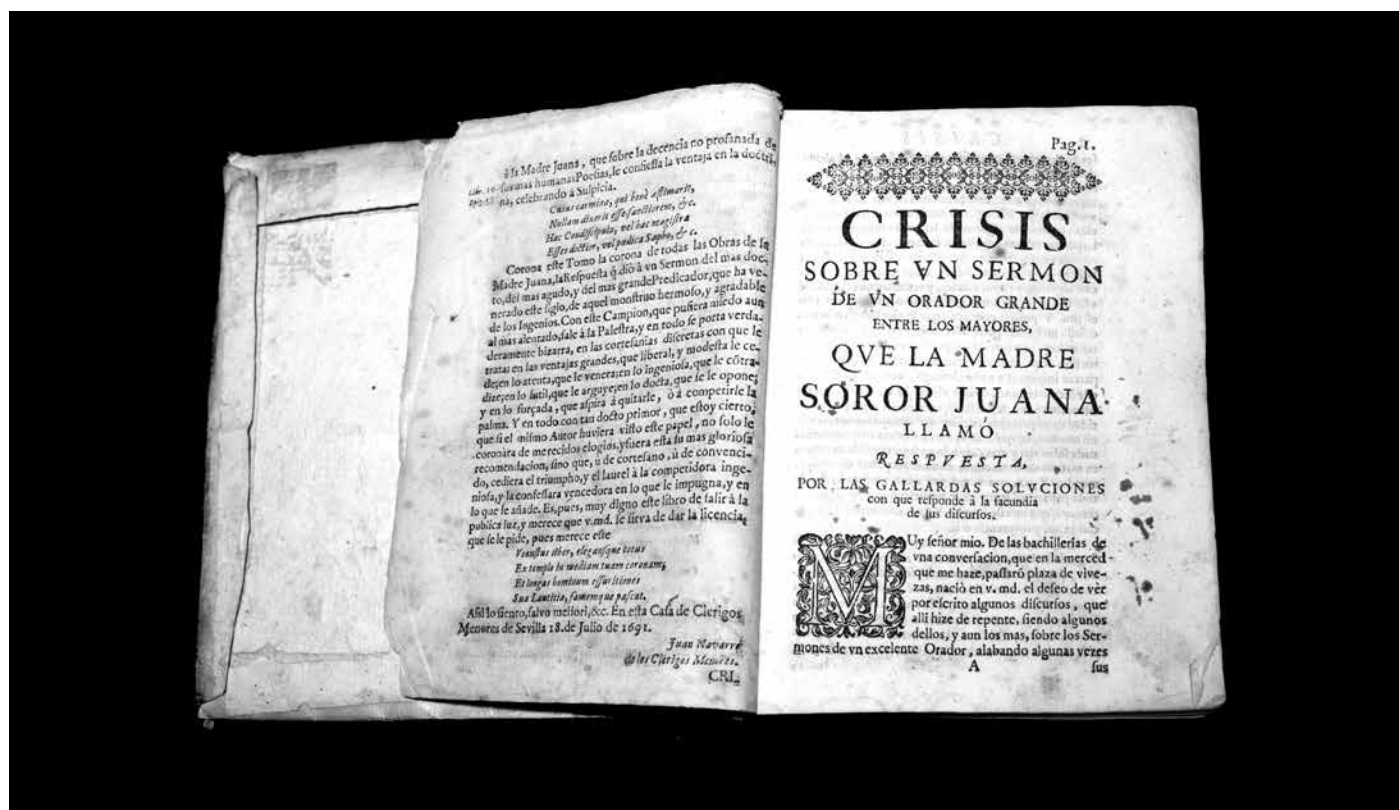
El concepto *joyas bibliográficas* hace alusión a un conjunto de valores intelectuales y materiales de los libros que nos permite dimensionar su relevancia, relacionados a su alta significación cultural, estética o artística, e histórica. Las palabras *joya*, *alhaja*, *reliquia*, aplicadas a libros destacados quizá lleguen a nuestra mente acompañadas por una rica fantasía narrativa que empieza con la frase: *Había una vez...* toda una serie de fábulas, de cuentos de hadas y hechiceros, o de historias fantásticas relacionadas con el mundo árabe, cercano a aquel libro maravilloso de las *Mil y una noches...* y es en esta fantasía cuando uno se tropieza con aquella pregunta de *La historia interminable* de Michael Ende: *Me gustaría saber qué pasa realmente en un libro cuando está cerrado... algo debe pasar, porque cuando lo abro, aparece de pronto una historia eterna.*

Es de observar, a partir de la historia del libro impreso, que el mismo gran maestro impresor de Maguncia (Mainz), Johannes Gutenberg, forjador de la imprenta y de los tipos móviles, era un experto orfebre. Según la Real Academia Española, el orfebre es la persona que labra objetos artísticos de oro, plata y otros metales preciosos, o aleaciones de ellos. El significado de este concepto de *orfebre* le va bastante bien a este tipo de manuscritos e impresos, realizados por

expertos calígrafos, miniaturistas o impresores —verdaderos artistas del libro—, que en ese sentido los convierten joyas de inestimable valor cultural.

Hoy, afortunadamente transcurridos los 551 años de la muerte de Gutenberg, las grandes joyas bibliográficas no únicamente son las consideradas por su antigüedad, sino también por su actualidad; así, nos referimos a los impresos modernos, aquellos que nos han legado los grandes impresores, autores, editores y artistas de los siglos XIX a nuestros días.

Aquí, por ejemplo, podemos dar razón y cumplido elogio a diez obras bibliográficas, diez joyas notables la colección de la nueva biblioteca de sor Juana Inés de la Cruz en la Universidad del Claustro; esta breve selección principalmente corresponde también al azar y a la curiosidad por los libros porque esta nueva biblioteca de sor Juana posee una diversidad de curiosidades bibliográficas. Así, entre los impresos más maravillosos que tiene se destacan los tres volúmenes de sus obras: el primero, conforme su cronología es de 1693, se trata del *Segundo tomo de las obras de soror Juana Inés de la Cruz, monja professa en el Monasterio del señor San Geronimo de la Ciudad de Mexico*. Este libro fue impreso en la ciudad de Barcelona, en el año de 1693. Como sabemos por los sellos que presenta, en otro momento perteneció al eminente estudioso de los

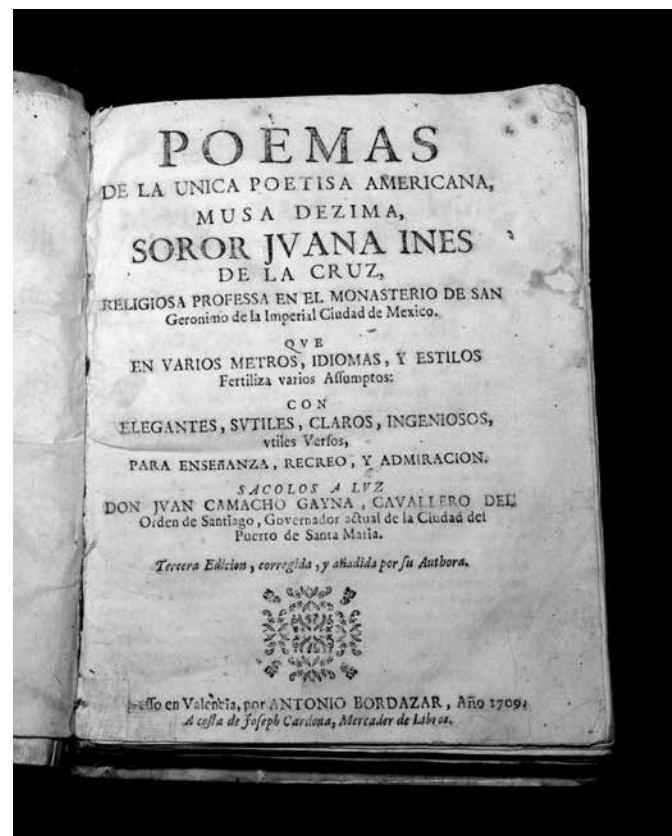
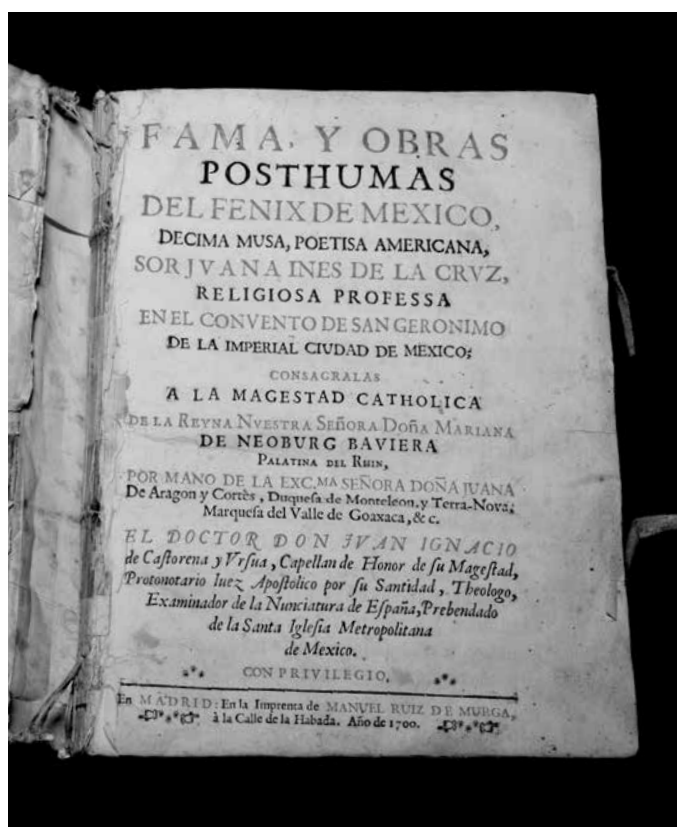


libros de México el doctor Nicolás León. En este librito se publicó por primera vez la *Crisis sobre un sermón de un orador grande entre los mayores*, que suele ser más conocido como la *Carta Atenagórica*. Encontramos entre otros textos, por ejemplo: el “Auto sacramental alegórico intitulado El Divino Narciso,” el curioso y espléndido poema *Laberinto endecasílabo*, dedicado al conde de Galve en su cumpleaños, compuesto en tres columnas y del que la lectura, sugiere su autora, que luego de leer de corrido las tres columnas se lea la segunda y tercera, para leer al final sólo la tercera columna. Tres lecturas en que el poema mantiene su composición, clara y sensible en las tres formas de su estructura.

El siguiente de estos libros antiguos de sor Juana es de 1700, su título original es: *Fama y obras posthumas*, donde ya aparecen juntos dos de los adjetivos con que su nombre se consagra: Fénix de México y Décima musa. Este libro fue editado por el doctor Juan Ignacio María de Castorena Ursúa y Goyeneche, aquí encontramos tres textos de gran interés como: la aprobación al libro donde el padre Diego Calleja escribió la biografía de sor Juana, un relato con un tinte hagiográfico que ha contribuido a desarrollar una visión mítica de su vida. Allí de nueva cuenta se publicó la *Carta Atenagórica*, seguida de la primera publicación de la

Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Philotea de la Cruz, esta carta que hoy se ha convertido en el manifiesto feminista más antiguo de nuestro continente. Entre otras de las curiosidades que guarda este impreso encontramos su precio, tasado en aquellos tiempos, consistente en (transcripción textual): “ducientos y diez y seis maravedís; y a este precio, y no más mandaron se venda el dicho libro”. Este impreso está ornamentado con varios grabados xilográficos o viñetas que contribuyen a disfrutar la belleza del libro.

El tercer libro antiguo de sor Juana, nos llega procedente de 1709, se trata de: *Poemas de la unica poetisa americana, musa dezima, soror Juana Ines de la Cruz, religiosa, professa en el monasterio de San Geronimo en la Imperial ciudad de Mexico* [...], impreso en la ciudad de Valencia. En este libro podemos destacar la *delicia perfecta* que son entre otros de sus poemas amorosos: el soneto filosófico dedicado a su retrato; *Al que ingratito me deja ...*; *En perseguirme, Mundo, ¿qué intereses? ...*; *Miró Celia una Rosa ...*; y sus muy festejadas redondillas *Hombres necios, que acusáis ...*; sus villancicos y el *Neptuno alegórico*. Este impreso presenta letras capitulares y viñetas xilográficas para ornamentar la lectura de sus páginas. Cada uno de estos tres volúmenes conserva su encuadernación original en pergamino.



De las joyas bibliográficas del patrimonio moderno del siglo XX, está el libro de Julio Jiménez Rueda con este extenso título barroco: *Sor Adoración del Divino Verbo: crónica de una vida imaginaria en el virreinato de la Nueva España, ofrendada a la memoria de la muy ilustre madre Juana Inés de la Cruz, religiosa profesa en el Convento de Santa Paula de la orden de Sn. Jerónimo*. Se trata de un impreso salido de la casa E. Gómez de la Puente, Editor, en 1923. Bellas son sus letras capitulares de un firme color naranja y los grabados que adornan e invitan a su lectura, salidos de la mano de Fernando Bolaños Cacho. Pero otra sorpresa más nos reserva esta joya moderna. Se trata de otra pequeña obra localizada en la parte final, con el título: *Tríptico de la vida de Sor Juana Inés de la Cruz*, que es una ficción dialogada donde la principal voz narrativa es la de sor Juana. Esta pequeña obra fue dedicada por su autor a don Antonio Caso.

Del año 1931 nos llega una edición de gran tamaño, que, dado el cuidado tipográfico de su manufactura y la disposición intelectual de sus poemas, dispuestos por el eminente Xavier Villaurrutia, nos percatamos que en realidad se trata de un homenaje a sor Juana, muy posiblemente el primer gran homenaje a nuestra escritora al publicar este libro en una edición especial de apenas 500 ejemplares. Este libro lleva por nombre *Sonetos*, simplemente, arreglados conforme una disposición temática: amorosos, burlescos, morales, de homenaje, religiosos y sonetos *ex opera omnia* (fuera de sus obras), salidos y pulcramente referida su procedencia con base en sus impresos antiguos, como los impresos descritos al principio.

Dentro de los impresos modernos de dimensiones artísticas está *Homenaje a sor Juana: cuatro grabados de Juan Soriano*, una pequeña *plquette* de apenas cuatro páginas con sólo un poema de sor Juana (Detente, sombra de mi bien esquivo) y los grabados de Soriano. Asombra leer toda la notación bibliográfica que lo acompaña, pero aquí sólo apuntamos la fugacidad de breves datos de su original producción. Este impreso fue publicado bajo el sello Los Presentes, teniendo como editores a Juan José Arreola, Jorge Hernández Campos, Enrique González Casanova y Ernesto Mejía Sánchez; editado en 1951 al conmemorarse los 300 años del nacimiento de la Décima Musa; los grabados fueron impresos a mano por Carlos Alvarado Lang;



la tirada es totalmente de bibliofilia superior con 125 ejemplares, con grabados firmados y numerados por el autor (100 ejemplares para suscriptores en numeración arábica y 25 ejemplares fuera de comercio en numeración romana); este ejemplar que es el número 110, está dedicado en forma manuscrita: “A, R.E. Montes Bradley, con el afecto de su amigo Juan Soriano”.

El séptimo impreso de esta serie de diez joyas bibliográficas de la Décima Musa, es ni más ni menos que *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*, de Octavio Paz, en todas sus ediciones. Es decir, sus dos ediciones *príncipe*, la publicada en la ciudad de México el 7 de octubre de 1982 y la publicada en Barcelona en el mes de noviembre de ese mismo año. A esta obra se suman: la tercera edición que a diferencia de la primera incluye el apéndice: *Sor Juana: testigo de cargo* (31 de marzo, 1983); la hasta entonces conocida también como *Carta de Monterrey* (1981), descubierta por el padre Aureliano Tapia Méndez. Y como complemento esta misma joya, el aderezo bibliográfico se completa con la versión en inglés: *Sor Juana or the tramps of faith* traducida por Margaret Sayers Peden (Cambridge, Mass., 1987), y la versión en portugués *Sor Juana Inés de la Cruz ou, As armadilhas da fé* en traducción de Wladir Dupont (Sao Paulo, 2017). Las palabras iniciales de este

libro de Octavio Paz son testimonio de la progresión de sor Juana en el mundo moderno: *Cuando yo comencé a escribir hacia 1930, la poesía de sor Juana Inés de la Cruz había dejado de ser una reliquia histórica para convertirse en un texto vivo* (1982, p. 11).

En este recuento selectivo de las joyas modernas, encontramos ahora un impreso de 1995 de la propia sor Juana Inés de la Cruz, el muy regio y noble impreso titulado: *Enigmas, ofrecidos a la Casa del Placer*, en una edición literaria y prólogo del doctor Antonio Alatorre, editado por El Colegio de México. Bellas también son las palabras del título original de este libro, transcrito en seguida a la manera arcaizante de la tipografía o escritura de aquella época: *Enigmas, ofrecidos a la discreta inteligencia de la Soberana Assemblée de la Casa del Plazer por su más rendida y fiel aficionada Sórora Juana Inés de la Cruz, Décima Musa*. Originalmente este libro no conoció la letra de imprenta, pues fue un manuscrito conformado a la manera de un libro impreso aparecido; llega a nuestro siglo procedente de las cuatro copias de mano conservadas en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional de Lisboa.

Estos *Enigmas* son considerados como parte de la producción de sus últimos trabajos, se trata de un conjunto de 20 acertijos escritos por la Décima Musa, posiblemente a mediados de 1693. Reúne una serie de poemas laudatorios, escritos a la manera de las censuras y las licencias como se usaba en los impresos de ese tiempo, escritas por monjas portuguesas de diversos

conventos. Entre las poesías laudatorias destacan las de Maria du Ceo y Feliciano de Milão, ambas reconocidas autoras portuguesas del siglo XVII relacionadas íntimamente con la corte. Cuestión de especial atención es el poema de María Luisa Manrique de Lara, quien fuera virreina en la Nueva España y amiga de Sor Juana, “y lo que dice lleva el tono inconfundible de la sinceridad y de la espontaneidad: lo que ella sentía por la moja mexicana era un gran cariño y una inmensa admiración.” (A. Alatorre, p. XX)

La magnífica impresión de este impreso viene del taller de Juan Pascoe. Las últimas palabras con que Alatorre concluye el prólogo son indicativas del valor y significado de este exquisito ejemplar: “Así, gracias a una máquina del tiempo, después de trescientos años justos de haber sido ‘preparada para la imprenta’ por las monjas portuguesas, aparece ahora esta edición de los *Enigmas*, con la cual El Colegio de México rinde homenaje a Sor Juana Inés de la Cruz en el tercer centenario de su muerte.”

En antepenúltimo lugar sucesivo está *Sor Juana Inés de la Cruz: saberes y placeres*, de la escritora y estudiosa de sor Juana, Margo Glantz. Éste es un libro de gran formato y lujo en todos sus sentidos, publicado en 1996, como parte de los impresos del Programa conmemorativo Sor Juana Inés de la Cruz, tres siglos de inmortalidad, 1695-1995, del Instituto Mexiquense de Cultura. La doctora Glantz despliega el ingenio de sus observaciones y estudios para responder a un conjunto

COMICAS. 385
EMPEÑOS DE VNA CASA,
MEDIA FAMOSA.
INTERLOCUTORES.

D. Rodrigo.	Celia.	Dos Embosados.
Doña Leonor.	Hernando.	Dos Coros de
Doña Ana.	Castano.	Musica.

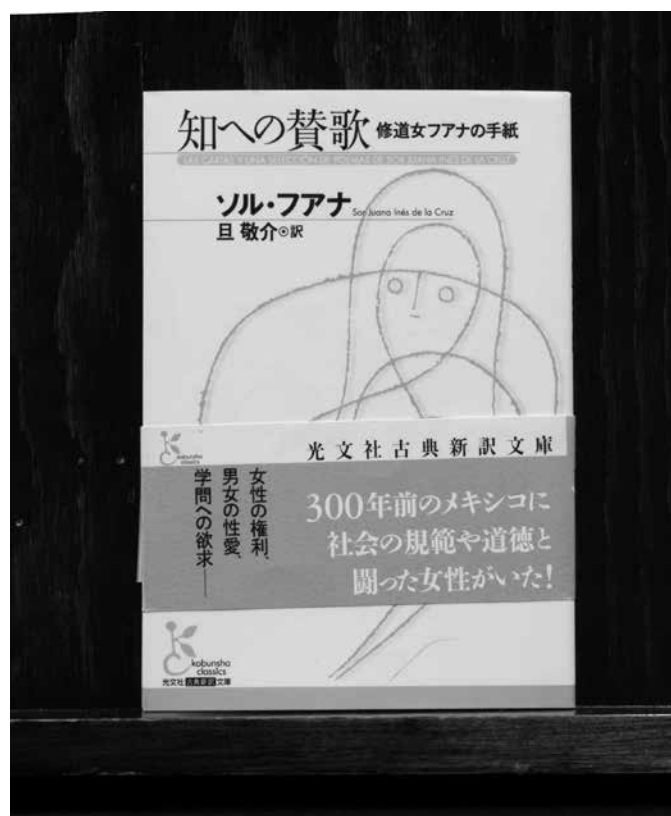
JOR
Salen Doña Ana, y
D. An. H Añta que
herma
Celia, le hemos de e
Cel. Pues effo será velar
Porq̃ el juzga, q̃ es
La vna, ò las dos: y
Aunque es grande
Viene à dezir la verd
Pues viene al amanec
Mas por què aora te
Esta gana de esperar

de preguntas a cuál más de sugestivas: ¿De qué estaba compuesta la fama? ¿De qué sustancia estuvo hecha? ¿Qué conjunción de elementos pudo forjarla? ¿Cuenta entre ellos el hecho de que hubiese nacido mujer? ¿Cómo vivió, y cuáles fueron sus primordiales ocupaciones? Y finalmente otra pregunta clave: ¿Fue mayor su sabiduría o su arte?

Este libro dedica páginas atractivas a los primeros años de sor Juana, su infancia y su adolescencia, sus estudios. Entre los saberes y placeres que se narran se destaca que en ella “podía más el deseo de saber que el de comer” y así el lector, tomado de la mano del libro y de la voz de su autora, vuelve a narrar con maestría la vida y el pensamiento de sor Juana. Cabe destacar que la ilustración del libro es realmente atrayente: si son pinturas coloniales y paisajes de las haciendas y de conventos; si son libros antiguos; objetos religiosos; si son fotografías de objetos, de puertas y escritorio, dulces, bodegones con queso, instrumentos musicales, bordados a la aguja, fotografías del Claustro de San Jerónimo y retratos de sor Juana. Estas imágenes son un rico ajuar para acompañar la lectura, recrear el clima de intimidad del mundo barroco y disfrutar a plenitud la lectura de esta alhaja intelectual.

Y llegando al cierre de este recuento, concluimos con otro libro de sor Juana, citado aquí en la escritura de su título: 知への賛歌: 修道女フアナの手紙 [*Las cartas y una selección de poemas*] traducido al japonés por Keisuke Dan, de 2007. La armonía de la escritura

japonesa en este pequeño impreso y lo inconcebible de su lectura para muchos, nos permite ubicar el texto del libro y el libro mismo, en el terreno de la contemplación.



Con todos estos libros de sor Juana Inés de la Cruz hemos querido compartir este asombro a la sorpresa, donde prevalece el valor intelectual de todos los textos aquí relacionados. *Cvutvra omnia vincit.* ●

ARNADA PRIMERA.

Celia.
venga mi
ano,
esperar,
,
temprano
à mi vèr,
ociofidad,
lad,
cer.
diò

De Madrid, dos años ha,
Y à Toledo, donde està,
A vna cobrança llegò,
Pensando luego bolver,
Y así, en Madrid me dexò,
Donde estando sola yo,
Y poder ser vista, y vèr,
Me viò Don Juan, y le vi,
Y me solicitò amante,
A cuyo pecho constante
Atenta correspondì;
Quando ò por no ser tan llano;

Me viò Don Juan, y le vi,
Y me solicitò amante,
A cuyo pecho constante
Atenta correspondì;
Quando, ò por no ser tan llano;
Como el pleyto se juzgò,
O lo cierto, porque no,
Quería irse mi hermano:
Porque vive aquí vna Dama
De perfecciones tan sumas,
Que dicen, que faltan plumas
Para escribirle.

El Claustro femenino o Juana Inés somos todas

M E L I S S A F E R N Á N D E Z C H A G O Y A

Hay lugares imantados por la inteligencia femenina. Como ningún otro, su sola existencia atrae y compromete los esfuerzos de otras mujeres, éste es el caso de nuestra Universidad que se encuentra en el ex convento de San Jerónimo, precisamente en el Claustro de Sor Juana, aquí, donde “la peor del mundo” decidió soñar para vivir, escribir, cocinar y morir.

Entre sus muros prevalece la presencia femenina, desde su población estudiantil, que suma el 64% de mujeres; pasando por el profesorado y las académicas que somos el 56%, y de ellas, el 81% contamos con estudios de posgrado; hasta los cargos directivos, donde las mujeres representamos el 78% y en cargos administrativos, ocupamos el 51%. Sumado a lo anterior, y no de menor importancia, nuestra Rectora, además de ser una de las más destacadas estudiosas de la vida y obra de Sor Juana, es una mujer.¹

¹ Relevante resulta que las rectorías en el mundo siguen mayormente ocupadas por varones. En Europa las rectoras ocupan el entre el 10% y el 15% del total. En Estados Unidos, una cuarta parte. En América Latina una muestra de 200 universidades arrojó que el 84% están conducidas por varones, es decir, 168 rectores y sólo 32 rectoras. En México, a lo largo de su historia universitaria, se tiene el registro de apenas 15 rectoras en las universidades públicas y no se cuenta en la actualidad con datos oficiales de la participación de las mujeres académicas que dirigen universidades privadas. Información recabada de: Ro-

Sin embargo, algo de lo más valioso es que lo que hoy en día se denominan acciones afirmativas, cuotas de género, entre otras iniciativas, para el Claustro fueron prácticas de siempre, digamos de uso común. Y su historia lo prueba.

El Claustro fue fundado en 1585 por una mujer, Isabel de Barrios. Sara Poot Herrera imprescindible académica sorjuanista, tiene a bien indicar que en el monasterio, había 86 monjas de velo negro que acompañaron a Juana de Asbaje y Ramírez de Santillana, en su ceremonia de profesión en 1669.² En 1867, durante las Guerras de Reforma, el convento cerró. La construcción se convirtió en campo militar y, consecuentemente, en hospital. En los hospitales prevalecían mayoritariamente las enfermeras; eran ellas, quienes salvaban (y salvan) vidas, gracias a sus cuidados. No sólo debe valorarse la ciencia médica, el diagnóstico

berto Rodríguez, “¿Rector o rectora?”, 15/10/15. En: *Educación futura. Periodismo de interés público*. Disponible en: <http://www.educacionfutura.org/rector-o-rectora/> (Consultado: 28/01/19) y Editorial, “El mundial de las Rectoras”, 26/04/18. En: *Página/12*. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/110655-el-mundial-de-las-rectoras> (Consultado: 20/09/19).

² Sara Poot Herrera, “De domingo a domingo. 24 de febrero 1669-2019. A 350 años de la profesión como monja jerónima de Sor Juana Inés de la Cruz”. En: *Inundación Castálida*, Número 9, 2019, pp. 13-27.



oportuno o la intervención quirúrgica, sino también, los cuidados que a veces son los menos valorados.

A principios del siglo XX, el Claustro pasó a manos del arquitecto Antonio Rivas Mercado, y dos mujeres, sus hijas, Antonieta y Alicia, lo heredaron en 1927. El inmueble, entre disputas y constantes intentos de recuperación, fue sede varios negocios y comercios: panaderías, estacionamientos, bodegas... y el más conocido, fue el salón de baile Smyrna Dancing Club, el cual tuvo sus puertas abiertas entre los años 30 y 50 del siglo XX. En éste, la presencia de “ficheras” era abrumadora. Ellas, las que probablemente sin tener muchas más opciones, hacen de sus “dotes” un producto comercial para el deseo de los hombres. Pero también, como se sabe, fue un centro de reunión de la intelectualidad mexicana, pues Antonieta fue la mecenas de Los Contemporáneos, un grupo de artistas hombres (muchos de ellos, homosexuales abierta y veladamente), pero que era subvencionado, y se diría amparado en sociedad, por una mujer: Antonieta Rivas Mercado.

En 1979, un grupo de estudiosas y estudiosos de la vida y obra de Sor Juana, encabezado por Margarita López-Portillo logró que el Claustro fuera recuperado para fines culturales y educativos, de este modo daría inicio el proyecto universitario que hoy conocemos como Universidad del Claustro de Sor Juana. Una vez más, en el rescate y rehabilitación del Claustro, las mujeres jugaron un papel central que hoy es parte de su historia e identidad institucional.

En pleno Siglo XXI la Iglesia católica trató de recuperar el ex convento de San Jerónimo, empero, *las juana inés* siempre han estado aquí... y aquí nos quedaremos. Cabe considerar que no se trata de una mera ginecocracia, sino de una *amicitia femenina*,³ seamos o no conscientes de ella, la que nos convoca y nos anima. En nuestro Claustro habita un ambiente femenino –y feminista–, un espacio de seguridad que, paradójicamente:

(...) para la total negación que tenía al matrimonio, era lo menos desproporcionado y lo más decente que podía elegir en materia de la seguridad que deseaba de mi sal-

vación; a cuyo primer respeto (como al fin más importante) cedieron y sujetaron la cerviz todas las impertinencias de mi genio, que eran de querer vivir sola; de no querer tener ocupación obligatoria que embarazase la libertad de mi estudio, ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de mis libros.⁴

Sin afán de romantizar el encierro, es de notar que siguiendo el ejemplo de Sor Juana, encontramos en su Claustro una especie de inhalación pausada y profunda, una promesa de que algún día allá afuera habrá una libertad de estudio igual que aquí dentro.⁵ Lo público y lo privado, se entrelazan y fortalecen a lo largo y ancho de este barroco e imponente Claustro. Sor Juana, la primera feminista, sin saberlo, o a sabiendas, qué más da, sigue marcando la pauta en nuestra labor docente, y nos invita a propiciar un conocimiento que favorezca la acción política feminista.

Por lo regular, se dice que el pensamiento y ciertas acciones francesas e inglesas fueron el origen del feminismo. En 1791, la francesa Olympe de Gouges quien tiempo después fuera asesinada en la guillotina, enunció la ausencia de la mujer en los *Derechos Fundamentales del Hombre* y declaró los *Derechos de la mujer y la ciudadanía*;⁶ tiempo después, en 1792, la inglesa Mary Wollstonecraft publicó la *Vindicación de los Derechos de la mujer*,⁷ sin embargo, en otros vectores del globo terráqueo también estaban ocurriendo cosas, aunque se suelen pasar por alto.

Cien años antes del trabajo de estas pioneras, en 1692, Sor Juana Inés de la Cruz publica “Primero sueño”. Si bien ese poema no adquiere el estatuto de pliego, reforma, ni escrito de ley, sí hace alusión a la visión

⁴ Juana Inés De la Cruz, “Respuesta a Sor Filotea”, *Obras Completas*, Porrúa, México, 2010, p. 831.

⁵ Entre otras muchas iniciativas, como la presencia activa en las marchas y protestas que conmemoran las luchas de las mujeres, las estudiantes de la Universidad adscritas al HeforShe, estrategia impulsada por ONU Mujeres, propusieron y lograron un Protocolo de acoso y hostigamiento sexual, mismo que opera desde 2018 y es efectivo.

⁶ Luz Stella León Hernández, “François Poulain de la Barre: feminismo y modernidad”. En Celia Amoros, *Tiempo de feminismo*, Ediciones Cátedra: Valencia, 2010. pp. 43-89.

⁷ Luz Stella León Hernández, “François Poulain de la Barre: feminismo y modernidad”. En Celia Amoros, *Tiempo de feminismo*, Ediciones Cátedra: Valencia, 2010. pp. 43-89.

³ Beatriz Colombi, “Sor Juana Inés de la Cruz y María Luisa Manrique de Lara: mecenazgo y amicitia. En: *Inundación Castálida*, Número 9, 2019, pp. 63-70.



libertaria que Sor Juana anhelaba para sí, y para todas las mujeres. ‘Ese papelillo’ debe ser considerado como la manifestación y la exigencia de libertad que surgió desde este lugar para imprimirse en la inteligencia de las mujeres, o al menos aquellas que se permitían soñar: “defenderse a sí misma y, con ella, a todas las mujeres, ya que consigue inscribir su voz como mujer en el ámbito hispánico dominado por lo masculino”.⁸

Asimismo, previo a su despliegue poético “Primero Sueño”, su *Carta atenagórica* se compone de la discusión sobre la naturaleza de la mujer y su relación con el conocimiento:⁹ (...) esta carta desató una polémica en los círculos eclesiásticos, porque en ella, sor Juana desafía las tesis del clérigo portugués Antonio Vieira sobre las finezas de Cristo.¹⁰ Sor Juana, adelantándose a su tiempo, discutía y reflexionaba en torno a la situación de las mujeres un siglo antes de las que se consideran las fundadoras de lo que hoy en día conocemos como el feminismo occidental.

De acuerdo con Martha Lilia Tenorio, “la prueba más fehaciente de la autoridad literaria que fue adquiriendo sor Juana es su inclusión como parte del canon. Para cerrar el siglo XVII (1699), el erudito polaco Juan Miguel von der Ketten, en su *Apelles symbolicus*, la incluyó como autora de algunos símbolos”.¹¹ La misma sorjuanista, Martha Lilia Tenorio, explica que la importancia de esta mención recae en que no vino de

parte de críticos españoles ni portugueses, donde se ubican gran parte de sus críticas literarias. No obstante, fue hasta 1804, es decir, 105 años más tarde, cuando tuvo otra mención en Europa.

Sor Juana, “[próxima] a la modernidad no sólo porque se acerca a algunas propuestas cartesianas, sino precisamente porque exhibe, junto a las formas argumentativas de la escolástica, ideas humanistas, imágenes herméticas y una actitud crítica ante el conocimiento que me parece ser el signo más importante de su modernidad filosófica”,¹² halló en su enclaustramiento ese necesario apartamiento de la vida social de su época y del trato (in)humano que la caracterizó, y encerrándose en sí misma, encontró la libertad para llevar a cabo reflexiones filosóficas feministas: “Las lecturas modernas de la *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz* están influidas por corrientes modernas feministas. Estas influencias convierten a la *Respuesta* en un texto feminista escrito por la mano de una feminista, a pesar de que dicha corriente política no existía en la época en que fue producido el texto”.¹³

Negar el feminismo de Sor Juana, quien “realizó en su tiempo la vindicación del derecho de todas las mujeres a educarse, por un lado, hablando en primera persona y defendiendo su vocación y, por el otro, sustentando la tesis de la igualdad entre mujeres y hombres”,¹⁴ equivale a negarnos, desde nuestro lugar geopolítico, que somos protagonistas del feminismo.

En ese mismo sentido, el *humanismo sorjuaniano*,¹⁵ además de estar enfocado de manera puntual en demostrar la virtud y capacidad de razón de las mujeres,

⁸ Karen Esmeralda Rivera López, “Modelo de feminidad del siglo XVII. Censura y señalamiento. El caso de Sor Juana Inés de la Cruz”. En: *Revista Educación y Humanismo*, vol. 15, núm. 24, pp. 263-277, junio, 2013. Barranquilla, Universidad Simón Bolívar 2013, pp. 276.

⁹ Laura Benítez Grobet, “Algunas reflexiones sobre el filosofar de las mujeres en la modernidad temprana”. En Platas, V. y Leonel Toledo (coords.), *Filósofas de la Modernidad temprana y la Ilustración*, Colección Investigación Colectiva 8, Biblioteca Digital de Humanidades, Xalapa: Universidad Veracruzana, 2014. pp. 15.

¹⁰ Karen Esmeralda Rivera López, “Modelo de feminidad del siglo XVII. Censura y señalamiento. El caso de Sor Juana Inés de la Cruz”. En: *Revista Educación y Humanismo*, vol. 15, núm. 24, pp. 263-277, junio, 2013. Barranquilla, Universidad Simón Bolívar, 2013, pp. 273.

¹¹ Martha Lilia Tenorio, “A propósito de sor Juana a través de los siglos”. En: *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. LVI, núm. 2, julio/diciembre, México, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, 2008, pp. 513.

¹² Laura Benítez Grobet, “Algunas reflexiones sobre el filosofar de las mujeres en la modernidad temprana”. En Platas, V. y Leonel Toledo (coords.), *Filósofas de la Modernidad temprana y la Ilustración*, Colección Investigación Colectiva 8, Biblioteca Digital de Humanidades, Xalapa: Universidad Veracruzana, 2014. pp. 15.

¹³ Lucía Dufort, *El feminismo de Sor Juana Inés de la Cruz. Lecturas modernas de su Respuesta*. Estocolmo: Universidad de Estocolmo. 2011, pp. 1.

¹⁴ Karen Esmeralda Rivera López, “Modelo de feminidad del siglo XVII. Censura y señalamiento. El caso de Sor Juana Inés de la Cruz”. En: *Revista Educación y Humanismo*, Vol. 15, No. 24, pp. 263-277, junio, 2013, Barranquilla, Universidad Simón Bolívar, 2013, pp. 276.

¹⁵ Antonio Cortijo Ocaña, “Sor Juana o el sueño de la razón” en *Inundación Castálida*, Número 9, 2019, pp. 88.

puede que también descansa en la *identidad criolla*¹⁶ que esta pensadora identificaba a partir de reconocer la cualidad humana de “indias” e “indios”, tanto como de esclavas y esclavos. Lo anterior formó parte de la “estrategia de transgresión del código patriarcal, acaso el más reaccionario de su periodo histórico”.¹⁷ Sor Juana no sólo hablaba y escribía en castellano y latín, sino también en náhuatl. Apostaba por la libertad de las personas desde la igualdad, reivindicando la dignidad como el centro de su reflexión:

Dignidad y legitimación del ser humano ante Dios son los temas centrales de la monja, como son también los temas centrales de todo humanista. La tarea del ser humano y su proyecto ético, consiste en la construcción de sí mismo, es decir la construcción de un carácter desde una naturaleza inicial y con desarrollo de hábitos y experiencia. Sor Juana, intelectual de su época, se lanza con su obra a construir una idea de sí misma y a construir una idea de nación (o un esquema de vida político y social) (...) En este esquema general, Sor Juana aporta su grano de arena, enano aupado a hombro de gigantes, desde un lugar en el mundo, la Nueva España, y desde un convento, que dan sentido a su reflexión individual y colectiva.¹⁸

La Sor Juana que reivindico hace alusión a la latinoamericanista, pronosticando ni más ni menos, la propia existencia de América Latina. Si bien, los y las sorjuanistas coinciden en que ella habla de América, desde la Nueva España, desde nuestra lectura Sor Juana se anticipó, como fue su costumbre, coincidió con ideas mucho más progresistas, ubicadas en la modernidad tardía y que corresponden, más bien, a propuestas de orden descolonial, y enteramente latinoamericanistas. Su lugar de enunciación puede que se anticipe al

discurso que hoy en día se emplea en las propuestas descoloniales:

La obra de Sor Juana se sitúa en la intersección de diferentes tradiciones culturales poniendo de relieve esa ambigüedad criolla. Por un lado, Sor Juana mantiene estrechas relaciones personales con la corte virreinal y, por consiguiente, debe someterse al orden imperial. Por otro lado, desestabiliza el saber oficial, hablando desde una posición periférica como sujeto americano y como mujer.¹⁹

Claudia Jünke y Jutta Weiser, incluso proponen la poesía y la retórica de Sor Juana como “desobediencia epistémica” y “pensamiento fronterizo” al estilo de Walter Mignolo. Y en efecto, en *Neptuno Alegórico*, observamos que:

(...) desde su puesto como sujeto marginal, ya sea como mujer, como letrada autodidacta, es decir sin haber acudido a academias o centros oficiales de estudio, ya sea como sujeto colonial. Desde estos prismas diversos, Sor Juana se lanza a la aventura de definir inteligencia como capacidad cognoscitiva y América como ente de estudio y definición (...) construye una compleja propuesta de gobierno (rección) con una base antropológica (el ser humano como ser intelectual), ético-personal (dignidad femenina) y cívico-política (dignidad colonial).²⁰

La identidad criolla de la que habla Karen Rivera López la entiendo como la anticipada reflexión —para su época— en torno a las dicotomías: hombre-mujer, colonizador-colonizado/indígena, colonia-metrópolis. Reflexión que hoy en día nos resulta más familiar si la denominamos sistema-mundo-moderno-colonial.²¹

“La peor del mundo” nos dio el mejor ejemplo: resistir, educarnos entre nosotras, crear conocimiento, escribir y enunciar desde nuestra situación geopolítica; autorizarnos, nosotras a nosotras mismas para que se escuche nuestra voz: “(...) el genio de una mujer clausurada que trascendió tiempos y espacios, una mujer que también fue censurada en su época. ¿El motivo?

¹⁶ Karen Esmeralda Rivera López, “Modelo de feminidad del siglo XVII. Censura y señalamiento. El caso de Sor Juana Inés de la Cruz”. En: *Revista Educación y Humanismo*, vol. 15, núm. 24, pp. 263-277, junio, 2013. Barranquilla, Universidad Simón Bolívar, 2013, pp.276.

¹⁷ Karen Esmeralda Rivera López, “Modelo de feminidad del siglo XVII. Censura y señalamiento. El caso de Sor Juana Inés de la Cruz”. En: *Revista Educación y Humanismo*, vol. 15, núm. 24, pp. 263-277, junio, 2013. Barranquilla, Universidad Simón Bolívar, 2013, pp.276.

¹⁸ Antonio Cortijo Ocaña, “Sor Juana o el sueño de la razón” en *Inundación Castálida*, núm. 9, 2019, pp. 92.

¹⁹ Claudia Jünke y Jutta Weiser. “Identidad criolla y procesos de transculturación”. *IMex Revista*. México Interdisciplinario, Dossier XV, 2019/1, año 8, núm. 15, pp. 9.

²⁰ Antonio Cortijo Ocaña, “Sor Juana o el sueño de la razón” en *Inundación Castálida*, núm. 9, 2019, pp. 88.

²¹ Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial*, tomo I, México, Siglo XXI Editores, 1979.

Su genio, su fama, ‘el no ser de padre honrado’, el estar ‘despierta’ mientras la ‘sombra fugitiva’ recorría los horizontes de la noche y llegaba ‘el mundo iluminado’. Pero, más que censurada, fue famosa y querida, dentro y fuera del convento; dentro y fuera de México: ella, la niña Juana, Juana Ramírez de Asuaje, Juana Inés de la Cruz”.²²

El Claustro lo habitamos, lo significamos y lo construimos día a día mujeres diversas, así fue y así será. Al Claustro lo han rescatado, atesorado y compartido mujeres poderosas, ellas y nosotras, aquí estamos juntas, múltiples y diversas. Juana Inés, en su Claustro, somos todas. ●

²² Sara Poot Herrera, “¿Volver a empezar? Viejos y nuevos documentos alrededor de Sor Juana”. En: *IMex Revista*. México Interdisciplinario, 2019/1, año 8, número 15, pp. 24.



Derechos Humanos y Gestión de Paz

Una apuesta con los pies en la tierra
y con la mirada anclada en la esperanza

T A N I A R A M Í R E Z H E R N Á N D E Z

*Cuando ya nada se espera personalmente exaltante,
mas se palpita y se sigue más acá de la conciencia,
fieramente existiendo, ciegamente afirmado,
como un pulso que golpea las tinieblas (...)*

Gabriel Celaya

Hace más de diez años, la Universidad del Claustro de Sor Juana llegó a la conclusión de que los saberes reunidos en torno a los estudios de paz y a los derechos humanos habían llegado a un grado de desarrollo conceptual y académico tales, que admitían y reclamaban un espacio en la formación universitaria. Comprender el componente humanista que hay en este desarrollo reciente del saber de nuestras sociedades fue fundamental para vislumbrar este espacio de formación como uno que podía ser a nivel de grado, no solamente como especialización o posgrado, como hasta el momento se abordaba. Pero hubo quizá un hallazgo incluso más oportuno: se supo ver que nuestro país necesitaba, reclamaba “más acá de la conciencia” personas comprometidas y bien formadas para enfrentar cada uno de los retos que la paz y los derechos humanos ponían frente a nuestro camino.

Así, se emprendió la investigación de los programas académicos afines alrededor del mundo. Programas de

posgrado orientados a abogados y abogadas; programas en línea; diplomados y seminarios sobre estudios de paz (incluido el debate *pace making/peace keeping/peace building*); exploraciones sobre los componentes históricos, antropológicos, psicológicos o religiosos más un serio compromiso con el entendimiento de otras lenguas, culturas y cosmovisiones fue dando pie a un programa académico atractivo, robusto, en el que si todas las personas echamos algo de menos, era porque veíamos en éste una oportunidad y propuesta única.

En aquellos años, la idea de una licenciatura como ésta previó ser un espacio de profesionalización para aquellas personas con trabajos o inquietudes como defensoras de derechos humanos, así como uno de ampliación profesional para personas con trabajos y experiencias afines al campo de estudio que establecía. Lo que nunca previmos fue que, en ese momento, un grupo de jóvenes de orígenes diversos recibieron la noticia de la existencia de esta carrera, más que como una opción profesional, como una suerte de llamado voca-

cional que hacía sentido con una inquietud secreta y profunda, con una sensibilidad por el dolor de las y los otros, con una capacidad y un deseo de aprender para crear que superaba la decisión de estudios profesionales y que implicaba una forma distinta de plantearse el futuro y plantarse en su suelo.

*Hago más las faltas. Siento en mí a cuantos sufren
y canto respirando.
Canto, y canto, y cantando más allá de mis penas
personales, me ensancho.*

Recibimos entonces a las primeras generaciones de jóvenes (pero también mamás, chicos con segundas carreras, etc.) que se acercaban generosamente a esa suerte de mano desconocida que se abría frente a ellas para invitarles a compartir ese sentir común del sufrimiento ajeno y, más importante quizá, les invitaba a formarse sólidamente para tener elementos para actuar frente a esa dolorosa y desafiante realidad. Recordábamos las enseñanzas de San Agustín respecto de la esperanza: cómo saber reunir la rabia frente a lo injusto y el valor para enfrentarlo, poniendo a menudo en juego lo que somos, con tal de defender aquello en lo que creemos.

Claro que el transcurrir de esta historia no siempre mantuvo este halo romántico de defensa y protección de las demás personas. Las historias personales irrumpían una a una en las vidas de nuestra comunidad estudiantil y descubrimos pronto que la dura realidad nacional también hacía mella en las vidas de nuestras alumnas y alumnos. A la par, una creciente ola de agresiones a las y los defensores de derechos humanos hacía que se cuestionara a menudo si esta nueva profesión implicaría poner en riesgo la integridad propia. Las caravanas por la paz; las movilizaciones del #YoSoy132; las manifestaciones frente al fraude electoral tocaban directamente las vidas de nuestras alumnas y alumnos, marcando sus caminos determinadamente. La participación activa en estas expresiones de organización y disconformidad también se manifestaban dentro de la Universidad y a menudo nos colocaron en situaciones de conflictividad interna.

Un elemento fundamental e indisoluble en esta historia ha sido la entrega de las y los docentes con este proyecto. Cada una de las personas que han conforma-

do el Colegio ha puesto lo mejor de sí, de sus conocimientos, capacidad y agudeza en favor de formar a las nuevas generaciones de activistas, personas defensoras de derechos humanos, investigadoras, educadoras etc. La secreta fórmula de la alquimia que hace posible un proyecto como éste es sin duda el compromiso y la calidad humana y profesional de su comunidad docente. Recuerdo en este momento sus rostros y nombres (sus vidas y obras merecerían una revisión con homenaje en cada caso); así como sus propuestas, proyectos, enojos y alegrías. Mi reconocimiento y agradecimiento estarán siempre con ellas y ellos por hacer diariamente, con paciencia y generosidad, lo excepcional y lo que parecía imposible. Lo mismo para quienes conformaron el Colegio aquellos años: Paolo, Estefanía, Iván, Gilda, Elisa, Karen.

En diez años, muchas cosas siguen imponiendo serios y nuevos retos a una profesión naciente como la de la carrera de DHGP. Pero también es un hecho que muchas cosas han cambiado, y están cambiando para bien. Recordaré siempre que, una de las primeras cosas que tuve que hacer como directora de la carrera, fue acompañar a juzgados a unas de las estudiantes que presentaban la denuncia de actos de violencia sexual, tras las celebraciones por un mundial de fútbol en el Ángel de la Independencia. Frente al grito de “chichis pa la banda”, una alumna fue agredida y la turba intentó levantar o arrancar su camiseta, mientras uno de sus compañeros hacía todo lo posible para cubrirla, con su propio cuerpo. Diez años después, una imagen como ésta sería improbable. “La Ángela de la victoria” recibe mareas verdes y mareas moradas, las mujeres nos hemos reunido en la que probablemente sea la revolución pacífica más profunda del milenio. La comunidad estudiantil y docente ha vivido y sido parte de este cambio. Su tenacidad y corazón anclado en el presente y futuro, con la esperanza como pulso batiente, siguen siendo un ejemplo y una inspiración; como decía Gabriel Celaya, son como la poesía: un arma cargada de futuro. ●

*Tal es mi poesía: poesía-herramienta
a la vez que latido de lo unánime y ciego.
Tal es, arma cargada de futuro expansivo
con que te apunto al pecho.*

Abril de 2020.

Lo contemporáneo en el arte

F R A N C I S C O M O R E N O



Los empeños

Una agraciada costumbre que hemos dejado de nutrir es caminar; aunque no es lo mismo hacerlo en el bosque, la playa o un pueblo, que, en las calles de una gran metrópoli; más si ésta tiene una respetable edad de más de 500 años. El Centro Histórico de la Ciudad de México posee un halo misterioso que seduce, te atrae porque se transfigura según la hora del día, se disfruta dando pasos lentos, observas con los oídos y escuchas con los ojos. Las imágenes, arquitectura y personalidad se ven y se sienten otros conforme la luz natural es devorada por las luminarias, las farolas y el destello de los autos. No es lo mismo caminar por sus calles a medio día, que de madrugada. Pero esa aura no se percibe a simple vista, es un enigma que subyace entre los muros, exconventos, portones, balcones, frontispicios, casonas, árboles, locales comerciales, iglesias, plazas, calles y callejones.

En esta ágora, ombligo de una gran nación, habitó una mujer cuando la ciudad tenía poco más de un siglo de haber nacido. El sitio que ocupó, en el convento de las hijas de Santa Paula, fue un habitáculo sombrío por el que miraba el universo, pero luminoso pues fue ahí donde engendró su fervor por escribir desde las entrañas, ella no supo de limitaciones, su pasión por las letras, así como la deslumbrante habilidad y sensibilidad que poseía la llevaron a caer en las trampas de la fe, y existió, para su tiempo, como una enorme poeta contemporánea que dio a luz la *Inundación Castálida*.

Si los enigmas se descifran dejan de serlo, el Centro Histórico de la Ciudad de México es uno, y entre ellos existe un edificio que guarda la memoria de la mujer poeta. Es un inmueble preñado de vestigios, de mitos y acontecimientos, y en su trasiego inevitable, retomó, allende un tiempo pretérito, la vocación que lo forjó: el amor por el saber, el conocimiento, el humanismo y las artes. En esencia es una vieja edificación, pero no ha perdido su carácter contemporáneo. Hoy es una universidad, es tierra de siembra, vanguardia e iniciativas: La Universidad del Claustro de Sor Juana.

La Universidad del Claustro de Sor Juana y la Celda Contemporánea

“Educar es un acto de esperanza. Educar es poner las manos y la voluntad, el entendimiento y la vocación en lo que tiene de más vital un ser humano: su libertad. En la dimensión



humana, la valoración de nuestra conducta nace de la certeza de que somos libres. Y tal vez esa es la función primordial de la educación, enseñar el camino de la libertad, fortalecer la capacidad de valorar a fin de permitir que cada uno, desde su libertad y por tanto desde su responsabilidad, desde su vocación y entendimiento, aprenda a elegir lo mejor que conviene a su vida y a la vida de la comunidad de la que forma parte.” Con estas palabras, Carmen López Portillo, rectora de este recinto, abre los postigos de este exconvento para dar la bienvenida a los jóvenes de México.

Decía el gran poeta español Antonio Machado que, “en cuestiones de cultura y de saber, sólo se pierde lo que se guarda; sólo se gana lo que se da.” Sabías pa-

labras que hacen eco con la vocación de aquellos seres que reconocen en el dar la clave de la libertad, del crecimiento y el desarrollo; donde la palabra “saber” adquiere una dimensión de reciprocidad y riqueza, y el concepto de cultura abraza el humanismo y por tanto nos otorga las llaves que abren las puertas de este universo.

El proceso de civilización, que nunca termina, adquiere múltiples facetas y esferas de práctica, las universidades, centros educativos, colegios e instituciones de enseñanza son una de esas caras. Sus objetivos no sólo implican la búsqueda y generación de conocimientos, investigación, desarrollo científico y tecnológico, su horizonte se expande e incluye también la na-

turalidad de las artes y las humanidades; por tal razón, y al observar la bóveda que nos circunde, entendemos que estos campus no son entidades aisladas; son, fundamentalmente, semilleros y bastiones en los que se teje el entramado social, donde se bordan las iniciativas y se forjan ideales que transforman a la sociedad.

Visto desde arriba, subidos en el faro que guía las embarcaciones, vemos cómo, desde su fundación a finales de la década de los setenta, la Universidad del Claustro siempre inclinó su ruta hacia las humanidades. Hoy, cuarenta años después, imparte poco más de diez carreras y tres maestrías, integra en su campus aulas acondicionadas y equipadas, tiene hermosas áreas comunes, sitios dedicados a la gastronomía de primer nivel, oficinas convenientes, una singular biblioteca que resguarda un acervo especializado y, por supuesto, una sala para la exhibición y presentación de expresiones artísticas que se denominó la *Celda Contemporánea*.

Su conformación y adecuación sucede gracias a las modificaciones estructurales y restauraciones arquitectónicas de su construcción original. La necesidad fundamental de contar con sitios especiales para estos fines llevó a sus directivos a utilizar una zona aledaña sobre la calle de Regina, hábitat donde vivió la Marquesa de Selva Nevada, misma que formó parte de lo que fue el ex Convento. Ahí, en el mes de abril del año 2004, con la firme voluntad de dotar de infraestructura la tarea inherente de hacer difusión cultural en el Claustro, se abrió la *Celda Contemporánea*. La empresa propuesta cuidó la elaboración de un atinado guión y diseño museográfico, la proyección curatorial inicial se ciñó a una elaborada propuesta que realizó Sol Hénaro, mujer profesional del arte que propuso rescatar un periodo de las expresiones artísticas de México: las décadas de los años setenta y ochenta. En este periodo se realizaron interesantes propuestas visuales y plásticas, por lo que la afortunada iniciativa atendía no sólo la necesidad de contar con un lugar físico, sino que se ganaba un terreno que permitiría mostrar la riqueza de una generación que quedó eclipsada por los artistas que integraban el llamado movimiento de la “Ruptura”, y otros que conciliaban su quehacer con el “neomexicanismo”. Una relevante justificación fue reconocer que los artistas independientes que no cesaron de dar voz a sus inquietudes tenían una escasa, si no es que nula posibilidad de mostrar su trabajo en

museos y galerías, estos fueron excluidos del acontecer institucional del sector cultural. Ahora ganaban uno.

El interés por visibilizar a un grupo de creadores que quedó prácticamente arrinconada, y literalmente clasificada como la “generación sándwich”, dio el banderazo para que la *Celda Contemporánea* iniciara una carrera que hoy la coloca como uno de los principales sitios de exhibición y difusión independientes del acontecer artístico nacional.

Las iniciativas, los proyectos, sus exposiciones y etapas

En estos proyectos colectivos, de carácter independiente, circunscritos al ámbito universitario, los resultados difícilmente se deben a una sola persona. La primera época de la *Celda Contemporánea* abarcó cerca de cuatro años, en ésta colaboraron muchos profesionales, curadores, artistas, gestores, museógrafos, infinidad de asistentes y asesores que, con el transcurrir del tiempo, crearon una “red de complicidades”. El proyecto fue resultado de un comprometido trabajo en equipo.

Así, la oportunidad de contar con una sede tangible para exhibir el quehacer plástico y visual derivó en un laboratorio de experimentaciones, crisol de iniciativas y, sobre todo, en un nicho que abría sus muros y ofrecía sus instalaciones para que las expresiones del arte contemporáneo fueran nuevos platillos que enriquecieran y ofrecieran otras alternativas al menú y oferta cultural de la Ciudad de México. La *Celda* dio una digna salida a estos artistas y sus propuestas. El perfil que fecundó su gestación inicial dio paso a otras aportaciones, el crío se desarrolló con la alternancia de otros mentores y de cientos de experiencias inesperadas. La Universidad del Claustro hacía honor a su vocación: ser incubadora y matriz, productora de ideas nuevas, provocadora de innovaciones y tránsitos.

En tan poco tiempo, enorme en sus afanes, era evidente que la faena apenas empezaba; después de este periodo, incursionó un artista que conocía bien el desarrollo de la *Celda Contemporánea*, y fue a quien le correspondió dirigir el timón durante algún tiempo: Mauricio Marcín. Él, como buen explorador, generador de iniciativas y curador robusteció las líneas de trabajo, amplió su espectro y cuidó su sano desarrollo.

Los cambios, como brújula que dicta la ruta, asaltaron la Universidad del Claustro. La *Celda Contemporánea*

nea se trasladó a un área apartada, única, un área compuesta de vestigios arqueológicos, “rodeado de fuentes, tinas, azulejos, piedras y columnas rotas, donde aún aparecen fragmentos ornamentales pintados del ex-convento del siglo XVII”.

El reto de continuar la línea contemporánea sobre este nuevo escenario implicó consideraciones de otro corte, como la imposibilidad de abordar físicamente los viejos muros, catalogados como patrimonio histórico. O se adecuaban los guiones museográficos a la obra, o ésta debía sucumbir a los caprichos espaciales y arquitectónicos, la tarea representaba un atractivo ejercicio de reflexión y análisis curatorial. Fue entonces que se invitó a la artista/curadora Berta Kolteniuk para tomar la estafeta, la decisión rindió buenos frutos. La *Celda Contemporánea* estaba lista para llegar a la juventud.

Ella, con una reconocida experiencia, emprendió una labor en la que las tres habitaciones que designaron para la Celda fueran un buen pretexto. Contaba, además, con elementos dispares para mezclarlos, sólo faltaba la visión, el toque, la sazón y el *expertis* para generar el plan. Sin perder ni trastocar la visión contemporánea de la Celda, Berta se inclinó por presentar un proyecto que denominó Formato 3, iniciativa en la que, aprovechando todos los recursos propios del recinto, más aquellos inherentes a la meticulosa planeación de una exposición, propuso el diálogo entre la obra de tres artistas bajo la luz de un intercambio simbólico, una suerte de triada conceptual en la que los elementos exhibidos no parecieran una miscelánea: la idea era que éstos tuvieran un hilo conductor, una sutil conexión, una sinapsis natural mediante lazos intangibles pero visibles, armonizados por un propósito primigenio.

Si la *Celda Contemporánea* tuvo una adolescencia precoz, en su juventud logró alcanzar identidad, consolidación, llegó a un estado “emocional” estable. En esta etapa, Berta Kolteniuk generó poco más de veinte exposiciones con la colaboración de decenas de creadores, así como otras actividades adyacentes como los “diálogos con los artistas”, y el registro en video de todo el acontecer, material de gran importancia si consideramos que, por la naturaleza efímera de muchas de las obras, gran parte de las exhibiciones difícilmente podrán apreciarse nuevamente. La Universidad, preocu-

pada por dejar testimonios de su trabajo, publicó un libro-catálogo en 2015 que registra los montajes realizados en el periodo 12-15. Importante material que se encuentra disponible en el acervo bibliográfico del Claustro.

Finalmente, y como parte de las señales que la brújula indicaba para navegar, debo hacer especial mención de una situación física estructural que sufrió nuestra inquieta joven, la *Celda Contemporánea*. Para ello cedo la voz a Berta: “en abril del 2015, el espacio expositivo fue remodelado y reacondicionado dotándolo de un piso de vidrio transparente que permite apreciar los vestigios arqueológicos por debajo, al mismo tiempo que los resguarda y protege. Mediante una estructura de metal de hierro suspendida, se conformaron nuevas áreas para presentar las obras. Como el piso fue nivelado, se creó una sala rectangular, se amplió la superficie total de piso para las intervenciones. Además se colocaron algunas mamparas falsas en los muros, lo que permite presentar obra bidimensional colgada en las paredes.” Este proceso brindó otros elementos para lograr una modificación al formato, se inició la etapa de Formato 2, en él se invitó a dos artistas a dialogar con su trabajo.

La Celda Contemporánea, o lo contemporáneo en el arte

Si ya reconocimos que las universidades tienen la obligación de integrar en su misión fundacional a la cultura, en la historia de la educación en México sin duda que la Universidad Nacional lleva la batuta. Su labor destaca no sólo porque ya es mayor de edad, no vieja, pero si adulta. Bajo esa proyección nacional, debo hacer hincapié que además de las universidades, las instituciones gubernamentales tienen la obligación de impulsar y promover el arte y la cultura en todas sus manifestaciones. Sin embargo, el quehacer de los artistas no siempre encuentra asidero o escaparate para cerrar su universo lógico como creadores: encontrar al otro, ser visto, escuchado, leído y con suerte, penetrar en el inconsciente colectivo para detonar e impulsar la reflexión, el pensamiento crítico, el disenso, y por supuesto, también el goce estético.

Pero los museos y/o galerías no siempre se prestan a recibir las iniciativas o propuestas artísticas, su de-

fensa o justificación se sostiene muchas de las veces en líneas de trabajo con tintes o raigambre conservadora, se sienten más cómodas sin apostar o arriesgarse. Pero la actitud e innata perseverancia de los artistas casi siempre encuentra salidas, la comunidad cultural se constituye de muchas plataformas y escenarios en las que los espacios independientes los genera la misma sociedad civil, se abren paso persistentemente.

Son muchos los ejemplos que se podrían describir, mismos que van desde las galerías, las fundaciones, las ferias de arte, los centros culturales, museos privados, plazas públicas y centros comerciales, hasta los grandes pódiums en los que la industria creativa consolida el *mainstream*, la cultura de masas y el espectáculo.

Nuestro país se mueve en ese laberinto, es un contexto cultural en el que nuestros protagonistas buscan las mejores salidas y escaparates, a veces bajo la óptica de la intuición y el sentido común, otras con la certeza y apoyo directo, a veces bajo la discrecionalidad institucional, por desgracia, no siempre encuentran la salida y se topan con altos muros en los cuales quedan arrinconados, desanimados, y algunos llegan a morir por inanición. Por esas razones es que me atrevo a decir que la *Celda Contemporánea* se yergue con orgullo como un escenario independiente, proactivo y abierto.

Por otra parte, el concepto de modernidad ha derivado en generalidades y transformaciones subsecuentes como el postmodernismo. La secuela generada desde el impresionismo no para, es un impulso por renovar, por crear vanguardias, no de crear nuevos “ismos”, sino de nutrir la capacidad creativa. Aunado a esto, es muy común confundir este término con el de contemporáneo, pues ambos se sustentan en la innovación, las propuestas nuevas, el impulso al cambio, ambos subyacen en el paradigma de lo nuevo. Sin embargo, cuando calificamos el “arte contemporáneo”, éste posee una doble connotación, es, por una parte, consecuente con lo nuevo, pero también reconoce el quehacer actual, es decir, toda manifestación artística que vive en el aquí, en el presente y se sostiene por sí misma. Esta dicotomía es materia de reflexiones filosóficas y estéticas, pero ello en vez de soterrarla, la empodera y la mantiene viva.

La *Celda Contemporánea* contiene en su nombre dos palabras que la explican en sí misma: decir celda no es decir encierro o reclusión, paradójicamente es hablar



de un lugar y nombran con ella justamente una vanguardia semántica; aunado a ella, apuntar lo contemporáneo es ceñirse a lo que se hace hoy, lo actual, lo nuevo, lo que está vigente.

En los últimos tres años, este centro de encuentros abrió su horizonte y presentó exposiciones que dan razón del párrafo anterior: ver una antología de gabinete de Arturo Rivera fue una afortunada iniciativa, hace mucho que no teníamos oportunidad de disfrutar de cerca la paleta y temática de este artista; por otra parte, la multitud de piezas seleccionadas por Gustavo Pérez, curadas por el propio autor, nos permitió reconocer y avivar la atención sobre este gran creador; las telas de Roberto Rébora atrajeron la curiosidad de aquellos que no lo conocen, y dejan en la mira de la comunidad la inquietud por saber más de muchos pintores que no se conocen lo suficiente.

La *Celda Contemporánea* entra de esta manera a un terreno fértil que se antoja plural y cargado de contenidos. Seguramente veremos los frutos de algunos árboles jóvenes, otros ya maduros pero únicos, plantas del desierto y ornamentales, exquisitos arbustos y vegetación exuberante; una nueva época en la cual más allá de estilos o géneros, responderán a la razón que respalda la misión y visión de la Universidad del Claustro de Sor Juana: la educación y la cultura como pilares para el desarrollo. ●

La compasión de Rita Guerrero

A R T U R O G , A L D A M A

Después de todo ni que me hubiera muerto...

Rita Guerrero en la canción "Mil y una noches" de la película *Ciudad de Ciegos*



A Rita no le hacía falta más que respirar. Y ese aliento es el que ahora echamos de menos.

Le bastaba con pisar el escenario para cambiar la atmósfera. Ni siquiera necesitaba cantar. Ella caminaba —flotaba— hasta plantarse frente al micrófono y con una mirada dominaba a las bestias. O despertaba su rugido, que para el caso es lo mismo. Entonces bailaba. Sólo que no bailaba. Ondulaba. Entonces sus labios se abrían y emanaba una voz que era simultáneamente la de Siouxsie y la de Maria Callas. Punk y operística. Antigua y moderna. La disolución del tiempo. Tiempo que escapaba al tiempo. Canto de sirena que te arrojaba al abismo de ti mismo. Todo lo demás que estuviera ocurriendo en tu vida dejaba de importar en ese instante, habías caído en sus garras

Hay mucha gente que se ha hecho el retrato de ella como una vampiresa, incluso hubo una portada de la revista *La Mosca* que recurría a esa imagen, a punto de morder el cuello de Julieta Venegas, pero esa metáfora es demasiado carnal, para mí siempre fue una aparición, una quimera, un fantasma que te paraliza-

ba por su irrealidad. Costaba imaginarla sirviéndose unos huevos para desayunar, porque Rita era un ser de otro mundo. Nunca tuve un acercamiento personal con ella, y lo agradezco, así desde el principio en mi mente ella fue inmortal.

La vi desde el apretujado Rockotitlán hasta el magno escenario del Auditorio Nacional, y el efecto que presencié fue invariable: un rapto. Algún amigo al salir de una de sus tocaditas me dijo: “es que hubo un momento en que se me quedó mirando y me estaba cantando a mí”. No, güey, es que la mirada de Rita abarcaba el universo, cuando miraba, miraba a la eternidad. Eso lo sentimos todos.

El dardo de funk gótico que lanzó Santa Sabina hizo blanco en el nervio preciso de quienes a principios de los noventa fuimos jóvenes. Necesitábamos bailar, y reventar, y vivir con el frenesí de “Azul casi morado”. Pero también nos queríamos morir, y nos atragantábamos de náusea sartreana hasta hundirnos en el lenguaje desnudo de palabras, que hiere y seduce, de “Mirrota”, vástagos primerizos del México que sólo ha conocido la crisis. Esto es algo que no sé si alcanza a transmitirse a los que vinieron después, por más discos que se les toquen, por más videos que se les pongan. En mi generación —la nacida entre mediados de los setenta y principios de los ochenta—, todas las chicas que gustaban del rock querían ser como Rita, todos los chicos queríamos una novia parecida a ella. Creo que ninguna otra figura contracultural de nuestro país ha propiciado esa homogeneidad.

La música de Santa Sabina derivaría por vertientes más progresivas que para los músicos deleitaba por su complejidad, pero que a mí desde la audiencia me emocionaba menos. A Rita quizá le satisfacía esta nueva dirección, pero parece que iba desencantándose de las posibilidades que le ofrecía el medio del rock. En una entrevista alrededor de 2008 para Noiselab.tv afirmaba que a la diversidad de bandas contemporáneas de ellos no se le podía llamar movimiento, “tuvimos intentos de organizarnos cuando surgió el zapatismo, hicimos muchos conciertos de ayuda humanitaria y de crear un poco de conciencia entre la banda, pero no trascendió mucho. Sí se ayudó y se hicieron cosas en el momento, pero ya como movimiento de grupos, no sé, y no sé si exista ahorita”. Afectó asimismo la piratería en los albores de los años 2000 que golpeó a las disque-

ras, de cualquier modo aclaraba que éstas “nunca supieron muy bien cómo manejar todo lo que está fuera de lo convencional y establecido”.

Paralelamente a los últimos años de Santa Sabina, se integró al Ensamble Galileo, rompiendo con esa rigidez más bien fantasmagórica que distingue música popular de música culta. Ahí recreaba un amplio espectro de música antigua. No obstante, Rita subrayaba lo novedoso del empeño, pues el repertorio que interpretaban apenas había empezado a rescatarse unos cuantos años atrás; para una parte del público que la siguió desde el rock, esto representó su probada inicial de composiciones sefardíes, renacentistas, barrocas y virreinales.

Esta senda, tras la separación de Santa Sabina, la condujo a formar y dirigir el Coro Virreinal del Claustro de Sor Juana. Escribe Pascal Quignard en *La lección de música* que frente al descubrimiento en la infancia del tortuoso paso del tiempo bajo la forma del aburrimiento, la música “es aburrimiento que goza [...] se burla, juega con el tiempo depositado y sin muerte en nosotros”. En otro de sus libros, *Todas las mañanas del mundo*, el adolescente Marin Marais, expulsado de un coro porque ha perdido su voz de niño, busca el adiestramiento en la viola de gamba del maestro Monsieur de Saint-Colombe para recuperarla mediante el instrumento. Años después, ya convertido en famoso músico de la corte, retorna a su maestro, que lleva una vida frugal y lejos de la sociedad, presentándose como: “Un hombre que rehúye de los palacios y busca la música”. Rita, sin mayor aspavento, bajó del pedestal en que la había colocado su trabajo previo por una aspiración superior. En la mencionada entrevista para Noiselab, destacaba la importancia de “encontrar nuestro centro”, una vez hecho este descubrimiento, había que comprometerse con ello. Rita volvió a los coros de música sacra donde nació como cantante poniendo su instrumento al servicio, ya no de su voz, sino de la construcción de un edificio de voces. Porque el compromiso no es egoísta. En esa misma entrevista afirma: “Yo creo que al mundo le hace falta mucha compasión”. El coro virreinal, que ahora lleva su nombre, es fruto de semejante grado de compromiso con el que supo burlar al tiempo, hacerse inmortal, ser un milagro que afortunadamente pasó por esta realidad. El compromiso con la compasión. El compromiso con el arte. ●

Nuestro Claustro: Formador de gestores. Salvaguarda de memoria

A L F O N S O M I R A N D A M Á R Q U E Z

Traspasar el umbral. Un espacio de entraña. Coordenada. Zona cero. Encontrarse en el evo, el tiempo sin tiempo; y no, no es que el tiempo se detenga, por el contrario, se agolpa y avanza vertiginosamente. Así, la Universidad del Claustro de Sor Juana es principio creador y generador de ideas, de discursos críticos.

Incidencia en la transformación de la cultura en México; sus egresados forjan desde distintos derroteros una nueva realidad multidisciplinaria... transdisciplinaria. Formados con valores que abrogan el anquilosamiento, desde cualquiera de sus colegios se alienta el debate, la reflexión y la agudeza del librepensamiento.

Cada muro ha resignificado el conjunto conventual jerónimo para volverlo aula vibrante. Retos de comunicación ahí donde el maestro no tiene la última palabra. El alumno tampoco. Se apuesta por construir y deconstruir ideas. Nunca se desprecia la tradición. Siempre se apuesta por la innovación.

Estar en el Claustro no es transitar de paso. No es mirar el transcurso de una generación a otra, a otra, a otra más... No es únicamente asistir a una clase, a un concierto, conferencia, debate, exposición... no es un no-lugar pues al Claustro, se vuelve. El tiempo es líquido y uno abrevia entre los siglos para hilvanar fino la “ultra-contemporaneidad”.

Y tan resulta esencial el Centro Histórico —así como nuestro Claustro—, que el culto atropellado a la modernidad no ha disminuido su impulso. La belleza y la vitalidad nunca

son anacrónicas aunque sí requieran de la red de instituciones e iniciativas que le den mayor relieve a su valía, disertó Carlos Monsiváis.

El “Centro Histórico” trasciende el sustantivo y se convierte en adverbio de lugar, de tiempo, modo, afirmación, negación y duda... incluso es adjetivo barroco. *Miren sus obras: las grandes edificaciones, los acueductos, las iglesias, los caminos y la lujosa Ciudad de los Palacios, que ha surgido de las ruinas de Tenochtitlán, construida en arcilla, a una altura sobre el océano, en la cual, en el Viejo Mundo, ¡el monje de san Bernardo solo arrastra a través de una existencia temblorosa y sin alegría!*, escribió en 1834 el político, militar y viajero inglés Charles Joseph La Trobe en *El excursionista en México*. Por primera vez se designaba a esta megalópolis como ciudad de palacios, de los que el Claustro da cuenta.

Alexander von Humboldt refirió: *si yo tuviera que escoger otra ciudad donde vivir, me quedaría a vivir en la Ciudad de México, no sólo por sus hermosos palacios, ni porque sus pobladores se han portado muy cálidos conmigo y me la he pasado tan bien, sino porque tiene una intensa vida científica y cultural de la que no teníamos noticia*. Esa vocación también se vivió y se vive en el Claustro. Desde la mesa enharinada de sor Juana, quien hacía girar el trompo en el siglo XVII para estudiar la elipse y keplerianamente entender el cosmos, mientras que sus hermanas aventaban al aceite hirviendo la masa para los buñuelos, hasta calidad y calidez en la formación de estudiantes.

Por su parte, en 1797 doña Josefa Gómez Rodríguez de Pedroso tras enviudar y perder a su hijo mayor mandó construir una celda proyectada por el arquitecto Manuel Tolsá. Aquel espacio habitado por la Marquesa de la Selva Nevada hoy alberga al Zéfiro. *Óyeme con los ojos* se transformó en la Celda contemporánea y de los antiguos lavaderos emergen instalaciones y propuestas estéticas de gran calado. Cada espacio es participativo y transparente, democratizador... creativo.

En palabras de Guillermo Tovar de Teresa, en el Centro Histórico *se restauraría la urbe que sus habitantes y literatos considerarían la barroca Atenas del Nuevo Mundo. En ese lugar se formaría la ciudad más importante del decadente Imperio español en el Nuevo Mundo, con calles de tierra y piedra, bautizadas con los títulos de sus leyendas y sucesos; suntuosos templos y enormes conventos de frailes y monjas, hospitales y colegios, y palacios magní-*

ficos, emblemáticos de la grandeza que le daría renombre. Justo el Claustro se convirtió en actor protagonista de la reconversión urbana del Centro. Al proyecto revitalizador de don José E. Iturriaga de 1964 se le debe la transformación que inició en 2001. Desde ahí se sumaron las voces más disímolas: Carlos Monsiváis, Jacobo Zabludovsky, el ingeniero Carlos Slim Helú, Vicente Fox Quezada, Andrés Manuel López Obrador, Rafael Tovar y de Teresa, voces anónimas y otras con nombre y apellido entre las que destacó y destaca una voz femenina que se escuchó (escucha) con elocuencia y contundencia, la de nuestra rectora Carmen Beatriz López-Portillo.

El Centro y el Claustro son inagotables; nunca se recorren cabalmente, tampoco se entienden del todo... Fuente de ambrosía y conocimiento, son punto de partida y de llegada. Hogar y patria.

Así, el Claustro trabaja en colaboración activa con y para las más diversas comunidades. Interpreta la realidad, las realidades. Amplia las comprensiones del mundo. También ha sido eco y emisor de gritos de denuncia en busca de igualdad, en aras de bienestar que trasciende el ámbito de lo local. Borda y aborda los conflictos, las diferencias, los desafíos...

Una vez determinadas las batallas, se luchan desde el Claustro. No basta el impulso inicial de cualquier proyecto; los recursos humanos, técnicos y materiales naturalmente tienden a agotarse. El papel formador de gestores adquiere matices fundacionales en el concierto polifónico de las ciudades. Desde la universidad, la gestión ha sido directriz y es esperanza para administrar los riesgos y redirigir objetivos, coordinar y sumar esfuerzos.

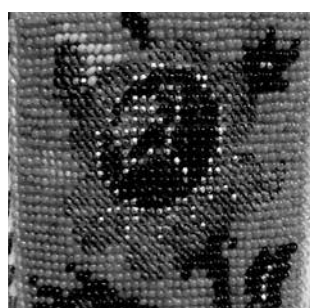
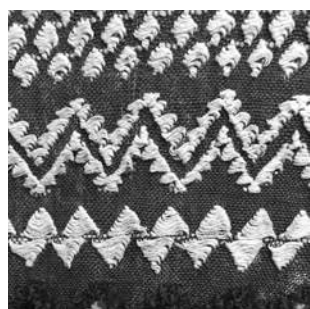
Asimismo, son preponderantes en discursos curatoriales, la filosofía de la filosofía del arte, la crítica generadora de discursos que ha derivado en blogueros, talleres de estética y plumas de *ingenio y agudeza*...

No vivimos un tiempo de cambios, sino un cambio de tiempos. El conocimiento que antiguamente se aprendía en las aulas y se resguardaba en recintos culturales se ha socializado por lo que en pleno siglo xxi ya no funcionan las mismas premisas del pasado. Las sociedades transitan hacia las libertades... diversidad, pluralidad, defensa de los derechos humanos y democracias más participativas. De esta manera nuestro Claustro, a cuatro décadas, se reinventa. ●

La indumentaria como identidad

El Museo de Indumentaria Mexicana Luis Márquez Romay

DANIEL RODRÍGUEZ BARRÓN



La Universidad del Claustro de Sor Juana es un espacio multivocacional, en su entrono se encuentran lo mismo restos arqueológicos, que se exhiben piezas de arte contemporáneo, la biblioteca guarda libros antiguos y el colegio de gastronomía está a la vanguardia, pero hay un espacio muy poco conocido: el Museo de Indumentaria Mexicana Luis Márquez Romay.

Márquez Romay (CDMX 1899-1978), fue fotógrafo y un personaje muy ligado a la cultura nacional, trabajó con grandes cineastas y directores de teatro. Participó en el taller de fotografía que se creó por iniciativa de José Vasconcelos en 1923, con objeto de investigar y difundir las tradiciones mexicanas. Y a lo largo de los años coleccionó piezas textiles de diversos grupos indígenas, un verdadero documento sobre la conformación la identidad mexicana a través de su indumentaria. Años mas tarde, donó su colección al Claustro de Sor Juana, colección que hoy resguarda con celo, cariño y una verdadera devoción la maestra Marta Ríos Basurto, directora del museo, con quien sostuvimos una charla.

—¿Cómo empezó este proyecto el propio Márquez Romay?

—Él empezó desde los años 20 a coleccionar estos trajes, traía bordadoras de diversos pueblos para que los restauraran o hicieran reproducciones. Y como dicen los mascareros ésta es una colección “bailada”: don Luis la usaba para pasarelas, para bailables, fue consultor de grupos de cine, por ejemplo todos los trajes de la película *Tizoc*, los tengo aquí, todos los que lució María Félix y Pedro Infante.

—¿Cómo llegaron estas piezas al Claustro de Sor Juana?

—En 1976 donó su colección al Claustro, pertenece al país. En ese momento, el claustro estaba en plena restauración. Yo tengo veinte años al frente del Museo, y hemos hecho 80 exposiciones sobre diversos temas, algunas inspiradas en dichos populares, por ejemplo hicimos una que se llamó ¿En qué quedamos, Pelona? Y fue sobre el Día de muertos.

—Sin embargo, tengo entendido que la colección se amplió gracias a otra donación.

—Efectivamente, la señora Carmen Romano Nolk donó alrededor de 1500 trajes que ella había coleccionado a lo largo de los años gracias a sus visitas a diferentes Estados. En los pueblos que visitaba, la gente se empeñaba en regalarle lo más bonito, lo más vistoso, lo mejor bordado, y por tanto su colección es de verdaderas joyas.

—Entendemos que es una colección muy importante y que por el solo hecho de tener piezas irremplazables tiene un valor monumental, pero si tuviéramos que ir un poco más allá, ¿qué nos enseña, qué nos dice esta colección?

—Te da la oportunidad de saber qué se ha perdido o qué se ha ganado. Se ha perdido mucho, cuando comparas estos trajes con los de ahora, te das cuenta que pocos grupos indígenas trabajan ahora con materiales naturales. La invasión del acrílico es terrible. El color es estridente. Los tonos, aunque quieras, no son iguales al añil, la cochinilla, a las flores que usaban, el color era más sutil. ¿Qué se ha mantenido? Los bordados, seguimos manteniendo esa herencia cultural que pocos países tienen. Y ese contraste es muy notable, los bordados son idénticos a lo que se hacía desde siempre, pero las telas ya no. Por otro lado, podemos ver la evolución de esos trajes, por ejemplo los cotones (el traje típico de los huicholes), antes eran de lana teñido con añil sin ningún dibujo, y ahora son más coloridos, con más figuras y dibujos. Se podría hacer una historia de la evolución de la indumentaria.

—Dentro del acervo, ¿cuáles dirían que son sus mejores piezas?

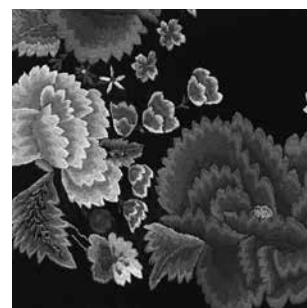
—Tenemos unos trajes de tehuana, casi 400, bordados a mano sobre terciopelo, otros con la puntada de cadenilla. Tenemos una colección diseñada por el propio Márquez de china poblana, los hizo con terciopelo y con piedras de cristal austriaco y muestran las águilas de los diversos escudos de México. Romay se los prestaba a Lola Beltrán y cuando yo la veía en la televisión y como que no podía guardar el equilibrio, yo era una adolescente, pensaba que quizás doña Lola se tomaba sus copitas... pero ahora sé que pesan muchísimo, son cristales... Y con esos trajes pude hacer una exposición, *La libertad también se borda*. Por otra parte, tenemos trajes únicos porque ya ni siquiera los grupos indígenas lo usan, esos grupos también están vivos y cambian su forma de verse a sí mismos.

—¿Cuál dirías que es tu gran joya?

—Tenemos un zarape de Zacatecas con un dibujo de espadas en seda con trama de algodón; hay una blusa de china poblana que tiene chaquiras de oro; hay chaquetillas de charro bordadas en oro y otras en plata. La colección está formada de piezas sobre todo femeninas, casi no tenemos trajes masculinos.

—¿Cuántas piezas son en total?

—Ocho mil. No son trajes solamente, hay sombreros, bolsas, zapatos... Nuestra pieza más antigua es un algodón huichol en lana natural y pintado con añil, que data del siglo XIX, y la más nueva es un traje de novia de los años 20, que nos heredaron la semana pasada. Hemos ido a Francia, a Bélgica y hacemos préstamos a museos. Es decir es un acervo vivo que se nutre continuamente, que viaja y que se muestra, pero que pertenece al Claustro de Sor Juana y es uno de sus secretos mejor guardados. ●



325

A N I V E R S A R I O
L U C T U O S O

SOR JVANAYNES DE LA CRVZ





Sor Juana 325

(1695-2020)

S A R A P O O T H E R R E R A

University of California/ UC-Mexicanistas





17 de abril de 1695 en San Jerónimo

Pocas horas antes de que amaneciera el domingo 17 de abril de 1695 murió Sor Juana Inés de la Cruz, gloria de San Jerónimo.¹ Hay silencio en el claustro, lamentos, dolor, suspiros, más desolación que resignación. En la ciudad sucede lo mismo, pero en San Jerónimo el frío y el vacío se sienten en lo inmediato: después de más de 27 años de luz, cuánto y cómo duele la ausencia, la estrella claustral se ha apagado, la sombra no parece fugaz ni fugitiva. No al menos esa madrugada del domingo 17 de abril de 1695: se ha ido Sor Juana Inés de la Cruz, Décima Musa americana, genio del siglo, poeta de todos los tiempos.

En su *Diario de sucesos notables*, Antonio de Robles anota:

¹ Para hablar de los últimos días de Sor Juana, un libro (entre pocos) es imprescindible: de Elías Trabulse, *La muerte de Sor Juana*. México: Centro de Estudios de Historia de México. CON-DUMEX, 1999.

Muerte de la insigne monja de San Gerónimo. —Domingo 17, murió a las tres de la mañana en el convento de San Gerónimo, la madre Juana Inés de la Cruz, insigne mujer en todas facultades y admirable poeta; de una peste han muerto hasta seis religiosas; imprimiéronse en España dos tomos de sus obras, y en esta ciudad muchos villancicos; asistió todo el cabildo en la Iglesia, y la enterró el canónigo Dr. D. Francisco de Aguilar.²

La nota del *Diario* de la época, si bien corresponde al 17 de abril, es una crónica compacta escrita días después de aquel infausto domingo. Con la tristísima noticia, se mencionaban cualidades de la ilustre monja jerónima: 1) “insigne mujer en todas facultades”, esto es, Sor Juana, genial, inteligencia plena; 2) “admirable poeta”, además de su genialidad. ¿Motivo de su muerte? Ninguna duda cabe, debida a “una peste”, de la que Sor Juana —escritora famosa por sus obras en España y en la Nueva España— resultó ser una de las víctimas, la sexta religiosa en morir de enero a abril de 1695. El cabildo “todo” en la iglesia. ¿Sería el cabildo religioso y completo? Y el del gobierno civil, ¿asistiría también? Lo más seguro es que el mencionado cabildo (la nota no dice *de la Iglesia*) se haya reunido en la iglesia de

² Antonio de Robles, *Diario de sucesos notables (1665-1703)*, t. 3. Ed. Antonio Castro Leal. México: Editorial Porrúa, (1946), 1972, p. 16. Con el año de 1695 inicia este tercer tomo. La noticia sobre la muerte de Sor Juana es la décimo primera del mes de abril.

San Jerónimo (que ése es el contexto en el *Diario de Robles*; no otra iglesia). Fue seguramente ese mismo domingo 17 y el cabildo en pleno. ¿Incluyendo al arzobispo? La nota es escueta, precisa: “todo el cabildo”.

Tres días después de ese domingo, el miércoles siguiente —20 de abril—, fueron las honras del Padre Antonio Núñez de Miranda, quien había muerto dos meses antes, el 17 de febrero (este dato no lo registra el *Diario de Robles*; sí el de sus honras, pp. 16-17). Tres meses después —julio de 1695— murió el Padre José Lombeira (p. 21), cercano durante muchos años a Sor Juana y relacionado con el destino final de la biblioteca de la poeta.³ Esa primera mitad del año 1695 fue cierre final de la vida de estas tres personalidades religiosas.

La de Sor Juana fue por una peste localizada y extendida intramuros del convento de San Jerónimo. Eso fue hace 325 años, cuando a México ha llegado la epidemia del año 2020: el coronavirus, Covid-19. En aquella ocasión —1695— la peste (¿tifus exantemático?) se ensañó en San Jerónimo, y Sor Juana, de frágil salud y con la experiencia de un tabardillo de años atrás, fue presa fácil, expuesta además debido al contacto directo con las otras monjas contagiadas.

En *Fama y Obras Pósthumas* (1700) de Sor Juana Inés de la Cruz, el Padre Diego Calleja, escribe:

Entró en el Convento [de San Jerónimo] una epidemia tan pestilencial, que de diez Religiosas, que enfermaban, apenas convalecía una. Era muy contagiosa la enfermedad, la Madre Juana de natural muy compasivo, y caritativa de celo, con que asistía a todas, sin fatigarse de la continuidad, ni recelarse de la cercanía. Decirla entonces (como todos se lo aconsejaban) que siquiera no se acercase a las muy dolientes, era vestirla alas de abeja, para hacerla huir de las flores. Enfermó, al fin: y al punto que se reconoció su peligro, se llenó Convento, y Ciudad de plegarias, y víctimas por su salud: sólo ella estaba conforme con esperanza de su muerte, que todos temían.⁴

³ Véase María Águeda Méndez, “José de Lombeira o la ajetreada vida de un presbítero novohispano”. *Prolija Memoria. Estudios de Cultura Virreinal* 5: 1-2 (2010-2011): 91-120.

⁴ *Fama y Obras Pósthumas del Fénix de México, Décima Musa, Poetisa Americana, Sor Juana Inés de la Cruz, Religiosa Profesa en el Convento de San Jerónimo de la Imperial Ciudad de Méxi-*

La “epidemia pestilencial” de 1695 mató a siete monjas y al sacristán del Convento de San Jerónimo. Fue una tragedia sin proporción por el número de víctimas en un solo lugar y en poco tiempo, entre ellas, nada menos que Sor Juana Inés de la Cruz, de inteligencia extraordinaria y de humildad igualmente extraordinaria. Lo que también dijo de ella el Padre Diego Calleja fue que “la Caridad era su virtud reina: si no es para guisarlas la comida (yo enfatizo), o disponerlas los remedios a las que enfermaban, no se apartaba de sus cabeceras” (p. 25). Calleja se refería a Sor Juana Inés de la Cruz y a las monjas jerónimas contemporáneas de ella. La imagen de Sor Juana es de humildad, servicio y caridad. Una de sus caridades fue (según Calleja) guisar la comida a las monjas, en la salud y en la enfermedad; la otra, atender a las enfermas, cuya cercanía sin duda dio lugar al contagio. Hablando de su cotidianidad conventual, “más acá” de su genialidad y notabilidad en su siglo, se puede imaginarla en sus tareas de cada día (“como cualquier monja”), acentuadas durante el tiempo de la enfermedad colectiva y mortal que acabó con su propia existencia.

Vayamos al principio de su vida como monja profesas, iniciada en un segundo intento, esta vez en el convento de San Jerónimo de la Ciudad de México.

De las carmelitas a las jerónimas no sólo un paso sino un voto de profesión

Antes de San Jerónimo, Juana Ramírez ingresó al convento de Santa Teresa la Antigua. En el *Libro de las profesiones* de religiosas del monasterio de San José de Carmelitas Descalzas de la ciudad de México se lee:

Recibióse para religiosa corista a Juana Inés de la Cruz, hija legítima de D. Pedro de Asuaje y de Isabel Ramírez, su mujer. Es natural de esta Nueva España. Dióla el hábito de bendición, el padre Capellán D. Juan de Vega, domingo 14 de agosto de 1667; asistieron los señores Marqueses de Mancera.

co... Ed. Jvan Ignacio de Castorena y Vrsúa. Madrid: Manuel Ruiz de Murga, 1695. Véase la edición facsimilar con Introducción de Antonio Alatorre (México: UNAM, 1995 [p. 34]; modernizo la ortografía).

La dicha hermana no profesó, y en 18 de noviembre de 1667 años salió del convento.⁵

En dicha acta no se dice el motivo de su salida, pero siempre se ha sabido que la frágil salud de la novicia no soportó las rígidas reglas carmelitas. La joven entró como seglar (¿entraría el mismo día en que tomó “el hábito de bendición”? y fue novicia tres meses con cuatro días antes de abandonar la orden.

Con el nombre de Juana Ramírez (no el de Juana Inés de la Cruz, con el que aparece en el acta de profesiones carmelita) y de nuevo como seglar ingresó más tarde a San Jerónimo; ya estaba allí desde antes del 6 de febrero de 1668, según un Memorial en el que —dice— “donde estoy actualmente”, y en el que pide que se les permita a las madres —priora, vicaria y definidoras— que la propongan a la comunidad y, una vez que ésta vote por su ingreso, “se otorguen las escrituras de dote y *alimentos* [énfasis] y todo lo demás que se acostumbra”.⁶ Con el Memorial de Juana Ramírez hay un documento de Juan Caballero,⁷ en el que se compromete a pagar un año después la dote de 3,000 pesos de oro común en reales para la profesión de la joven (apéndice I, pp. 436-437). El 8 de febrero de 1668 las seis madres jerónimas de “alto mando” autorizaron el hábito de bendición de quien un año después —24 de febrero de 1669— sería la monja jerónima mexicana más famosa de todos los tiempos, escritora de todos los tiempos, personaje extraordinario de México de todos los tiempos.

Otro documento que cierra los trámites administrativos de la profesión de votos en San Jerónimo es una Carta de pago de 1669⁸, que reúno con el Memo-

rial de 1668. Se trata de la entrega —vía José de Lombeira (o Lombeida)— de los tres mil pesos comprometidos en febrero del año anterior por parte de Juan Caballero. Dicen unas líneas de este documento que [dicho Caballero]:

se obligó a pagar y satisfacer el dicho convento tres mil pesos de oro común en reales por la dote de doña Juana Ramírez, novicia, en (el) cera, propinas y demás *alimentos* (yo énfasis), y cumpliendo con su obligación y porque está de próximo la susodicha para hacer su profesión, quiere enterar la dicha cantidad con que se le otorgue carta de pago.

Ese lunes 18 de febrero se hace la entrega formal del dinero, se retiran las escrituras donde se firmaba el compromiso y ya queda todo listo para la ceremonia del domingo 24 de febrero de 1669, día célebre cuando la novicia (primero seglar en San Jerónimo) Juana Ramírez pasa a ser Sor Juana Inés de la Cruz, y así (como lo hizo poco antes en su testamento) jura y firma en el *Libro de profesiones* del convento de San Jerónimo:

Yo, Soror Juana Inés de la Cruz, hija legítima de don Pedro de Asuaje y Vargas Machuca y de Isabel Ramírez, por el amor y servicio de Dios Nuestro Señor y de Nuestra Señora la Virgen María y del glorioso Nuestro Padre San Jerónimo y de la bienaventurada Nuestra Señora Madre Santa Paula, hago voto y prometo a Dios Nuestro Señor, a vuestra merced, el señor [doctor] don Antonio de Cárdenas y Salazar [...], de vivir y morir todo el tiempo y espacio de mi vida en obediencia, pobreza, sin cosa propia, castidad y perpetua clausura, so la regla de Nuestro Padre San Agustín y constituciones a nuestra orden y casa concedidas. En fe de lo cual lo firmé de mi nombre hoy a 24 de febrero de 1669. Juana Inés de la Cruz. Dios me haga santa.

En San Jerónimo, Sor Juana Inés vivió de principios de 1668 (si no es que antes y primero con el nombre de

⁵ Guillermo Schmidhuber de la Mora, *De Juana de Asuaje a Juana Inés de la Cruz. El Libro de profesiones del Convento de San Jerónimo*. Toluca: Instituto Mexiquense de Cultura, 2013, p. 23. Sobre información onomástica y de fechas acerca de las monjas de este convento, proceso y ordeno los datos que aparecen en este libro.

⁶ Véase el Apéndice I, “Memorial y licencia para llevar a cabo el orden de hábito de bendición” que, antes anunciado por Agustín Vallejo, publica Alejandro Soriano Vallés en su libro *Sor Juana Inés de la Cruz, doncella del verbo* (Hermosillo: Editorial Garabatos, 2010, pp. 433-438).

⁷ He mostrado en otro lugar que Juan Caballero era esposo de Isabel Mata Ramírez, prima hermana de Sor Juana.

⁸ Carta de pago del convento de San Jerónimo a Juan Caballero

por concepto de la dote de la novicia Juana Ramírez. Escribano José de Anaya. Ciudad de México, 1669. 18 de febrero”. Se encuentra en *Documentos originales reunidos y ya transcritos por el Instituto de Estudios y Documentos Históricos. AC. Claustro XIII. Convento de San Jerónimo* (enero-febrero, 1982). México: Universidad del Claustro de Sor Juana.



V^oR^oE^oL^oM^oR^oM^o Juana Inés
de la Cruz Fente de la America
Glorioso desempeño de su Sexo
Honra de la Nación de este nuevo
Mundo y argumento de las admi-
raciones y elogios de el Antiquo
Nacio el dia 12 de Nov: de el año de
1651 a las onze de la Noche Reciu-
io el Sagrado Habito de el Maximo
D. S. S. Geronimo en su Conv.^o de
esta Ciudad de Mexico, de edad de
17a, y murió Domingo 17 de Abril
de el de 1695 de edad de 44.ª cinco
mezes cinco dias, y cinco horas 20

Requiescat in pace. Amen



Juana Ramírez) al 17 de abril de 1695 (poco más de 27 años). Como monja profesa, del domingo 24 de febrero de 1669 al domingo 17 de abril de 1695; esto es, 26 años, un mes, 24 días, y el convento fue testigo de la creación de una de las obras más importantes en lengua española del siglo XVII hasta nuestros días.

Sor Juana versó sobre el amor, la vida, la muerte

Su escritura —se ha dicho— es un tratado de amor; de inteligencia, una enciclopedia —mitología, historia, teología, ciencias de la época, cultura—, una carta de derechos humanos, de derechos de la mujer, de vida también, pero con la métrica perfecta de su poesía la

autora también habló de la muerte. Hago esta mención —vida-muerte— en el contexto de los 325 años del fallecimiento de Sor Juana Inés de la Cruz.

En un romance de 240 versos a Fray Payo de Ribera, perteneciente los años setenta de su siglo, habló de su experiencia con la muerte, “Pide, con discreta piedad, al Señor Arzobispo de Méjico, el sacramento de la Confirmación”:⁹

⁹ Romance (11) “A Don Fray Payo de Ribera (entre 1671 y 1680)”. *Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz / Lírica personal* Edición de Alfonso Méndez Plancarte. México: Fondo de Cultura Económica, 1951, pp. 32-38; el número entre paréntesis corresponde al orden que les dio Méndez Plancarte.





...



Yo, Señor (ya lo sabéis),
he pasado un tabardillo,
que me lo dio Dios, y que
Dios me lo haya recibido;

donde con las critiqueces
de sus términos impíos,
a ardor extraño cedía
débil el calor nativo.

Los instrumentos vitales
cesaban ya en su ejercicio;
ocioso el copo en Laquesis,
el huso en Cloto baldío.

Átropos sola, inminente,
con el golpe ejecutivo,
del frágil humano estambre
cercenaba el débil hilo.

De aquella fatal tijera,
sonaban a mis oídos,
opuestamente hermanados
los inexorables filos.

En fin, vino Dios a verme;
y aunque es un susto muy fino
(lo que es para mí), mayor
el irlo a ver se me hizo.

Esperaba la guadaña,
todos temer los sentidos,
toda confusión el alma,
todo inquietud el juicio.

Queriendo ajustar de prisa
lo que espacio he cometido,
repasaba aquellas cuentas
que tan sin cuenta he corrido.

Y cuando pensé que ya,
según quimeras de Ovidio,
embarcada en el Leteo
registraba los abismos,

del Can trifauce escuchaba
los resonantes ladridos,
benignos siempre al que llega,
duros siempre al fugitivo.

Allí miraba penantes
los espíritus precitos,
que el Orco, siempre tremendo,
pueblan de varios suspiros.

...

Miraba la proporción
de tormentos exquisitos,
con que se purgan las deudas
con orden distributivo.

Miraba cómo hacer sabe
de las penas lo intensivo,
desmentidoras del tiempo,
juzgar los instantes siglos.

Y volviendo de mis culpas
a hacer las cuentas conmigo,
hallé que ninguna pena
les sobraba a mis delitos.

antes bien, para mis culpas,
dignas de eterno suplicio,
por temporales pudieran
parecerles Paraíso.

Aquí, sin aliento el alma,
aquí, desmayado el brío,
el perdón, que no merezco,
pedí con mentales gritos.

El Dios de piedad, entonces,
aquel Criador infinito
cuya voluntad fecunda
todo de nada lo hizo,

concediéndose a los ruegos
y a los piadosos suspiros,
o lo que es más, de su Cuerpo
al sagrado Sacrificio,

del violento ardiente azote
alzó piadoso el castigo,
que me dio como recuerdo
y conozco beneficio;

y con aquel vital soplo,
con aquel aliento vivo,
dio segunda vida a este
casi inanimado limo. [...]

Sabed que cuando yo estaba
entre aquellos paroxismos
y últimos casi desmayos
que os tengo referidos,

me daba gran desconsuelo
ver, que a tan largo camino,
sin todos mis Sacramentos
fuese en años tan crecidos.

...



La experiencia con la muerte es muy gráfica en estos versos escritos como producto de “aquellos paroxismos y últimos desmayos”, resultados a su vez del tabardillo a los que se refiere este romance.

En un soneto (MP: 186, p. 299) a la virreina Leonor Carreto, marquesa de Mancera (1664-1673), le habla también de un padecimiento del que —ella, Sor Juana— se vio al borde de la muerte: “Convaleciente de una enfermedad grave, discreta con la Señora Virreina, Marquesa de Mancera, atribuyendo a su mucho amor aun su mejoría en morir”.

En la vida que siempre tuya fue,
Laura divina, y siempre lo será,
la Parca fiera, que en seguirme da,
quiso asentar por triunfo el mortal pie.

Yo de su atrevimiento me admiré:
que si debajo de su imperio está,
tener poder no puede en ella ya,
pues del suyo contigo me libré.

Para cortar el hilo que no hiló,
la tijera mortal abierta vi.
¡Ay, Parca fiera!, dije entonces yo;
mira que sola Laura manda aquí.
Ella, corrida, al punto se apartó,
y dejóme morir sólo por ti.

El romance a Fray Payo de Ribera y el soneto a la virreina de Mancera parecen referirse a la misma enfermedad cuyas “tijeras” podrían ser de principios de los años setenta; en el epígrafe del soneto se dice “convaleciente”, esto es de una enfermedad reciente, que tuvo que ser en esos primeros años de los setentas y antes de diciembre de 1673, que fue cuando los de Mancera dejaron de ser virreyes en la Nueva España (15 de octubre de 1664-20 de noviembre de 1673).

Con la tristeza en el corazón, Sor Juana compuso tres sonetos fúnebres a dicha virreina, muerta en Tepeaca en el mes de abril de 1674: “En la muerte de la Excelentísima Señora Marquesa de Mancera (187: “De la beldad de Laura enamorados”; 188: “Bello compuesto en Laura dividido”; 189: “Mueran contigo, Laura, pues moriste”). Fue la primera muerte de una mujer tan cercana, querida y respetada por la joven Juana Ramírez, quien (alrededor de 1666) había escrito un soneto “A la muerte del Rey Felipe IV” (185) y años

después tres sonetos “A la muerte de. Excelentísimo Duque de Veraguas” (190, 191 y 192). Perfectos en su factura, pero ninguno tan sentido como los dedicados a Leonor Carreto, en los que la carga emocional acompañó a la perfección del arte.

Nuestra poeta no sólo escribió sobre la muerte sino también sobre el suicidio. Lo vemos en sus sonetos “Engrandece el hecho de Lucrecia” (153) y en “Nueva alabanza del mismo hecho” (154).¹⁰ Rozó también el tema del aborto involuntario y trágico cuando habla de Julia, esposa de Pompeyo, en su soneto “Admira, con el suceso que refiere, los efectos imprevenibles de algunos acuerdos” (155). Vuelve al tema del suicidio cuando escribe el soneto (156): “Contrapone el amor al fuego material, y quiere achacar remisiones a éste, con ocasión de contar el suceso de Porcia” y versa cuando se “Refiere con ajuste, y envidia sin él, la tragedia de Píramo y Tisbe” (soneto 157). La pluma de la escritora desarrolló el tema de la muerte, el duelo y la tragedia en poemas mitológicos, históricos, del gobierno español y novohispano, y de dolor personal, como en el caso de los sonetos dedicados a su muy amada virreina de Mancera, quien la trató casi como a una hija. Hasta el momento no sabemos si Sor Juana escribió algún poema por la muerte de su madre —Isabel Ramírez, muerta en 1688—, de su hermana María —muerta en 1691— o de algunos de sus familiares o amigos más cercanos. La intimidad de Sor Juana iba muy adentro de su persona, de su vida.

Nos acercamos a abril de 1695

¿Y qué pasó con la propia muerte de Sor Juana? Vayamos a San Jerónimo y al año de 1695, donde empecé esta lectura. 1) El lunes 10 de enero murió Sor Antonia de San Jacinto (había profesado en San Jerónimo el 25 de agosto de 1660, casi nueve años antes que Sor Juana; esto es, con otras monjas, recibió a la joven Juana en San Jerónimo y, de las monjas que murieron en 1695, fue quien más años tenía de haber profesado). 2) Un mes y una semana después, el viernes 18 de febrero, murió Sor Agustina Juana del Santísimo Sacramento

¹⁰ *Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz I Lirica personal* Edición de Antonio Alatorre. México: Fondo de Cultura Económica, 2009, pp. 396-400.



(había profesado el 29 de enero de 1669, casi un mes antes de que Sor Juana profesara; puede decirse que eran entre ellas de lo más contemporáneas, llegaron y se fueron de San Jerónimo casi al mismo tiempo). 3) Un día después, el sábado 19 de febrero, murió la muy joven Sor Teresa de San Bernardo (estaba a punto de cumplir un año de haber profesado, el 21 de febrero de 1694). 4) Un mes más tarde, el domingo 20 de marzo, murió Sor Ángela del Santísimo Sacramento (había

profesado el 8 de julio de 1683, años después de Sor Juana quien, con otras monjas como Sor Antonia de San Jacinto que había muerto un mes y diez días antes, le dio la bienvenida). Llega abril, el mes en el que más muertes hubo en San Jerónimo. 5) El viernes 1º de abril murió Sor María Josefa de San Juan (había profesado el 26 de julio de 1677, más de ocho años después de Sor Juana y muerta casi dos semanas antes que ella). 6) El domingo 17 de abril murió Sor Juana Inés de la Cruz

(había profesado el 24 de febrero de 1669; murió un mes después de Sor Agustina Juana del Santísimo Sacramento, quien había profesado un mes antes de Sor Juana). 7) Ocho días después, el lunes 25 de abril, murió el Lic. José Álvarez, sacristán de San Jerónimo, único hombre en morir cercano a las monjas jerónimas. 8) El sábado 30 de abril murió Sor María Teresa de la Purificación (había profesado el 7 de julio de 1683, un día después de Sor Ángela del Santísimo Sacramento, quien había muerto casi un mes antes; situación similar a la de Sor Agustina Juana del Santísimo Sacramento y Sor Juana. Ese año fue mortal literalmente para el convento femenino jerónimo novohispano. El mes de abril cerró con siete de sus monjas muertas y el fallecimiento de su sacristán: ¡ocho muertes de personas localizadas en el mismo lugar y en tan sólo dos meses! Días aciagos, de duelo, de luto en San Jerónimo. Una de dichas monjas marcó con su tinta y sus huellas el lugar de su creación sacra, profana, excepcional. El nombre de San Jerónimo cedió al de Sor Juana Inés de la Cruz, de convento a universidad, mudaron los trajes, cambiaron los hábitos.

La muerte de Sor Juana Inés de la Cruz en abril de 1695 sucedió entre otras, fue una muerte colectiva, como lo fue su vida con sus hermanas jerónimas, sus “amadas hermanas”. En la cercanía conventual, con la tristeza colectiva y la gran tristeza que atravesó San Jerónimo, poco a poco vino la resignación religiosa y también vinieron los recuerdos, las nostalgias (“yo conocí a la madre Juana”, “me vio y me dijo”, “nunca se apagó la vela de su celda”), las anécdotas, las tristes sonrisas, la alegría de haber convivido con Sor Juana Inés de la Cruz.

Es interesante la cita del Padre José Herrera acerca de Sor Teresa de San Bernardo (y copio): “la ‘benjamina’ le decían, por haber sido una joven religiosa, a la que la madre contadora le enseñó a cocinar potajes de miel”.¹¹ Sor Juana en la cocina, enseñando a poner las especias y la miel. En diálogo feliz con las otras monjas, con la muy joven Teresa de San Bernardo: “Después, de que a vapor se cuezan las verduras, un poquito de sal, una untadita de miel, y dejar todo a reposar... mientras tanto, contemos, recemos, cantemos, leamos...” Imaginemos la escena: Sor Juana en la cocina enseñando a

hacer esos potajes, con la miel de las abejas del templo y de la poesía.

Eso fue a unos meses de la muerte de la muy joven Sor Teresa de San Bernardo y de Sor Juana Inés de la Cruz, “la San Agustín de las mujeres”, “*rara avis en terra*”, “rara mujer”. Y tan rara que, siendo grandísima intelectual, seguía guisando y, al hacerlo, propuso “las filosofías de la cocina”. Ya famosa en la Nueva España y en España, lo estuvo haciendo día con día hasta tiempos muy cercanos al día de su muerte: abril de 1695, cuando seca, escuetamente murió —y sin adjetivos, que éstos iban integrados a su nombre— Sor Juana Inés de la Cruz.

San Jerónimo, entre la cotidianidad, la fama y la sombra

En la realidad, las realidades, y en la ficción, en la historia de la gastronomía se ha de considerar el carácter social, de diálogo, de intercambio de signos y gestos, el carácter oral, de mímica, de cuchicheos, de dictado en voz alta, de escritura; de la práctica plural, familiar, un rito cotidiano que va de la cocina, de la mesa básica, necesaria, de subsistencia a la mesa de los manjares. Y en San Jerónimo, la mesa divina de la divina poeta, entre céfiros y flores, entre las jerónimas del siglo XVII que convivieron con Sor Juana en la salud y la enfermedad, en la cocina y la enfermería, en lo que fue su “pan nuestro de cada día”.

Sor Juana fue clara como el aceite (citado en su poesía), aceite puro, aceite virgen. Echó pizcas de sal a sus versos. Le sacó miel a las palabras. Sus buñuelos son sus poemas. Su poesía, garbanzo de libra; su sangre, una firma sin precio: invaluable.

Con la frase “Dios me haga santa” selló su juramento en el *Libro de profesiones* del convento de San Jerónimo. Apostó y ganó con la hoja santa de su poesía. Sor Juana Inés de la Cruz adelantó su epitafio:

Aquí arriba se ha de anotar el día de mi muerte mes y año, suplico por amor de Dios y de su purísima Madre, a mis amadas hermanas, las religiosas que son y en lo adelante fueren, me encomienden a Dios, que he sido y soy la peor que ha habido. A todos pido perdón por el amor de Dios y de su Madre. Yo, la peor del mundo.
Juana Ynés de la Cruz.

Fue y sigue siendo, “la mejor”, a 325 años de su muerte. ●

¹¹ Véase Soriano Vallès, *op. cit.*, p. 418).

El clamor de la fama

M A R G O G L A N T Z



La notoriedad de Sor Juana Inés de la Cruz (1648¿51?-1695) fue inmensa mientras vivió y las ediciones de sus obras, tres tomos varias veces reeditados en España —en total 20 ediciones, de 1689 a 1725—, son prueba irrefutable de su triunfo, como lo son también estos versos de un admirador español: “Sabed, que donde muere el sol, y el oro/ dejar por testamento al clima ordena,/ le nació en Juana Inés otro tesoro/, que ganaba al del sol en la cuantía...” Transformada en oro intelectual, vista como el más “noble” producto de las entrañas de la tierra americana, Sor Juana, coronada de epítetos, gracias a ese proceso de mitificación, se convierte en la Décima Musa, en un Fénix de los Ingenios, en una Sibila, en verdad, la última gran figura de los Siglos de Oro, la más insigne poeta de “las dos Españas”.

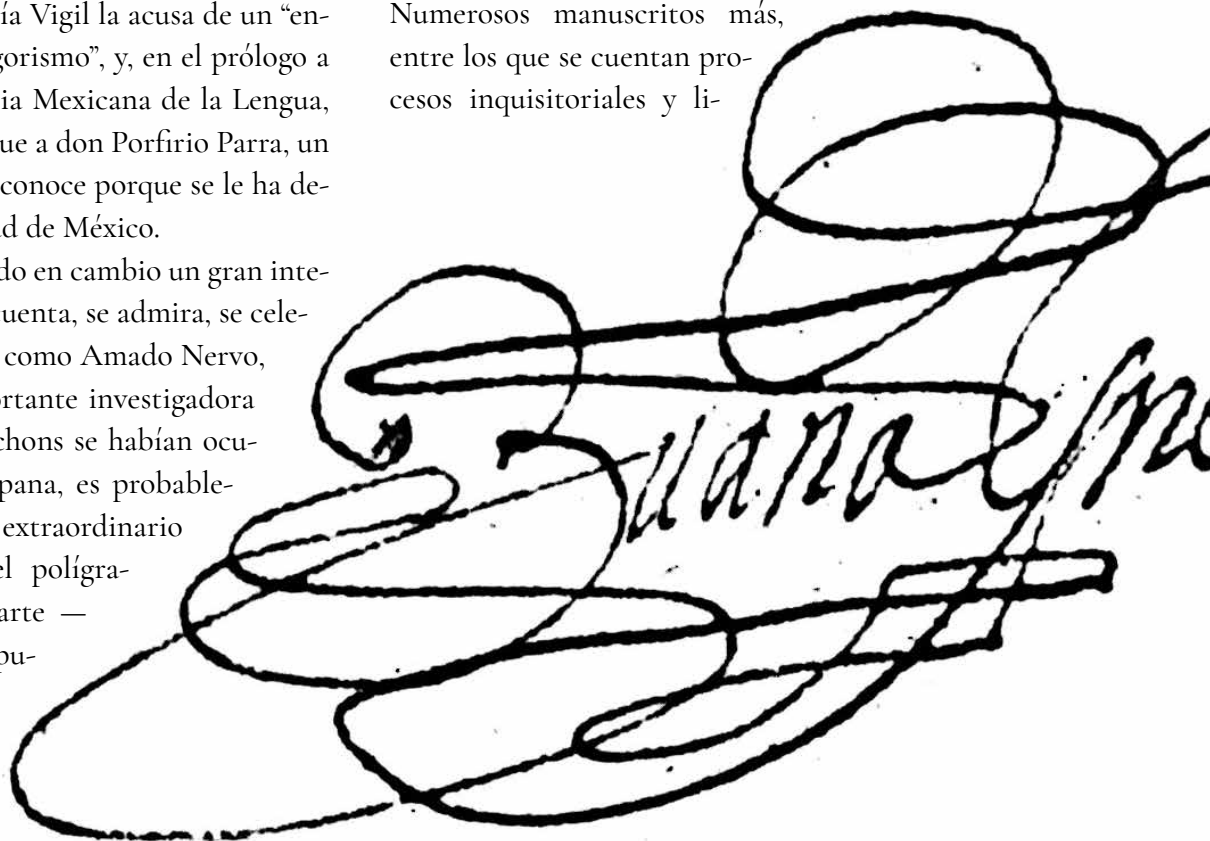
A partir del segundo tercio del siglo XVIII su fama se fue apagando, como la de Góngora, y en el siglo XIX los juicios despectivos estuvieron a la orden del día: el historiador mexicano García Icazbalceta hablaba de una absoluta depravación del lenguaje; el filólogo español Menéndez Pelayo de la pedantería y aberración del barroco; el crítico mexicano Francisco Pimentel aseguraba que en el Seiscientos sólo hubo una persona en México que escribiera pasablemente, Sor Juana y, aún ella, “rara vez correcta”, pues, “todo lo arrasa el gusto pervertido”; José María Vigil la acusa de un “enmarañado e insufrible gongorismo”, y, en el prólogo a la Antología de la Academia Mexicana de la Lengua, le concede menor espacio que a don Porfirio Parra, un positivista, que hoy sólo se conoce porque se le ha dedicado una calle en la ciudad de México.

El siglo XX ha demostrado en cambio un gran interés por ella y su obra se frecuenta, se admira, se celebra. Aunque varios autores como Amado Nervo, Villaurrutia y la muy importante investigadora estadounidense Dorothy Schons se habían ocupado de la monja novohispana, es probablemente a partir del trabajo extraordinario —aunque perfectible— del polígrafo Alfonso Méndez Plancarte —quien en 1951 empezó a publicar la edición crítica de sus *Obras completas*— que proliferaron los ensayos sobre la obra de la monja. Esa atención

crítica culminó con el importante libro *Las trampas de la fe* de Octavio Paz, a principios de la década del 80, texto que en gran medida internacionalizó su figura.

En verdad, su vida atrae tanto o quizá más que su obra: no es casual que en los últimos años se hayan descubierto nuevos textos a ella atribuidos, como la extraordinaria *Carta al Padre Núñez*, encontrada en 1980 por el Padre Aureliano Tapia Méndez en Monterrey. Asimismo, los *Enigmas ofrecidos a la casa del Placer*, 20 poemas manuscritos que Sor Juana envió a sus pares, las monjas y poetisas portuguesas, a instancias de su mecenas, María Luisa Manrique de Lara, Condesa de Paredes, Marquesa de la Laguna, manuscrito descubierto en la Biblioteca Nacional de Lisboa por el profesor Enrique Martínez López quien dio cuenta de su hallazgo en un congreso de Hispanistas celebrado en México en 1968, descubrimiento apenas atendido cuando, en 1994, Antonio Alatorre publicó la edición crítica en El Colegio de México. Es justo mencionar que Marie-Cécile Bénassy-Berling lo había mencionado desde antes.

La publicación en 1995 de la *Carta de Sor Serafina de Cristo* por Elías Trabulse, quien la atribuía a Sor Juana, dio origen a otro libro de Antonio Alatorre quien, junto con Marta Lilia Tenorio, publicó en 1998 su libro *Sor Serafina y Sor Juana* negando dicha autoría. Numerosos manuscritos más, entre los que se cuentan procesos inquisitoriales y li-



belos (obligadamente anónimos), han sido detectados por los investigadores en el Archivo General de la Nación y otras bibliotecas y archivos de América Latina, España y los Estados Unidos; verifican la existencia de una enconada polémica a favor o en contra de la monja novohispana, suscitada por la publicación en 1690 de su *Carta Athenagórica*, persecución que ella misma denunció en su *Respuesta a Sor Filotea*, personaje que, como bien sabemos, era nada menos que el Obispo de Puebla, Manuel Fernández de Santa Cruz, travestido de monja. En este sentido, y para mencionar solamente algunos, estarían los documentos descubiertos en la Biblioteca Nacional de Lima por José Antonio Rodríguez Garrido: *Defensa del Sermón del mandato* de Pedro Muñoz de Castro y el *Discurso apologético en Respuesta a la Fe de erratas que sacó un soldado sobre la Carta Athenagórica*, documentos que dialogan con la *Respuesta* de la monja y demuestran que, como ella lo asegura allí, tuvo muchos detractores y defensores a raíz de la publicación de ese texto.

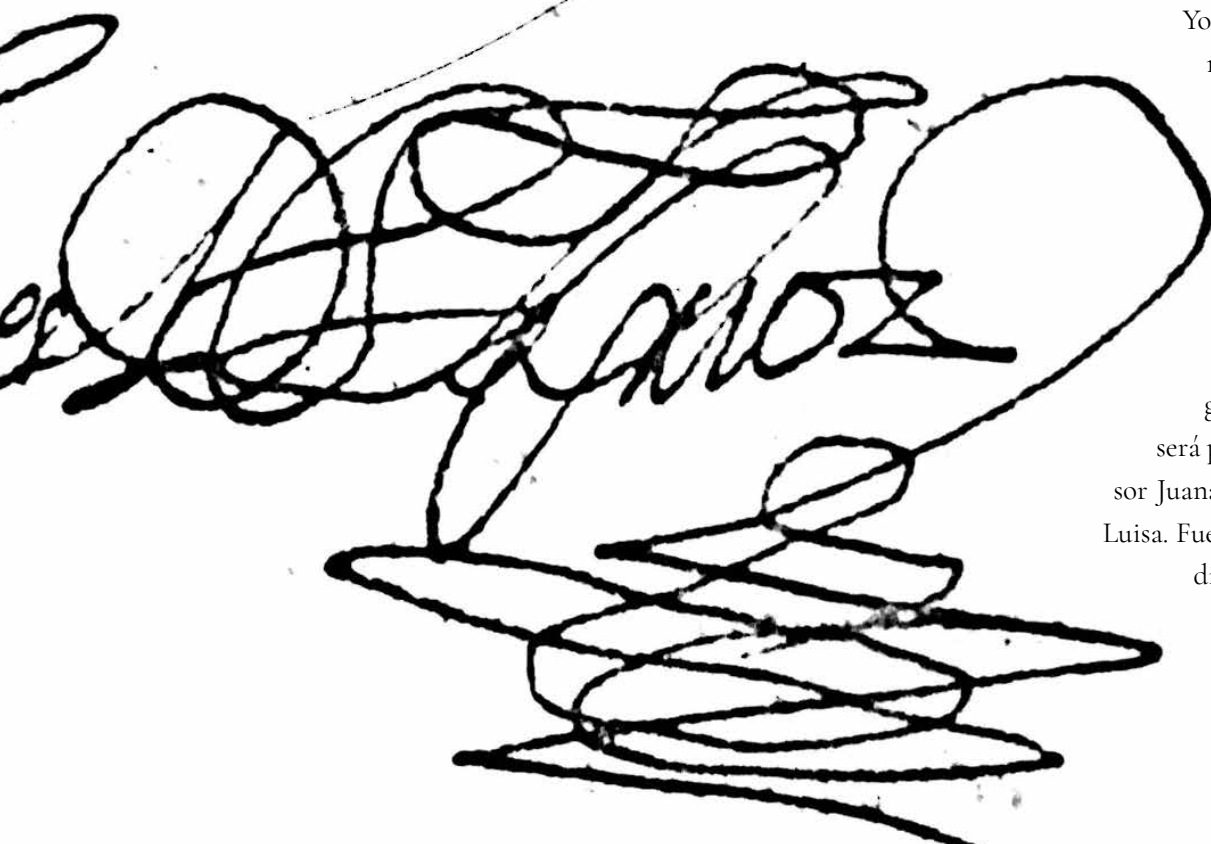
En agosto de 2001 otra noticia alebrestó a los sorjuanistas: la posible (¿y muy dudosa?) atribución de una loa eucarística a la niña Juana: el historiador Augusto Vallejo Villa encontró en Amecameca, entre otros documentos, una “Loa satírica en una comedia en la festividad de Corpus Christi, hecha y realizada en Tlayacapan en 1682. “Dicho texto escrito en náhuatl y castellano sería la supuesta loa eucarística que

Sor Juana escribiera cuando tenía 8 años de edad, según las noticias que de ella dio su protobiógrafo, el Padre Diego Calleja, en su *Aprobación* a la edición de 1700 de la *Fama y Obras Póstumas* de la monja: me contento con remitir a los estudiosos que se interesen en este asunto a los trabajos que sobre este tema ha emprendido Sara Poot Herrera. Insisto: en este breve texto me contento con señalar ciertos documentos encontrados desde finales del siglo XX a la fecha y me abstengo de mencionar muchos de los múltiples textos que la obra y vida de la jerónima han provocado entre sus numerosos seguidores y estudiosos.

¿Y qué decir de lo que publicara Antonio Alatorre, en ocasión de la celebración de los 350 años del nacimiento de Sor Juana, en noviembre del 2001, si fuera cierto que nuestra escritora nació en 1651, como ella lo pretendía? Alatorre verbalizó lo que desde hace tiempo varios sorjuanistas venían insinuando: la existencia de una verdadera pasión amorosa entre la monja novohispana y su Mecenas, la Lisy de sus sonetos, romances y loas, la Virreina de México de 1680 a 1686, la misma que promovió la publicación de sus obras en España, y en 1694 convocó a las monjas portuguesas para que se reunieran en una casa de placer (o *casa do prazer*), un placer en verdad inocente, porque en ese recinto de papel sólo se escribían versos de altísima calidad:

Yo no creo que sea descabellado ni dogmático decir que Sor Juana ignoró el amor humano mientras vivía “en el siglo”; lo conoció cuando vivía en el claustro. Lo que dice Francisco de las Heras [secretario de la Marquesa de la Laguna] no tiene vuelta de hoja: será por esto, será por lo otro, pero sor Juana estaba enamorada de María Luisa. Fue su relación con ella lo que le dio, y muy agudamente, *la experiencia del amor*.

Sin comentarios. ●





1695

ENERO

† 10 de enero

María Antonia
de San Jacinto
(Profesión nº 235),
con 35 años de monja.

FEBRERO

† 19 de febrero

María Teresa de
san Bernardo
(nº 314), con un
año de monja.

MARZO

† 18 de febrero

Agustina Juana
del Santísimo
Sacramento
(nº 249), con 26
años de monja.

20 de marzo †

Ángela del
Santísimo
Sacramento
(nº 278), con 12
años de monja.

Crónica verdadera de la muerte de Sor Juana Inés de la Cruz

GUILLERMO SCHMIDHUBER DE LA MORA

Universidad de Guadalajara

† 1 de abril

Deceso de María Josefa de San Juan
(nº 263), con 18 años de monja.

17 DE ABRIL
DECESO DE SOR JUANA
(Profesión nº 251), entre
sábado y domingo.



Este año 2020 en que conmemoramos los 325 años del fallecimiento de Sor Juana Inés de la Cruz, es imperante escribir una crónica fehaciente con los documentos que nos ha legado la historia. *El Libro de Profesiones del convento de San Jerónimo* enlista a 150 monjas con su nombre de religiosa, los nombres de sus padres, la fecha de su profesión y la fecha de su muerte, así como otros datos esclarecedores incluidos en el texto de su profesión.¹ En este artículo está incluida toda la información que rodeó su deceso.

La información de la muerte de la monja escrita por Diego Calleja afirma: “Entró en el convento una epidemia tan pestilencial, que de diez religiosas que enfermasen, apenas convalecía una”.² Por otro lado el

Diario de Antonio de Robles escrito en esos años anota con mayor cautela: “Domingo 17, murió a las tres de la mañana en el convento de San Jerónimo la madre Juana Inés de la Cruz, insigne mujer en todas facultades y admirable poeta; de una peste han muerto hasta seis religiosas”.³ La información que pudiéramos calificar de oficial, el *Libro de Profesiones del Convento de San Jerónimo de México* testifica que en los tres meses anteriores al fallecimiento de Sor Juana el 17 de abril de 1695, murieron una religiosa en enero, dos en febrero, otra en marzo y una más en abril. Posteriormente al 17 de abril, falleció únicamente una religiosa, el 30 de abril; Sorprende constatar que es hasta el siguiente año en que se registra otro deceso, el 5 de enero de 1696. En una palabra, no hubo una epidemia urbana sino dentro del claustro murieron seis religiosas incluyendo a Sor Juana.

En el *Libro de profesiones* está asentado el nombre de las cinco monjas que murieron antes del deceso de Sor Juana en 1695:

¹ De Juana Inés de Asuaje a Juana Inés de la Cruz. *El Libro de Profesiones del Convento de San Jerónimo de México* (México: Instituto Mexiquense de Cultura, 2013). Edición y estudio introductorio de Olga Martha Peña Doria y Guillermo Schmidhuber.

² *Fama y Obras Póstumas*, tercer tomo de obras completas de Sor Juana, editado en Madrid en 1700, por Juan Ignacio de Castorena y Ursúa. Este texto carece de paginación.

³ Antonio de Robles, *Diario de sucesos notables* (México: Imprenta Juan R. Navarro, 1853: 166).

- 10 de enero. María Antonia de San Jacinto (Profesión nº 235), con 35 años de monja.
- 18 de febrero. Agustina Juana del Santísimo Sacramento (nº 249), con 26 años de monja.
- 19 de febrero. María Teresa de san Bernardo (nº 314), con un año de monja.
- 20 de marzo. Ángela del Santísimo Sacramento (nº 278), con 12 años de monja.
- 1 de abril. María Josefa de San Juan (nº 263), con 18 años de monja.
- El deceso de Sor Juana fue el 17 de abril, (Profesión nº 251), entre sábado y domingo.

Los cinco fallecimientos posteriores a esta fecha fueron:

- 30 de abril de 1695. María Teresa de la Purificación (Profesión nº 282), monja por 11 años.
- 5 de enero de 1696. Agustina de la Madre de Dios (nº 205), monja por 50 años.
- 19 de febrero de 1696. Andrea de la Encarnación (nº 174), monja por 59 años.
- 8 de abril de 1696. María Bernardina de la Trinidad (nº 197), con 52 años de monja.
- 13 de diciembre de 1696. Antonia de San Francisco (nº 232), con 38 años de monja.

El promedio de vida religiosa de las cinco monjas fallecidas antes de Sor Juana es 18.4 años, en un lapso de quince meses; mientras que el promedio de vida religiosa de las cinco monjas cuyo deceso es posterior al de Sor Juana, es de 52 años, en un lapso de un año y nueve meses. Los datos históricos registrados en el *Libro de profesiones* contradicen la gravedad de la “epidemia pestilencial”.

Para comprender más esos infaustos cuatro primeros meses de 1695 conviene enlistar las efemérides incluidas en el *Libro de profesiones*, el calendario litúrgico y el *Diario* de Antonio de Robles (AR).⁴ A continuación se incluye el cronograma de enero a abril:

Enero de 1695

- Lunes 3. Séptimo aniversario luctuoso de la madre de Sor Juana, doña Isabel Ramírez (muerta en 1688).
- Sábado 8. “Era el tiempo de la amenaza de piratas. Vino correo de Acapulco con noticia de cómo salió una embarcación con cincuenta hombres y vio un navío con enemigos” (AR).
- Domingo 9. Primera Dominica ordinaria.
- Lunes 10. Muere en el convento de San Jerónimo, Sor María Antonia de San Jacinto (nº 235), con 35 años de monja. Sor Juana anota la fecha de la muerte en el Libro de profesiones.
- Martes 11. “Fueron los años del virrey; hubo sobre tarde carreras de los condes y alcaldes, caballeros y criados del virrey, uno de los cuales se quebró una pierna; hubo mucho concurso y palenque y tablado en la plazuela” (AR).
- Viernes 14. “Murió Juan García Ramón, que fue prior del consulado” (AR).
- Domingo 16. Segunda Dominica ordinaria.
- Lunes 17. “Enterraron a Navia, el portero de la inquisición” (AR).
- Viernes 21. Festividad de Santa Inés.
- Domingo 23. Tercer Dominica ordinaria.
- Domingo 30. Cuarta Dominica ordinaria.
- Lunes 31. “A la tarde fueron los virreyes a la Santísima Trinidad a una comedia que les tuvo el abad” (AR). No hubo ninguna vocación en el primer mes de 1695 en el convento de San Jerónimo.

Febrero de 1695

- Miércoles 2. La Candelaria, festividad de la presentación del niño Jesús en el templo.
- Sábado 5. “Día de San Felipe de Jesús, primer santo mexicano con predicaciones en las Capuchinas y en catedral; a ésta última asistió el virrey, arzobispo y audiencia” (AR).
- Domingo 6. Quinta Dominica ordinaria. “Puso la primera piedra sobre [la] tarde el señor arzobispo Aguiar y Seijas para comenzar la iglesia de las monjas de San Juan” (AR).
- Martes 8. Muere la madre Agustina Juana del Santísimo Sacramento (nº 249), en el convento de san Jerónimo, llegó a tener 26 años de monja. Sor Juana anota la fecha de defunción en el Libro de Profesiones.

⁴ Antonio de Robles, *Diario de sucesos notables, en Documentos para la historia de Mejico [sic]*. (México: Imprenta de Juan R. Navarro, 1853: 74-82). Para el calendario litúrgico: <http://www.hablarcondios.org/calendarioliturcicoperpetuo.asp>



- *Miércoles 16.* Miércoles de Ceniza: inicia cuaresma con la imposición de la ceniza.
- *Lunes 14.* “Murió doña Isabel de Villegas, condesa de Santiago, y la enterraron el 15 en la iglesia de San Francisco; la llevaron en coche. Derribó el caballo al virrey en Tacuba y le cayó encima; ha estado enfermo” (AR).
- *Jueves 17.* “Murió el Padre Antonio Núñez, de la Compañía, a los setenta años de su edad, predicador apostólico; más de treinta y cinco años gastó en servicio de la Congregación de la Purísima” (AR).
- *Viernes 18.* Muere en el convento de San Jerónimo, Sor Agustina Juana del Santísimo Sacramento (nº 249), con 26 años de monja. Sor Juana anota esta defunción en el Libro de profesiones.
- *Sábado 19.* Muere en el convento de San Jerónimo, Sor María Teresa de san Bernardo (nº 314), con un año de monja.⁵ Sor Juana asienta en el Libro de profesiones la fecha de su muerte.
- *Domingo 20.* Primera Dominica de Cuaresma.
- *Domingo 27.* Segunda Dominica de Cuaresma. “La virreina le dio el mal de sangre” (AR).
- *Lunes 28.* No ha habido ninguna vocación en los dos primeros meses del año 1695 en el convento de San Jerónimo.

Marzo de 1695

- *Jueves 3.* “Empezó el triduo en acción de gracias a nuestra señora de los Remedios de Catedral. Ese día encontraron muerto en San Agustín, encerrado en su celda, a Fray Diego Sánchez” (AR).
- *Sábado 5.* “La ciudad de fiesta con incendio [de velas] en nuestra Señora de los Remedios” (AR).
- *Domingo 6.* Tercera Dominica de Cuaresma.
- *Lunes 7.* “A las cuatro de la tarde llevaron a la Virgen de los Remedios a su ermita. Desde la Veracruz fue en la carroza el virrey, y la virreina lo esperó en su ermita; fue el arzobispo, audiencia, religiones y mucho concurso, hubo fuegos pirotécnicos” (AR).
- *Martes 8.* Los virreyes están en los Remedios y regresan la tarde del martes 15 (AR).

⁵ Sor María Teresa de san Bernardo ingresó el 21 de febrero de 1694 y murió el 19 de febrero de 1695.

- *Miércoles 16.* “Murió de repente en el convento de San Bernardo, la [madre] Cuéllar y otra hermana, Teresa de San José, a las seis” (AR).
- *Domingo 13.* Cuarta Dominica de Cuaresma.
- *Sábado 19.* Festividad de San José, patrono del Convento de San Jerónimo.
- *Domingo 20.* Quinta dominica de Cuaresma y muerte de Sor Ángela del Santísimo Sacramento (nº 278), con 12 años de monja. Sor Juana anota la fecha del fallecimiento en el Libro de profesiones.
- *Viernes 25.* “Día de nuestra señora de la Anunciación, salió la procesión de la iglesia de la Merced [donde reposaban los restos mortales de Isabel Ramírez, madre de Sor Juana].⁶ Este día puso el señor arzobispo D. Francisco de Aguiar y Seijas “la primera piedra para hacer la iglesia nueva del santuario de nuestra señora de Guadalupe; asistió el virrey y la audiencia” (AR).
- *Domingo 27.* Dominica de Ramos. “Enterraron en el colegio de la Santísima Trinidad al racionero Sebastián de Leiva, que murió el día anterior” (AR).
- *Lunes Santo 28.* “Salió la procesión de Santa María La Redonda; volvió a las ocho de la noche y se recogieron de limosna ocho arrobas de cera y 100 pesos” (AR).
- *Jueves Santo 31.* “Salió la procesión de la Santísima Trinidad, muy excelente; salieron más de doscientos hombres y los armados. No ha habido ninguna vocación en el convento de San Jerónimo en los tres primeros meses del año” (AR).

Abril de 1695

- *Viernes 1º.* Viernes Santo. Muere en el convento de San Jerónimo, María Josefa de San Juan (nº 263), con 18 años de monja. Sor Juana anota la fecha de la muerte en el Libro de profesiones. Ésta es la última entrada que escribió Sor Juana en este libro, la siguiente anotación sería de Sor María Gertrudis de San Eustaquio para registrar el fallecimiento de Sor Juana.
- *Domingo 3.* Dominica de Pascua. “Murió en el santuario de nuestra Señora de los Remedios, el Lic.

⁶ Guillermo Ramírez España, *La familia de Sor Juana. Documentos inéditos* (México: Imprenta Universitaria, 1947: xix).





Sánchez; dejó por heredera a la Virgen Santísima” (AR).

- *Martes 5.* “Este día no ha habido maíz en la alhóndiga, ni el jueves tampoco” (AR).
- *Viernes 8.* “Renunció el corregimiento de esta ciudad de México y el sábado 9 entró el nuevo corregidor D. Carlos Tristán del Pozo” (AR).
- *Domingo 10. Dominica de Pascua.* “Tomó el hábito en Santa Teresa, la hija de D. Diego de Bustos; hubo muchos fuegos” (AR).
- *Martes 12.* “Hubo cabildo para no admitir la renuncia del corregimiento que hace D. Teobaldo Gorraez” (AR).
- *Miércoles 13.* Festividad de San Hermenegildo, santo querido por las jerónimas porque el lugar de su martirio colinda con el convento jerónimo de Sevilla.
- *Sábado 16.* “Salió por provincial de la iglesia de la Merced, D. Francisco Jara, quien era comendador de México y siéndolo hizo nueva la torre y campanas, que se estrenaron con el repique de su provincialato” (AR).
- *Domingo 17.* Tercera dominica de Pascua, día de la muerte Sor Juana, a las tres de la mañana (cuatro de la mañana según Diego Calleja): “Insigne mujer en todas facultades y admirable poeta; de una peste han muerto hasta seis religiosas; imprimiéronse en España dos tomos de sus obras, y en esta ciudad muchos villancicos; asistió todo el cabildo en la Iglesia de San Jerónimo, y la enterró el canónigo Dr. D. Francisco de Aguilar” (AR). Sor María Gertrudis de San Eustaquio escribió en el Libro de profesiones: “Murió a Diecisiete de 17 de Abril de 1695. M. Juana Inés de la Cruz”.
- *Miércoles 20.* “Honras fúnebres del padre Antonio Núñez en la iglesia de San Pedro y San Pablo; dijo la misa el cura de la catedral, D. Alonso Alberto de Velasco; predicó el padre José Porras; asistió el virrey, ciudad y religiones y lo más ilustre de México” (AR). El Padre Antonio había muerto el 17 de febrero.
- *Lunes 25.* “Murió el Lic. José Álvarez, sacristán de San Gerónimo” (AR).

En el Convento de San Jerónimo la vida debió continuar a pesar de la muerte de su afamada monja y del

vacío creciente sin nuevas vocaciones en el convento, porque después de la profesión de Sor Catalina del Sacramento el 7 de octubre de 1694, ninguna profesión hubo en el año en que murió de Sor Juana; fue hasta el año siguiente, el 21 de enero de 1696 cuando profesó Sor Francisca Antonia de San Juan. Nunca antes había habido tal sequía de profesiones en tan afamado convento.

La información incorporada en el presente artículo es la única con que contamos y no podemos permitir lucubraciones para llenar los vacíos. Así que la descripción de la muerte de la monja de la pluma de Calleja parece una imaginaria biografía hagiográfica: “Recibió muy a punto los sacramentos con su celo catolicísimo y en el de la eucaristía mostró confianza de gran ternura, despidiéndose de su Esposo a más ver y presto. El rigor de la enfermedad que bastó a quitarla la vida, no la pudo causar la turbación más leve en el entendimiento, y como fiel amigo, la hizo compañía hasta los últimos suspiros, que recibida la extremaunción, arrojaba ya fríos y tardos, menos en las jaculatorias a Cristo y su bendita Madre, que no los apartaba ni de su mano, ni de su boca” (s. d.).

En el futuro acaso pudiéramos descubrir alguna información perdida. Por ejemplo, recuperar la *Oración fúnebre* que Carlos de Sigüenza escribió para la muerte de Sor Juana; texto que hoy consideramos perdido. Sin embargo Harold Dijon, un investigador norteamericano, escribe en 1893: “En el lecho de muerte de una pobre mujer, a quien momentos antes ella había ayudado a preparar para bien morir, la madre Juana expiró”. Este crítico afirma haber leído la *Oración fúnebre* de Carlos de Sigüenza, de este texto se cita la siguiente línea: “Una piedad que no conoció obstáculos en el camino del trabajo para la gloria de Dios y de los pobres de Dios”.⁷

Para beneficio nuestro, contamos con suficiente información para conocer cuándo y cómo sucedió la muerte de Sor Juana y por eso deberíamos apegarnos únicamente a lo que informan estos documentos. Y evitar así inútiles lucubraciones. ●

⁷ Harold Dijon escribió varios artículos sobre literatura colonial de la Nueva España en revistas católicas americanas. El artículo citado fue publicado en *The Messenger of the Sacred Heart of Jesus* (New York, septiembre 1893: 699-706).





Sor Juana, figura humanista

A N T O N I O C O R T I J O O C A Ñ A *

La figura de Sor Juana se presta a múltiples análisis que toman en cuenta diferentes facetas de su obra y personalidad. A mí me ha interesado, entre otros, el análisis de su condición de humanista, o, en palabras un tanto anticuadas, de sabia letrada, de décima musa. Sor Juana brilló en su propia época por su intelecto, y de ahí los epítetos anteriores con que fue conocida la monja jerónima y que hacían referencia eminentemente a su capacidad intelectual. De relevancia, pues, es intentar desentrañar el significado de los mismos.

En un primer análisis, la monja destaca por su capacidad erudita. Un repaso a las notas que pueblan la *editio magna* de Méndez Plancarte, o las abundantísimas de la edición en Cátedra de su *Neptuno alegórico*, o los estudios sobre el humanismo (latino) de Sor Juana dan buena prueba de su conocimiento minucioso de obras y autores de la tradición clásica y contemporánea. Y todo ello es, si cabe, más inusual al ocurrir en el caso de una mujer encerrada en el claustro conven-

tual. Queda probado que Sor Juana conocía bien su Virgilio y Ovidio, que manejaba con fluidez la obra de San Jerónimo, que estaba bien al tanto de la tradición mitográfica contemporánea italiana y española, o que conocía trabajos más recientes de figuras como Atanasio Kircher, entre muchos otros.

Pero la erudición es sólo un aspecto mínimo de su carácter letrado, de habitadora de esa *res publica litterarum* o república universal de las letras a la que ansiaban pertenecer los intelectuales de los siglos XV-XVII. Es semejante al análisis de la erudición en la obra de Lope de Vega o Calderón, por señalar un ejemplo, lectores voraces de historias contemporáneas, de clásicos y contemporáneos, de obras de la patrística. Todo lo cual no da cuenta cabal del genio de Lope o Calderón en las tablas ni del acierto de sus producciones. La obra de Sor Juana no puede (sólo) analizarse desde su erudición. Ha de analizarse en su totalidad, para así poder hacerse cuenta del *humanismo sorjuanino*.

VILLANCICOS,

QUE SE CANTARON EN LA SANTA
Iglesia Metropolitana de Mexico , en honor de
Maria Santísima Madre de Dios, en su Assump-
cion Triunfante , y se imprimieron
año de 1679.

Si tomamos un género específico, el de sus villancicos marianos, podemos descubrir algunas notas de interés en un género enmarcado en clichés fijos que permitían poco espacio a la originalidad. De entre los epítetos dedicados a la virgen, típicos de la tradición himnica cristiana medieval, Sor Juana parece entresacar el de *doctora*, que abunda por doquier en la obra de la monja. Al leer los villancicos en su totalidad, parece destacarse la capacidad intelectual de la virgen, que co-habita con su Hijo una creación dedicada a la gloria de este último. Podemos señalar el ejemplo de una predecesora ilustre de Sor Juana, Sor Isabel de Villena, y en su *Vita Christi* tardomedieval, escrita para las monjas de convento valenciano. Aunque la obra sigue de cerca los parámetros que le marcara el inspirador de esta tradición literaria, Ludolfo de Sajonia, la monja incide en los momentos de la vida de Cristo en que su madre ocupa especial relevancia. No es en vano que la crítica haya llamado a su obra una *Vita Mariae* más que una *Vita Christi*. Es decir, dentro del corsé rígido de una tradición literaria algunas figuras encuentran manera de resaltar aspectos novedosos en su presentación de la materia.

De mayor relevancia son las listas de mujeres ilustres que Sor Juana incluye en la serie de la *Carta atenagórica* y su *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*. Estamos, de nuevo, ante otro corsé literario que se enmarca en las obras del género *de mulieribus illustribus*. Especialmente abundante en el tardomedievo, con representantes ilustres como Boccaccio, creará un

género específico en la tradición literaria castellana del XV con diatribas como la del *Corbacho* o defensas de vario tipo en la que se ha dado en llamar *la cuestión candente* (inferioridad o superioridad de las mujeres) y que se colará en géneros de gran calado como el de la novelística sentimental. Lo que es curioso en la obra de Sor Juana es que algunas mujeres de su catálogo son especialmente significativas por su anomalía. Por ejemplo, Betitia Proba. Esta escritora de la latinidad tardía había intentado, ni más ni menos, en una serie de obras utilizar los ritmos de la epopeya virgiliana para escribir con ellos los evangelios cristianos. Estaba convencida la ilustre romana de que podía establecerse un puente entre la tradición más canónica de las letras romanas (Virgilio) y el nuevo mundo cultural cristiano, que entre ellos existía una especie de solución de continuidad. En el fondo debe incluirse a la autora dentro de la disputa del siglo IV del mundo cultural latino, que incluye nombres como el de San Agustín y su maestro San Ambrosio, que están a caballo entre su formación retórica y su acendrado cristianismo, intentando en ambos casos conjuntar dos paradigmas de referencia que a ellos se les antojan compatibles.

Trazar puentes o tender lazos de unión implica una labor de síntesis y de convergencia más que de desunión y ruptura. Y en el fondo la labor entera del primer humanismo de los siglos XIV y XV consiste en reivindicar un pasado remoto clásico para trasponerlo al presente y proyectarlo al futuro. Si la metáfora que se ha usado con mayor frecuencia es la que del

el Paxaro , el cristal , el pez , la
rosa.

Mas con ardor divino,
yá rompiendo las nubes,
subes, subes,
y en folio cristalino.
besan tus plantas bellas,
el Cielo, el Sol, la Luna , las Es-
trellas.

Yá espíritus dichosos,
que el Olympo componen,
ponen, ponen
á tus pies generosos,
con ardientes deseos,
Coronas, Cetros, Palmas, y
Trofeos.

No olvides pues gloriosa.
al que triste suspira;
mira , mira,
que ofreciste piadosa
ser de clemencia armada;
Auxilio , Amparo, Madre, y
Abogada.

Estribillo.

SOnoro clarin del viento,
refuene tu dulce acento,
toca, toca:
Angeles convoca,
y en mil Seraphines,
mil dulces clarines,
que haciendole salva;
con dulces cadencias saluden
el Alva.



VILLANCICO II.

Latino, y Castellano,

DIvina MARIA,
rubicunda Aurora;
matutina Lux,
purissima Rosa.

Luna, quæ diversas
ilustando zonas,
peregrina luces,
Eclipses ignoras.

Angelica Scala,
Arca prodigiosa;
pacifica Oliva,
Palma victoriosa.

Altamente culta,
castissima Flora
pensiles fecundas,
candida Pomona.

Tu, que coronando
conscientias devotas,
domas arrogantes,
debiles confortas.

Dominando excelsa,
imperando sola,
felices exaltas
mentes, quæ te adorant

Tu sustentat pia
gentes, quæ te implorant
dispensando gratias,
ostentando glorias.

Triumphando de culpa
tremenda Belona,
perfidas cervices
duramente domas.

Thalamos empyreos
ornas deliciosa,

aman-

renacimiento o rebrote de una semilla latente, en el fondo lo que implica es una proyección del pasado hacia el futuro que gira en torno a la reflexión sobre la dignidad del hombre, su papel central en el mundo, con énfasis principal en su capacidad intelectual y cognitiva y una reflexión prioritaria sobre la necesidad del desarrollo ético del ser humano en su búsqueda de la felicidad terrena. El modelo clásico, tanto el de las *belles lettres* como el de la reflexión filosófica del platonismo-aristotelismo y el estoicismo, son el punto de partida para una reflexión sobre el ser humano integral que supondrá un cambio de paradigma del teocentrismo al antropocentrismo.

Para Sor Juana, Betitia Proba es un modelo perfecto de *pontificado* (*pontifex maximus*, trazo máximo de puentes), de trasposición, de *traducción* (traducere, 'trasponer', 'conducir'). Y por ello no es curioso que insista en esta misma metáfora, central para el humanismo, en otra obra suya, el *Neptuno Alegórico*. La llegada inminente del nuevo virrey mexicano, marqués de la Laguna, da pábulo para que Sor Juana reciba el encargo de escribir unas palabras de bienvenida al mismo, que deben enmarcarse en otro género-cliché, es decir, anodino y hasta quizá tendente a la repetición y el tedio. Pero Sor Juana aprovecha la ocasión para lanzar todo un programa o manifiesto de gran calado. Utilizando en gran medida la erudición mitográfica, parte de la figura de Eneas, el gran *transmisor* o *trasponedor* o *traductor* de la cultura griega a la latina, que abandona una ciudad en inminente destrucción (Troya) para, a través de un periplo iniciático, fundar la ciudad de Roma. El mundo clásico griego continúa de esa manera en el romano, estableciendo una solución de continuidad entre los mismos. A través de un edificio de referencias sobre Atenea y Neptuno, dios de las aguas, la

monja enlaza el título del marqués de la Laguna con la Ciudad de México (ciudad sobre una laguna) para defender que la Nueva España guarda con España la misma relación de Grecia con Roma. Si Virgilio conseguía mediante su mito de Eneas dar para siempre legitimidad cultural a Roma, la monja intenta con su *Neptuno Alegórico* dar legitimidad cultural al mundo colonial frente a la metrópoli, de la misma manera que Betitia Proba intentara dar legitimación cultural al cristianismo frente al clasicismo pagano.

El humanista, enano aupado a hombros de gigantes, no hace sino representar en sí mismo ese mismo papel de *traductor*, de *transmisor*, de *proyector* de planos y mapas que aúnan tradición y modernidad. Esta misma idea encuentra otro punto de apoyo en la obra de Kircher sobre las tríadas divinas y su análisis de religión comparada. El jesuita alemán se había afanado, desde sus estudios de egiptología, por señalar un impulso trino o trinitario ínsito a todas las religiones del mundo y que las emparentaba de manera unitaria. Ello implica en el fondo un avance de la tesis y antítesis hacia la síntesis. Sor Juana recoge el relevo del jesuita y tanto en su *Neptuno Alegórico* como en su *Primero Sueño* se lanza a construir la idea del principio germinador de la *inteligencia*, trasunto de Isis y Atenea, motor virgíneo del *progreso* en su sentido de *avance* imparable en la línea de la historia. Desde la feminidad de dicho principio, Sor Juana aprovecha para ofrecer originalidad al género-cliché una vez más, lanzando con ello un manifiesto que reclama la legitimidad femenina para la intelectualidad. De Proba a la *Respuesta* pasando por el *Neptuno Alegórico* y el *Primero Sueño*, hay en la obra de la monja, como había en sus villancicos, una corriente subterránea que pone una marca de género a su reivindicación del letrado humanista como

CARTA
ATHENAGORICA
DE LA MADRE
JVANA YNES
DE LA CRUZ

constructor (consejero) de la república política. Es decir, a la legitimidad reivindicada de la colonia se une la legitimación buscada del género femenino.

Si la obra del jesuita Kircher tenía como punto de partida la labor de la tipología cristiana y su concepto de las *prefiguraciones*, otro intelectual cristiano de ámbito jesuita, Calderón, había utilizado ese mismo concepto para la construcción magna de su corpus de autos sacramentales. En el avance de la ley natural a la de gracia podía verse una labor de *transmisión/traducción y progreso* que en el fondo aunaba la historia de la humanidad. Sor Juana recoge a su vez este relevo, desde el género de los autos sacramentales, para insistir en el concepto de *Narciso / Dios de la semilla*. En el plan de la creación, a modo de Kircher, o al modo de la tipología cristiana, Dios se ha manifestado a través de las edades. Y dicha manifestación, en avance o progreso permanente, también ha creado una relación de *continuidad* entre el mundo cultural precolombino y el mundo colonial. El dios del maíz y el dios del trigo, en esencia uno, se funden en el *Divino Narciso*.

De *sueño primigenio de la razón* puede catalogarse el esfuerzo intelectual que muestra en su obra Sor Juana. En el contexto de géneros trillados y encorsetados, casi como si tratara de trabajar con las teselas que acabarán construyendo un mosaico, Sor Juana se las apaña para poder introducir temas recurrentes y líneas prioritarias. El humanista letrado, como Sor Juana, debe avanzar por el camino de la erudición para, desde la atalaya privilegiada del saber, buscar puentes, crear trasposiciones, ejercer de *traductor* buscando siempre la avanzadilla del conocimiento. Sor Juana legitima con su obra al mundo colonial, legitima a la mujer como sujeto de conocimiento, legitima al mundo precolombino aseguran-

dole un puesto en la creación. En estas notas radica el humanismo de Sor Juana, que bucea sobre la dignidad del ser humano desde órbitas y puntos de vista originales y les da preocupación recurrente a lo largo de una amplísima obra que, a pesar de lo abultado, es eminentemente unitaria. Aupada a hombros de una tradición que conoce y maneja a la perfección, y desde la inteligencia como principio activo de búsqueda de síntesis, Sor Juana consigue vislumbrar más allá, otear desde la altura, aportando su grano de arena y haciéndose, de paso, un icono simbólico de la cultura mexicana. ●

Bibliografía

- Cortijo Ocaña, Antonio. *Sor Juana Inés de la Cruz o la búsqueda de identidad*. Sevilla: Renacimiento, 2015.
- _____. “Hacia una interpretación comprensiva de Sor Juana. Tres loas y la cifra del mundo”. *América sin nombre* 21 (2016): 39-48.
- _____. “*Mulier dea*. Sor Juana y la construcción de la femineidad”. En *Sor Juana Inés de la Cruz. La construcción de lo femenino en su obra menor. Los mundos cortesano y festivo de loas y villancicos* (S. Poot Herrera & A. Cortijo Ocaña eds.) *Anthropos* 243 (2016): 101-118.
- Cruz, Sor Juana Inés de. *Obras completas*. Eds. Alfonso Méndez Plancarte (vols. I-III) y Alberto G. Salceda (vol. IV). México: Fondo de Cultura Económica, 1951-1957.
- _____. *Neptuno Alegórico*. Ed. Vincent Martin. Introd. Electa Arenal. Madrid: Cátedra, 2009.
- Olivares Zorrilla, Rocío. “Avances en la anotación del *Primero sueño*, de Sor Juana Inés de la Cruz”. *Etiópicas. Revista de Letras Renacentistas* 7 (2011): 64-86.

RELIGIOSA PROFESA DE VELO,
y Choro en el muy Religioso Convento de San Gero-
nimo de la Ciudad de Mexico cabeça de la
Nueva España.

QUE IMPRIME, Y DEDICA A LA MISMA
SOR, PHYLOTEA DE LA CRUZ
Su estudiosa aficionada en el Convento de la San-
tissima Trinidad de la Puebla

Sor Juana en *Drag*: Salvador Novo y su parodia afeminada del barroco

A D R I A N A G O N Z Á L E Z M A T E O S



Aunque ahora, al conmemorarse los trescientos veinticinco años de ausencia de Sor Juana Inés de la Cruz, podemos recordar a numerosas escritoras contemporáneas para quienes ha sido fuente de inspiración, vale la pena recordar que la monja es también una presencia importante en la obra de Salvador Novo, quien recurrió a ella porque la consideró una valiosa antepasada literaria que merecía ser leída y re-escrita desde una perspectiva irreverente y heterodoxa.

Quizá todo empezó cuando Novo era estudiante de Leyes: cierto día se encontró en el pasillo con un hombre que le inspiró curiosidad, lo siguió hasta su clase y empezó a oírlo hablar de sor Juana. Era Pedro Henríquez Ureña, con quien Novo tuvo una relación tan compleja que necesitó narrarla al menos dos veces: en *Contiente vacío*, él admira melancólicamente al maestro; en *La estatua de sal*, rechaza sus exigencias sexuales y luego sufre su persecución homofóbica. A estos textos hay que sumar otros, escritos en esa



misma época para *El Chafirete*, un periódico dirigido a los choferes de la ciudad de México, en cuyo número 9 Novo publicó sonetos firmados por “Sor Juana Inés del Cabús”: todo parece indicar que al escribir para los choferes pensaba en Henríquez Ureña, e imaginaba ese disfraz monjil para ensayar un estilo satírico. Años más tarde, empleó una voz poética afeminada¹ para jugar tanto con parodias literarias como con la ambigüedad de género; así escribió una serie de sonetos publicados en 1944 con el título *Dueño mío*. Diez años más tarde, la serie había crecido para convertirse en *XVIII Sonetos*, publicados por Guillermo Rousset Banda.

Estos poemas son la contraparte de la poesía juvenil de Novo, reunida, por ejemplo, en *Nuevo amor*, pues lo que debía quedar oculto o apenas ser aludido de manera oblicua en aquel libro (las relaciones eróticas entre hombres) se convierte en algo explícito. Ya el título de la colección es una clara alusión a la poesía de Sor Juana, que frecuentemente construye sus epítetos con ese posesivo (Filis mía, Fabio mío, Esposo mío, etc.). Una de sus liras empieza así: “Amado dueño mío”.² Novo transforma el tono añorante de la monja en una expresión más bien brutal de necesidad física, que también le sirve para marcar la diferencia entre la voz femenina y la afeminada. Mientras en su lira Sor Juana escribe:

Amado dueño mío,
escucha un rato mis cansadas quejas,
pues del viento las fío,
que breve las conduzca a tus orejas.
Si no se desvanece el triste acento
Como mis esperanzas en el viento.

¹ Es importante distinguir entre un afeminado (un hombre feminizado, considerado inferior por esa razón) y un travesti (alguien que usa las ropas asociadas al género opuesto, en este caso, un hombre vestido con ropas femeninas). Ninguna de estas categorías automáticamente implica homosexualidad, pero la tendencia en la cultura mexicana del siglo XX era asumirlo: ser homosexual significaba una degradación (una feminización) que necesariamente alteraría la apariencia física y produciría síntomas como el transvestismo. Véase Robert Irwin Mckee, *Mexican Masculinities*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2003.

² Sor Juana Inés de la Cruz. *Obras completas*, t. 1: *Lírica personal*. México: Fondo de Cultura Económica, 1976; Lira 21 p. 313.

El soneto de Novo dice:

Está mi lecho lánguido y sombrío
y es que me faltas tú, sol de mi antojo,
ángel por cuyo beso desvarío.

Miro la vida con mortal enojo;
Y todo esto me pasa, dueño mío,
Porque hace una semana que no cojo.³

Mientras en la lira 211, escrita en forma de una carta de amor (“Óyeme con los ojos, ya que están tan distantes los oídos”), Sor Juana emplea con maestría una gama de recursos literarios que le sirven para hablar de las pasiones femeninas, y compara su deseo con una paloma, una flor, un ciervo, el cielo, etc., Novo usa la misma situación para señalar la insuficiencia de las convenciones literarias para expresar los sentimientos del afeminado. Aunque recurre con facilidad al lenguaje barroco, está consciente del abismo entre ese lenguaje prestigioso, pero anacrónico, y la inalcanzable expresión poética de lo que le parece indecible:

Yo te escribiera a diario, dueño mío:
Fatigara tus ojos con mi anhelo;
diera al papel las tintas de mi duelo
y al sol la angustia de mi lecho frío.

Pero ¿cómo plasmar mi desvarío
con palabras escritas en el hielo
deste común hablar, luz de mi cielo,
deste lenguaje pródigo y vacío?

Mientras este personaje afeminado se traviste y juega con disfraces, parodia los estilos literarios y mezcla la performatividad de ambos géneros (masculino/femenino) para desestabilizar sus convenciones, los sonetos desnudan el cuerpo homosexual masculino, mostrándolo sin ningún velo, pero insistiendo en sus versiones deterioradas y poco atractivas: (“Levanta tu barriga, vida mía, / que me voy a quitar la dentadura”, soneto XVIII). El soneto V describe el cuerpo envejecido recurriendo al género masculino (“hecho”), sólo

³ Salvador Novo, *La estatua de sal*. Prólogo de Carlos Monsiváis. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1998, p. 132.

para crear un contraste con la femenina preocupación narrada: “Despierto hecho una birria, voy al baño / y con productos Rubinstein restaño / la perdida frescura de mi cara” (Soneto V).

Además de emplear parafernalia típicamente femenina, como los productos Rubinstein, este alter ego afeminado prosigue la parodia de Sor Juana Inés de la Cruz: “Feliciano me adora y lo aborrezco / Lisandro me aborrece y yo lo adoro” se convierte en: “Leoncio ayer, Carlos hoy / ¿a quién mañana / dedicará mi amor su pensamiento” (soneto 42), tal como un conocido verso místico (“No me mueve, mi Dios, / para quererte, el cielo / que me tienes prometido”) da origen a un doble sentido sexual (“¡Ay, qué castillos fabrique en el viento / cuando tu voz acarició mi oído / y al cielo que me tengo prometido / mi esperanza asomé por un momento” (Soneto XIII). Insiste en la pasividad del papel femenino, colocando al personaje en la clásica situación de espera (“¿Qué hago en tu ausencia? Tu retrato miro” (Soneto XI), sólo para dar paso a una descripción obscena (“si me caliento, me introduzco el dedo / en efígie del plátano a que aspiro”). Usa de manera burlesca el lenguaje comúnmente empleado para referirse a muchachas muy jóvenes (“Ya no parece bien, a mis abríles, / pensar en el amor”). Se refiere a sí mismo(a) en femenino (“o por mejor decir, me hago pendeja”), mientras se consagra a labores domésticas (“Ven a llenar mi corazón vacío / harto de sinsabores y deslices / en tanto que preparo las perdices, / que pongo la sartén —y que las frío” Soneto XVI), o se demora

en descripciones de su cuerpo penetrado (“Nada en mí te recuerda —salvo una / leve amplitud mayor— en cierta parte” soneto XV).

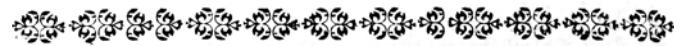
A primera vista, estos sonetos, con su deliberada vulgaridad, parecerían la antítesis de la elegancia y el refinamiento característicos de dandies como Oscar Wilde, que sirvieron de modelo a homosexuales de clase alta, como Salvador Novo. Sin embargo, son fieles a la actitud original del dandy, pues tienen la intención de escandalizar a sus oyentes o lectores. La parodia del estilo barroco sirve para mostrar con extrema claridad los cuerpos homosexuales masculinos, mientras sirven también como accesorios con los que el travesti revela, oculta, crea o destruye las apariencias. La elegancia del dandy es el reverso del travesti vulgar y festivo, y ambos sirven para desestabilizar las convenciones sociales y literarias que mantenían al homosexual confinado a un “mundo soslayado” (como lo llamó Novo en *La estatua de sal*) de sobreentendidos y secretos a voces.

Por último, la presencia de Sor Juana Inés de la Cruz en estos poemas muestra la importancia de su obra en la configuración de una expresión literaria que buscaba transformar las convenciones masculinas dominantes para crear los medios necesarios para expresar esa realidad oculta. Podemos leerlos como un tributo a la mujer que dedicó su vida a escribir, a menudo en medio de formidables obstáculos, y así legó una herencia inapreciable para otros creadores literarios no menos rebeldes. ●





Sor Juana,



muerta y viva

P A B L O B R E S C I A

En la literatura y en la cultura aparecen tópicos frecuentados, situaciones que se repiten y nos piden seguir la trama, aunque reconozcamos los mecanismos: por ejemplo, las peripecias de un héroe, una relación amorosa, un viaje. Y también, surgen *leitmotivs* como éste: *el muerto que habla*. Al respecto, en el siglo XIX hablaríamos de la fascinación que ejercen los fenómenos sobrenaturales sobre el discurso científico; en el siglo XXI, podemos pensar en tecnologías para alcanzar la inmortalidad, junto a pandemias y a otras amenazas que nos recuerdan la fragilidad de la existencia. En la literatura, los contextos todo lo son porque cada lectura resignifica textos y autores.

Un pedido de reflexión sobre autores que ya no están es siempre un pedido para que los muertos hablen.

¿De qué habla Sor Juana Inés de la Cruz a 325 años de su desaparición física? ¿De qué nos habla? Como dice Sara Poot Herrera en uno de sus estudios sobre la poeta novohispana, Sor Juana siempre fue “discreta y aun risueña” incluso “después de los despueses”. Abrimos cualquier página y vemos no sólo su talento literario único, su dedicación total a la lectura y la escritura, su valor para ser mujer y escritora en el siglo XVII en México y no morir en el intento, sino también su humor, su sensibilidad y una intensa autorreflexión sobre la hechura de su obra y de su persona.

Los numerosos textos de todo tipo que escribió (romances, endechas, villancicos, redondillas, sonetos, autos y loas, teatro, cartas, tratados teológicos, ejercicios devotos) constituyen no sólo un catálogo de géneros de época (Sor Juana como enciclopedia) sino también rinden tributo a su destreza (Sor Juana polígrafa). Pero en ellos también hallamos a la Sor Juana multifacética, la que trata una multitud de temas, laicos y sacros, lúdica y seriamente a la vez. Nos detenemos en cualquier sector de su obra y encontramos hallazgos sorprendentes, tal vez insospechados.

Por ejemplo, la relación entre dinero y arte. Cuando el Cabildo le encarga la confección del Arco Triunfal en celebración de la llegada de los marqueses de la Laguna, nuevos virreyes de la Nueva España —nominación que, sabemos por la privada *Carta al Padre Núñez*, le valió el encono y la envidia de su confesor—, Sor Juana cumple y obedece. Elabora un sofisticado marco para equiparar al nuevo virrey con Neptuno, dios del Silencio y de la Sabiduría y, por supuesto —y he aquí la Sor Juana juguetona—: “Cupo a Neptuno en suerte el mar (como ya queda dicho), con todas las islas y estrechos. ¿Qué otra cosa fue esto, que ser su Excelencia *Marqués de la Laguna*, General del Mar Océano, con todos los ejércitos y costas de Andalucía?” Sor Juana “agradece” la designación del Cabildo con una entretenida décima (“Reconociendo el Cabildo de México el singular acierto...” en la que explica que la inspiración y el dinero no se llevan tan bien: “Perdonadme si, confusa/ o sospechosa me inquieta/ el juzgar que ha sido treta/ la que vuestro juicio trata/ pues quien me da tanta Plata/ no me quiere ver Poeta”. Genial como siempre, pero crítica como siempre, sabe que es una relación peligrosa, pero está atrapada: “mas a mi silencio mudo/ sólo obedecer le toca/ pues, por

si replico loca,/ con palabras desiguales,/ con tantos sellos Reales/ me habéis tapado la boca”. Sor Juana, de una manera increíble y desafiante, se las arregló para crear un espacio donde, a la misma vez, pudiera ser parte y aprovechar el sistema institucional (la Iglesia, la Corte) por un lado y, por otro, pudiera cuestionarlo. Por eso, cierra su poema recordando el incentivo que la llevó a escribirlo y, de alguna manera, se cura en salud: “y aun a estas Décimas quiero/ dar, de estar flojas, excusa:/ que estar tan tibia la Musa/ es efecto del dinero”.

Si en el poema anterior vemos un buen ejemplo del humor irónico de Sor Juana, en otro texto poco relevado, notamos una sensibilidad hacia un aspecto casi oculto de su obra: su relación con los niños. Enclaustrarse y hacerse monja era renunciar al matrimonio y a la vida familiar; era dedicar cuerpo y alma a la escritura. Como es sabido, en la *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz* Sor Juana se refiere a su propia infancia y traza las características autobiográficas —como no comer queso por un rumor que afirmaba el embrutecimiento de quien lo consumía o no cortarse el pelo porque una “cabeza desnuda de ideas” no merecía tener cabello— que ayudarán a argumentar su natural inclinación a las letras. Mas en el Romance que le escribe al hijo de los Marqueses de la Laguna en ocasión de cumplir un primer año, la monja jerónima aprovecha para ensalzar al hijo de la realeza y a pedir indulto para un reo. “Gran Marqués de la Laguna,/ de Paredes Conde excelso,/ que en la cuna reducís/ lo máximo a lo pequeño”, comienza, y exhibe allí la figura antitética preferida por los poetas barrocos con sutileza. Sor Juana prosigue, osada, y se declara madre intelectual del pequeño, equiparando la concepción de un hijo con la concepción de una idea: “que sepáis que os quise tanto/ antes de ser, que primero/ que de vuestra bella Madre/ nacisteis de mi concepto”. En esas líneas está el afán intelectual que cifra en el poder del pensamiento toda su fuerza. Sensible y sencillamente, Sor Juana ocupa acto seguido el lugar de la progenitora y ve cómo la maternidad cambia a los seres humanos: “Entró con la posesión/ el gusto, y al mismo tiempo/ el desvelo de guardaros/ y el temor de no perderos”. Y esto da pie para la aparición del sufrimiento en toda la agonía del cuerpo: “El dolor de vuestra Madre,/ de vuestro Padre el desvelo,/ el mal que pasabais vos/ y el cariño que yo os tengo,/ todo era

un cúmulo en mí/ de dolor, siendo mi pecho/ de tan dolorosas líneas/ el atormentado centro". Nuevamente, vida y escritura configuran su existencia y el dolor se transforma en líneas en su pecho. El poema prosigue con un repaso de Sor Juana por los signos del Zodíaco (los doce meses del niño) y ¡hasta con un chiste! Luego de un deseo de un futuro venturoso para el chiquito ("Lo que agora nos importa/ es, fresco Pimpollo tierno,/ que viváis largo y tendido/ y que crezcáis bien y recio") llega la otra muestra de sensibilidad en el pedido del perdón al preso al virrey: "Vos sos Príncipe Cristiano,/ y yo, por mi estado, debo"/, interpela Sor Juana a su benefactor, "pediros lo más benigno/ Y Vos no usar lo sangriento./ Muerte puede dar cualquiera;/ vida, sólo puede hacerlo/ Dios: luego sólo con darla/ podéis a Dios pareceros". Sor Juana le pide al virrey que sea magnánimo y bondadoso, pero lo hace apelando a la razón: ese gesto lo acercará más al Señor en el momento más crucial de la existencia: el de dar vida.

El Romance 51 ("En reconocimiento a las inimitables plumas de Europa...") es uno de los más conocidos de Sor Juana, e incluso uno de sus versos da título a uno de los libros que siglos después se escribirían sobre su obra ("y diversa de mí misma/ entre vuestras plumas ando"). Aparentemente se halló inconcluso y es uno de los últimos poemas que escribió. Y es con él que queremos cerrar esta relectura y reinterpretación de los textos y la figura de Sor Juana, que une el humor, la sensibilidad y esa continua autorreflexión sobre su quehacer.

Es aquí donde Sor Juana se reconoce configurada por otros y, con las consabida retórica de la humildad y de la falsa modestia ("¿De dónde a mí tanto elogio?/ ¿De dónde a mí encomio tanto?"), hay genuina sorpresa al verse en otras tintas: "No soy yo la que pensáis,/ sino es que allá me habéis dado/ otro ser en vuestras plumas/ y otro aliento en vuestros labios". Sor Juana se refiere (y así lo dice) a "mis borrones" como "ocios descuidados" y "mal distintos trazos" y en esas locuciones reconocemos no sólo el gesto automático de la retórica antedicha sino la estrategia de la supuesta "mujer ignorante" frente a las plumas masculinas que la juzgan. Así, se revela para ella el valor de su obra, aunque elija enfatizar la carencia: "Vergüenza me ocasionáis/ con haberme celebrado,/ porque sacan vuestras luces/ mis faltas más a lo claro". Y declara su filosofía en cuanto al

elogio externo: "Todo lo que se recibe,/ no se mensura al tamaño/ que en sí tiene, sino al modo/ que es del recipiente vaso". Sor Juana reconoce y valora su labor y los encomios de sus admiradores, pero tiene claro que la Fama no es buena consejera. Pero no sólo eso: allí se planta la mujer, la poeta, la criolla, la autodidacta que se reconoce en su singularidad: "¿Qué mágicas infusiones/ de los Indios herbolarios/ de mi Patria, entre mis letras/ el hechizo derramaron?", se pregunta. Con esas referencias —indios, Patria, letras— Sor Juana reconoce y parodia su origen, pero, sobre todo, "extraña" su texto y deja en claro que la imagen que se pueda construir de ella y de su obra no alcanza a comprender a cabalidad las múltiples significaciones de su obra.

En su biografía aptamente titulada *Sor Juana Inés de la Cruz. La resistencia del deseo*, Francisco Ramírez Santacruz informa sobre la ceremonia luctuosa que prosiguió al deceso de la jerónima. El canónigo Francisco de Aguilar, siguiendo el manual, debió de decir en ese momento tan triste: "A ti, Señor, encomendamos el alma de tu sierva Juana Inés de la Cruz, que ya ha muerto para el siglo, pero que [es] viva para ti". A 325 años de este momento, leemos a Sor Juana y entendemos que está viva para todos sus lectores y que lo seguirá estando cada vez que abramos un libro suyo y un verso brote para interpelarnos. ●



Las mujeres en las familias materna y paterna de Sor Juana Inés de la Cruz

O L G A M A R T H A P E Ñ A D O R I A

Universidad de Guadalajara

Juana Inés estuvo rodeada de parientes pertenecientes al sexo femenino: Su madre Isabel Ramírez, sus dos hermanas de sangre, Josefa y María, y sus dos medias hermanas, Inés y Antonia. Con todas ellas convivió en una relación familiar afectuosa. También están las parientes ancestrales, con quienes no convivió pero de las que recibió la influencia familiar:

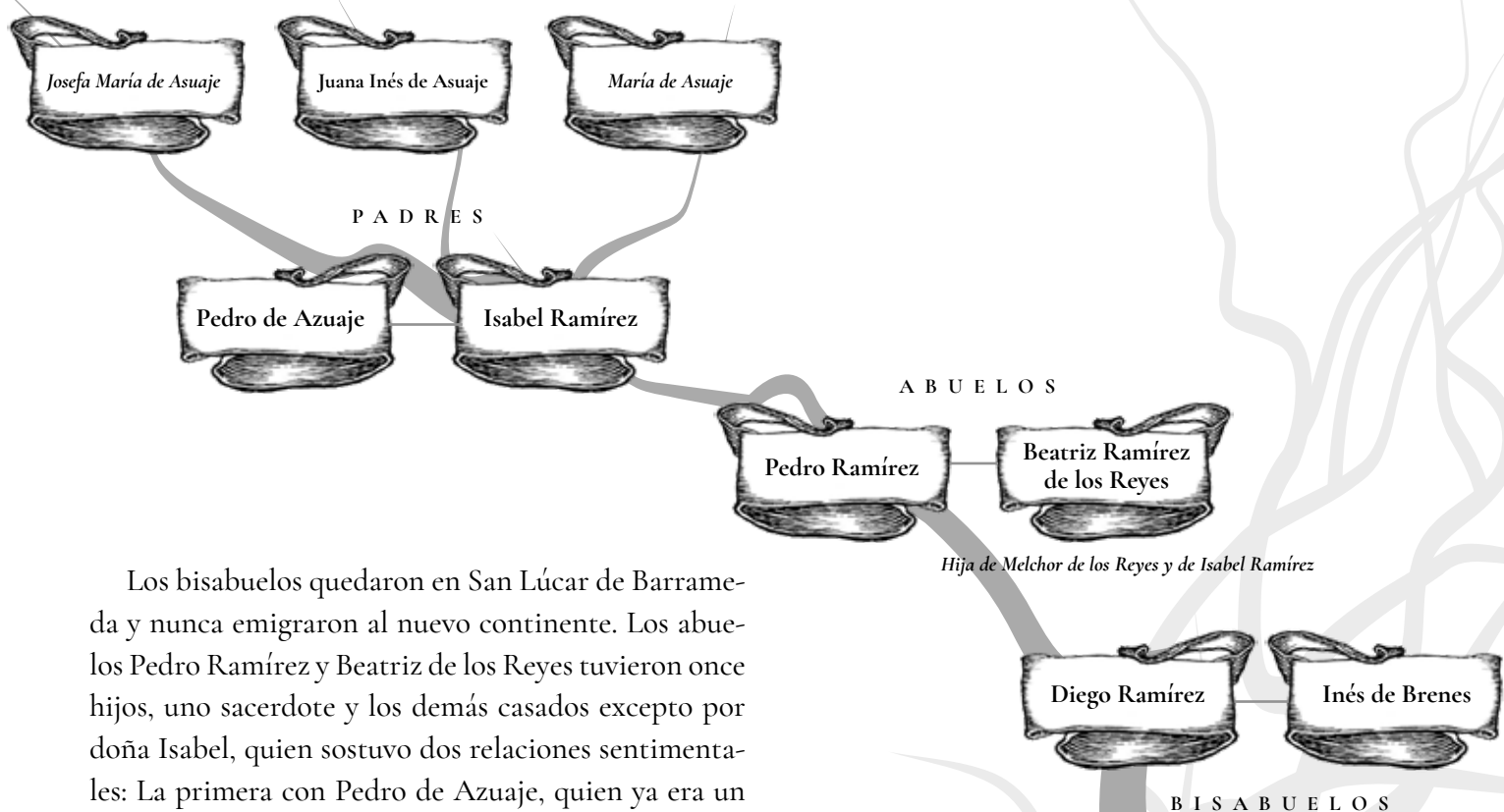
Inés de Brenes, su bisabuela materna, de quien recibió Juana Inés el nombre —y también una tía y una hermana— y quien quedó viviendo en San Lúcar de Barrameda, Andalucía, cuando dos de sus dos hijos, Pedro y Gonzalo, emigraron a la Nueva España y nunca volvieron. Pedro fue el abuelo materno de Juana Inés y casó con Beatriz Rendón, quien fue su abuela vía matrilineal.

Al desconocerse la familia paterna, se escribió la biografía de Juana Inés con sólo la familia matrilineal. El descubrimiento de documentación relativa a su familia paterna, por Guillermo Schmidhuber y por quien firma este artículo, agregó por primera vez los nombres de su abuela paterna Antonia Laura Majuelo, su bisabuela paterna María Ramírez de Vargas, además de varias familias de Las Palmas de Canarias, de donde emigraron a la Nueva España. Este artículo trata de conformar una pequeña biografía de cada una y de concluir la posible influencia que pudieron tener sobre la niña y más tarde sobre la monja.

Las mujeres de la familia matrilineal de Sor Juana

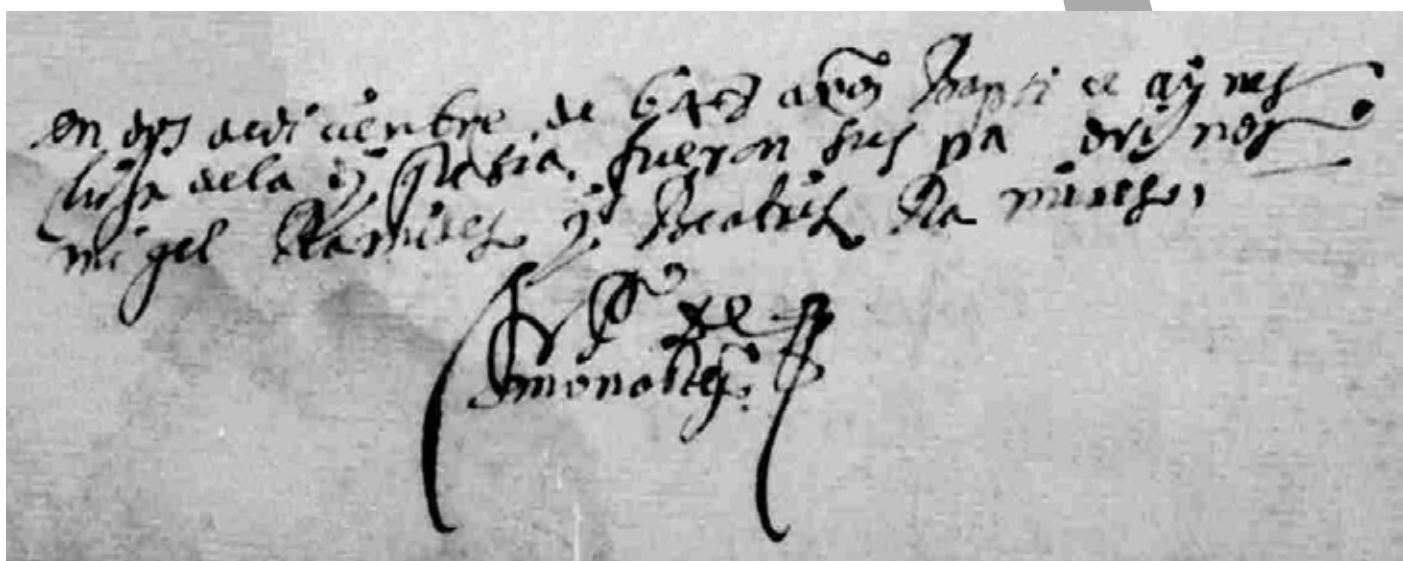
Con documentos antiguos como el testamento de Sor Juana y el testamento de la madre de Sor Juana, doña Isabel Ramírez, se logró conocer la familia materna por cuatro generaciones:



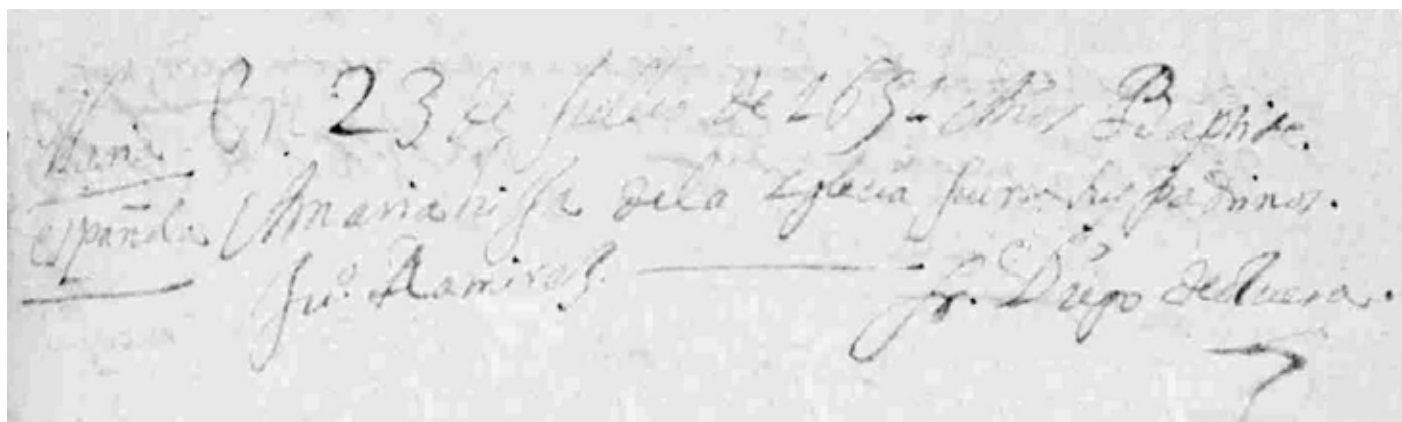


Los bisabuelos quedaron en San Lúcar de Barrameda y nunca emigraron al nuevo continente. Los abuelos Pedro Ramírez y Beatriz de los Reyes tuvieron once hijos, uno sacerdote y los demás casados excepto por doña Isabel, quien sostuvo dos relaciones sentimentales: La primera con Pedro de Azuaje, quien ya era un hombre mayor, y procrearon tres niñas; y una segunda con Diego Ruiz Lozano, con quien tuvo tres vástagos: Inés, Antonia y Diego. La *Fe de Bautismo* de este último niño, con fecha de 15 de noviembre de 1660, prueba que nació a escasos cuatro meses después de que don Diego se casara por la iglesia con Catalina Maldonado, una rica heredera de la hacienda de Peotillos, hoy San Luis Potosí, el 18 de julio de 1660.

A continuación se muestra la *Fe de bautismo* de Inés hija de la Iglesia, de 1648:



Fe de bautismo de "Inés hija de la iglesia", parroquia de Chimalhuacán Chalco, México, Caja número 1, en la foja 16 vuelta, del libro número 3 Bautismos. 2 de diciembre de 1648. [En dos de diciembre de seiscientos cuarenta y ocho años bauticé a Inés, hija de la iglesia. Fueron sus padrinos Miguel Ramírez y Beatriz Ramírez. [Firmado]. Fray Pedro de Monasterio. NOTA: Miguel y Beatriz Ramírez eran hermanos de Isabel, la madre de la niña. Este documento sin imagen digital fue dado a conocer por Ramírez España y Salceda en 1952.]



Fe de Bautismo de “María, hija de la iglesia” (Hermana de Juana Inés). [En veintitrés de julio de mil seiscientos cincuenta y un años bauticé a María, hija de la iglesia. Fueron sus padrinos Juan Ramírez. [Firmado]. Fray Diego de Ruera. Al margen: española. NOTA: Juan Ramírez fue hermano de Isabel, la madre de Juana Inés Parroquia de Chimalhuacán Chalco, México, Volumen sin número (inicia en 1616), folio no identificado, 23 de julio de 1651].

Schmidhuber y la autora del presente artículo mostraron por primera vez que a poca distancia de la anterior *Fe de bautismo* de 1648, aparece otra con el nombre de “María hija de la Iglesia”, que concuerda con el nombre y la edad de la hermana completa menor de Juana Inés. Cercanía que sirve de testimonio probatorio de esa fecha y, además, el hecho de que el padrinazgo fue Juan Ramírez, hermano de la madre Isabel.¹

Los ministros del bautismo arriba mostrados de las dos niñas fueron frailes dominicos, compañeros de vida conventual de fray Francisco de Asuaje en la Parroquia de Chimalhuacán Chalco, México, hermano del padre de Juana Inés. Estos dos documentos dan testimonio de que Juana Inés nació en 1648 y niegan la posibilidad de que este nacimiento haya sido en 1651 porque el vientre de doña Isabel estaba ocupado a esa fecha por la niña que al nacer la bautizaron con el nombre de María.

Documentalmente se sabe que Josefa, la hermana mayor de Sor Juana, casó con José Sánchez de Paredes el 11 de junio de 1664 —prueba de que debe haber nacido años antes que sus hermanas— en el Sagrario Metropolitano. A pocos años de este matrimonio, el marido desapareció sin causa conocida, dejándola con

cuatro hijos. Sorprende que el documento anterior mencione a Cristóbal de Vargas como padre de Josefa (no a Pedro de Asuaje). Posteriormente, la vida de Josefa María se estabilizó gracias al apoyo sentimental y económico de don Francisco de Villena, caballero adinerado y notario público de la audiencia arzobispal, quien como padre putativo dio cabida a los cuatro vástagos: Rosa Teresa Ramírez (posteriormente casada con Francisco del Río), María Ramírez Villena (casada con Martín de Arregui), Francisco Ramírez Villena (casado con Micaela Porras) y el Pbro. Joseph Felipe Ramírez Villena. En su testamento don Francisco reconoció a tres de ellos como herederos universales: “Felipe, Rosa Teresa y María de Villena”, y no mencionó a Francisco Ramírez alias ‘España’, acaso porque éste andaba de aventurero en la Vieja España. El notario Francisco de Villena murió el 26 de septiembre de 1682 y Josefa María se vio obligada a buscar su sostén. Dado el hecho de que la ausencia marital no podía ser considerada viudez, Josefa María requirió hacer un trámite notarial para disponer del patrimonio acumulado, ya que su condición de mujer le negaba el derecho a hacer negocios.

María Ramírez de Asuaje, la hermana completa de Juana Inés, fue casada con el capitán Lope de Ulloque y Sotomayor, y procrearon tres hijos: Sor Isabel María de San José, (quien fue monja del convento de San Jerónimo), Lope Ramírez e Ignacio Ramírez, quienes no llevaron el apellido de su padre. En la Profesión de Sor Isabel María de San José, que fue manuscrita por la tía Sor Juana Inés, se afirma que era hija del capitán

¹ Guillermo Schmidhuber y Olga Martha Peña Doria, *Las familias paterna y materna de Sor Juana Inés de la Cruz* (México: Centro de Estudios de Historia de México CARSO y *Escribanía*, 2016). Otros documentos son mostrados en *Las redes sociales de Sor Juana Inés de la Cruz* (Bonilla Artigas, 2019), de los mismos autores.

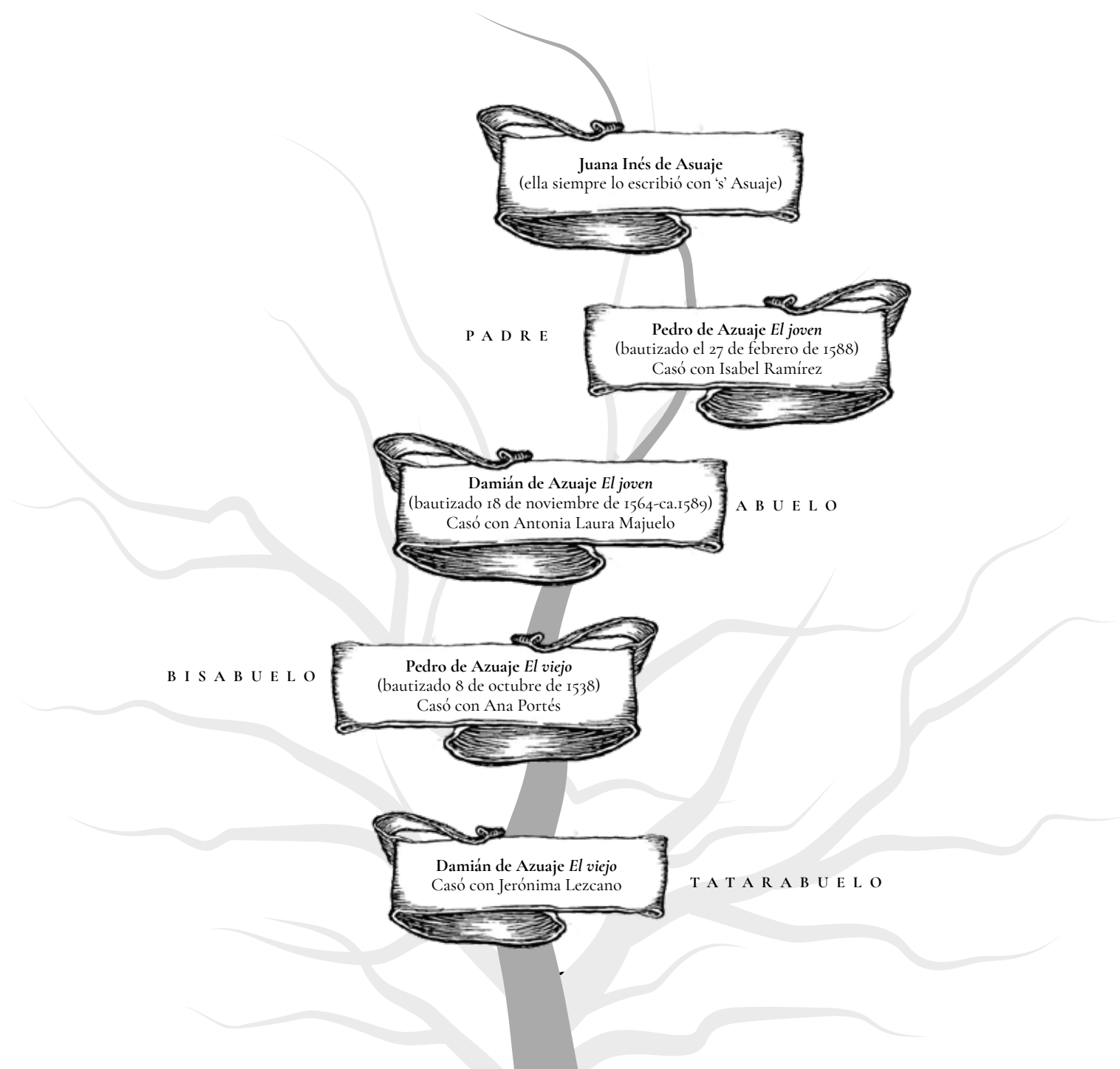
Fernando Martínez de Santolaya; coincidente información está en su testamento al mencionar ser “hija natural”. A esta sobrina Sor Juana heredó un dinero, como lo testifica un documento firmado por Sor Juana para imponer a censo asegurado en fincas del convento de San Jerónimo la cantidad de mil cuatrocientos pesos oro, el 12 de marzo de 1691: “por el tiempo de mi vida el mayordomo de dicho convento me acuda con los réditos correspondientes y asimismo a la madre Isabel María de San José, mientras viviese”. El amparo de la tía a la sobrina es prueba de una familia unida.

Un suceso triste para Sor Juana fue la muerte de su madre, doña Isabel, el 3 de enero de 1688; fue enterrada en el convento de La Merced. De las tres hermanas, María fue la primera en morir, el 17 de septiembre de 1691, cuatro años antes que Juana Inés.

Las mujeres en la familia patrilineal de Sor Juana

El descubrimiento en 2016 en el Archivo General de Indias de los documentos del paso de la familia Ramírez de Vargas de la Gran Canaria a la Nueva España, con fecha 13 de agosto de 1598, evidenció varios nombres de parientes que hasta ese momento eran desconocidos para la biografía oficial de Sor Juana: Viajaron su bisabuela María Ramírez de Vargas, viuda; Francisca, una tía doncella; su abuela Antonia Laura Majuelo, también viuda y madre de dos niños, Pedro y Francisco, quienes habían sido engendrados con Damián de Azuaje *El joven*; el mayor de los dos llegaría a ser el padre de Juana Inés.

Se muestra el árbol genealógico de los Azuaje/Asuaje:

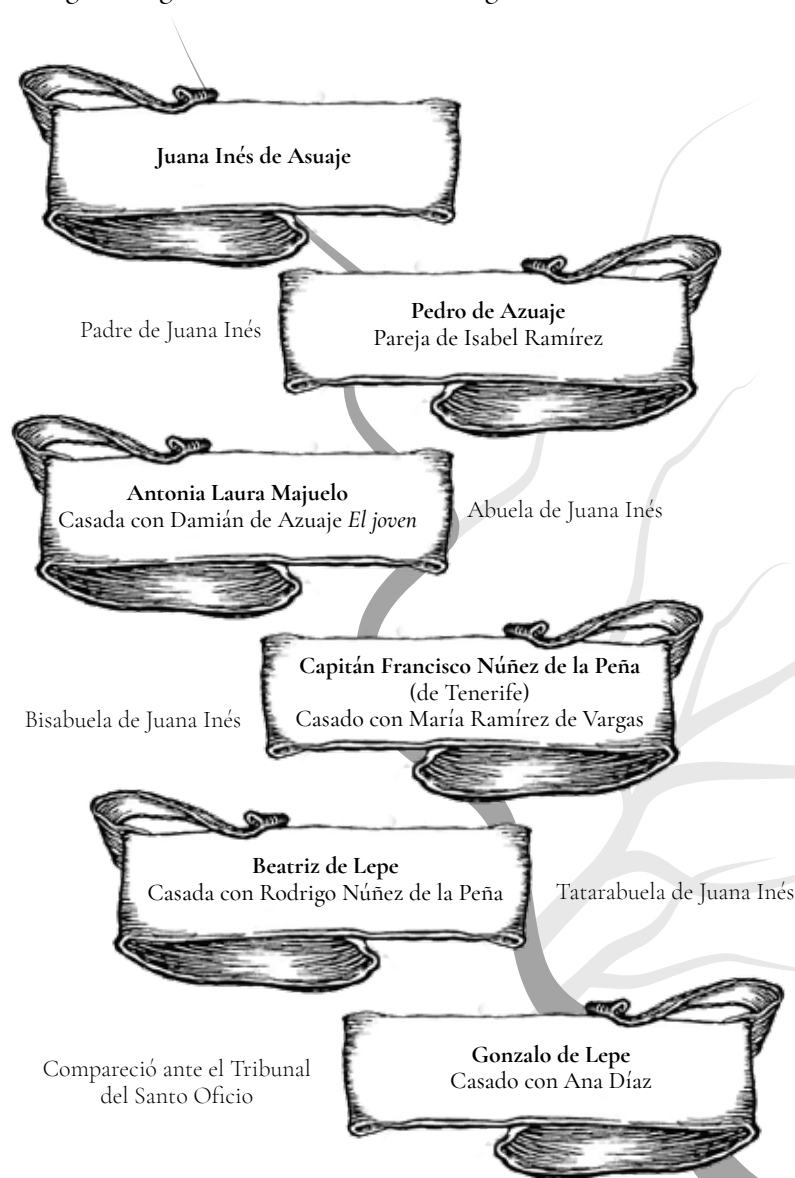


En la primera biografía de Sor Juana que fue escrita por el Padre Calleja, se afirmó que el padre don Pedro provenía de Guipúzcoa, de la zona de Vizcaya, España. El origen vizcaíno de su familia fue afirmada por la misma monja en sus *Villancicos de la Asunción*, cantados en la Catedral de México en 1695. En un segundo texto ese origen es mencionado cuando la monja dedicó su *Segundo volumen príncipe* a Juan Orúe y Arbieto, quien había recopilado los escritos sorjuaninos para darlos a la imprenta en Sevilla en 1692, con estas palabras: “El intento no pasa de obedecer a V. M. en su entrega; porque siendo, como soy, rama de Vizcaya, y V. M. de sus nobilísimas familias de las Casas de Orúe y Arbieto, vuelvan los frutos a su tronco, y los arroyuelos de mis discursos tributen sus corrientes al mar a quien reconocen su origen”. El texto hace mención del retorno al origen debido a que Sor Juana y Orúe provenían de genealogía vizcaína. Los documentos descubiertos recientemente prueban que el padre de Juana Inés provenía de Canarias pero su tatarabuela pertenecía a la familia Lezcano, una familia guipuzcoana muy antigua y la más rica y poderosa del bando Oñacino.

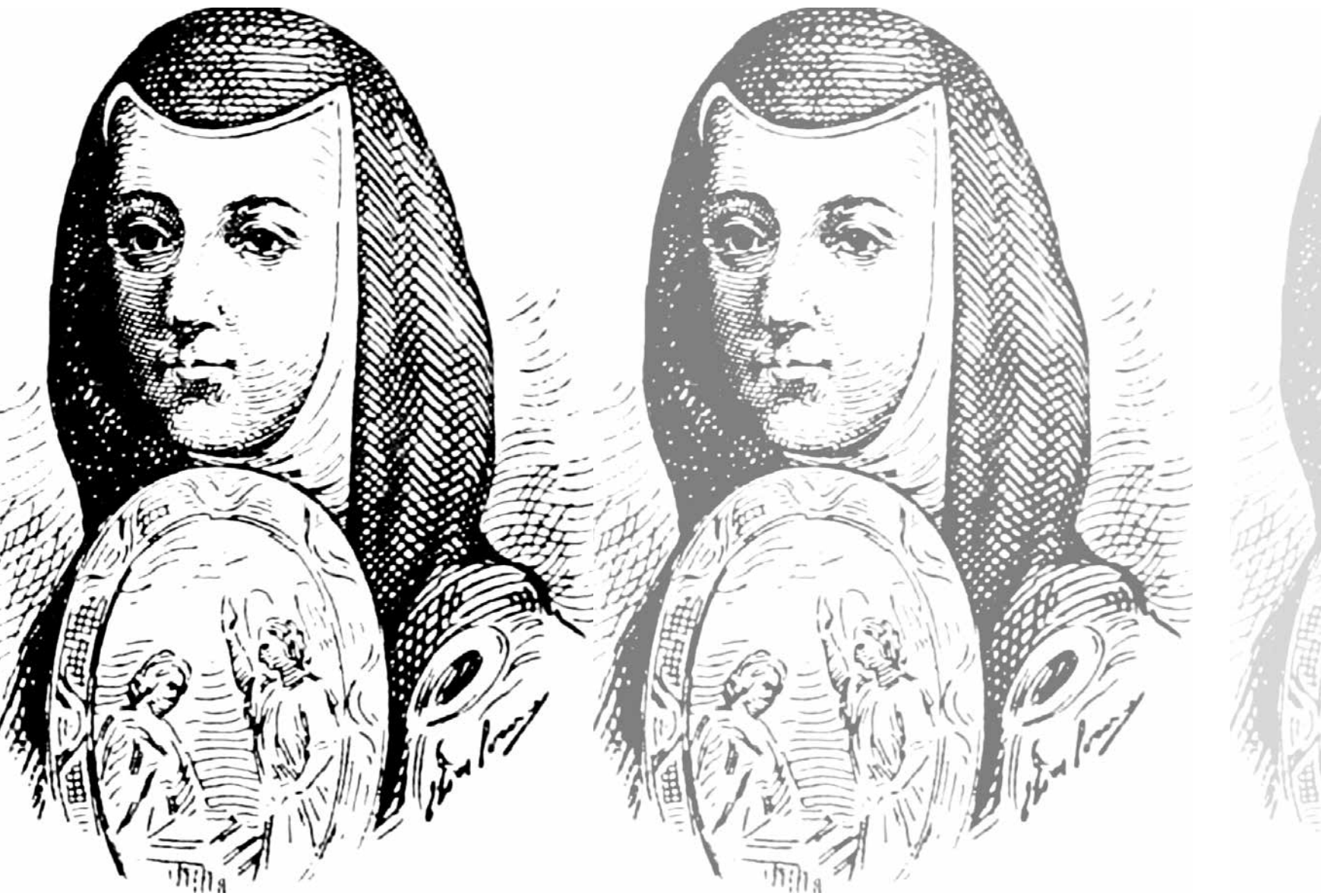
La bisabuela paterna de Sor Juana, María Ramírez de Vargas, fue quien encabezó el viaje de Canarias a la Nueva España, en su carácter de viuda buscaba apoyo económico con su hermano quien era rico comerciante administrador del estanco de naipes, había quedado viuda porque su marido había muerto hacía veintidós años en “la Isla Española de Santo Domingo”, como lo informa el permiso de Paso a la Nueva España. Por su parte, la abuela de Sor Juana, Antonia Laura Majuelo era hija de María Ramírez de Vargas y de Francisco Núñez de la Peña, se casó con Damián de Azuaje El Joven, quien viajó a América cuando ella estaba embarazada de un segundo hijo llamado Francisco, como lo informa el Permiso de Paso, en la Nueva España probablemente en 1589.

El vínculo de Juana Inés con su tatarabuela de sangre judía es el siguiente: Hay documentos que testifican que la familia de Lepe compareció ante el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición reunido en la ciudad de San Cristóbal de La Laguna, en la isla de Tenerife, ante el cual declararon todos sus antepasados y parientes que recordaban como obligación decretada para los judíos conversos y sus descendientes. La documentación da testimonio que en 1529 la familia Lepe fue con-

denada por el tribunal de la Inquisición a reconciliación, en Auto celebrado en la población de Gibraltón, ciudad situada en la rivera del río Odiel, cuyas aguas pasan por Huelva y desembocan en el Mediterráneo, al extremo poniente de Andalucía. En conclusión, Juana Inés tenía ascendencia judía de conversos por vía de Beatriz de Lepe, una de sus dieciséis tatarabuelas. El árbol genealógico de esta familia es el siguiente:



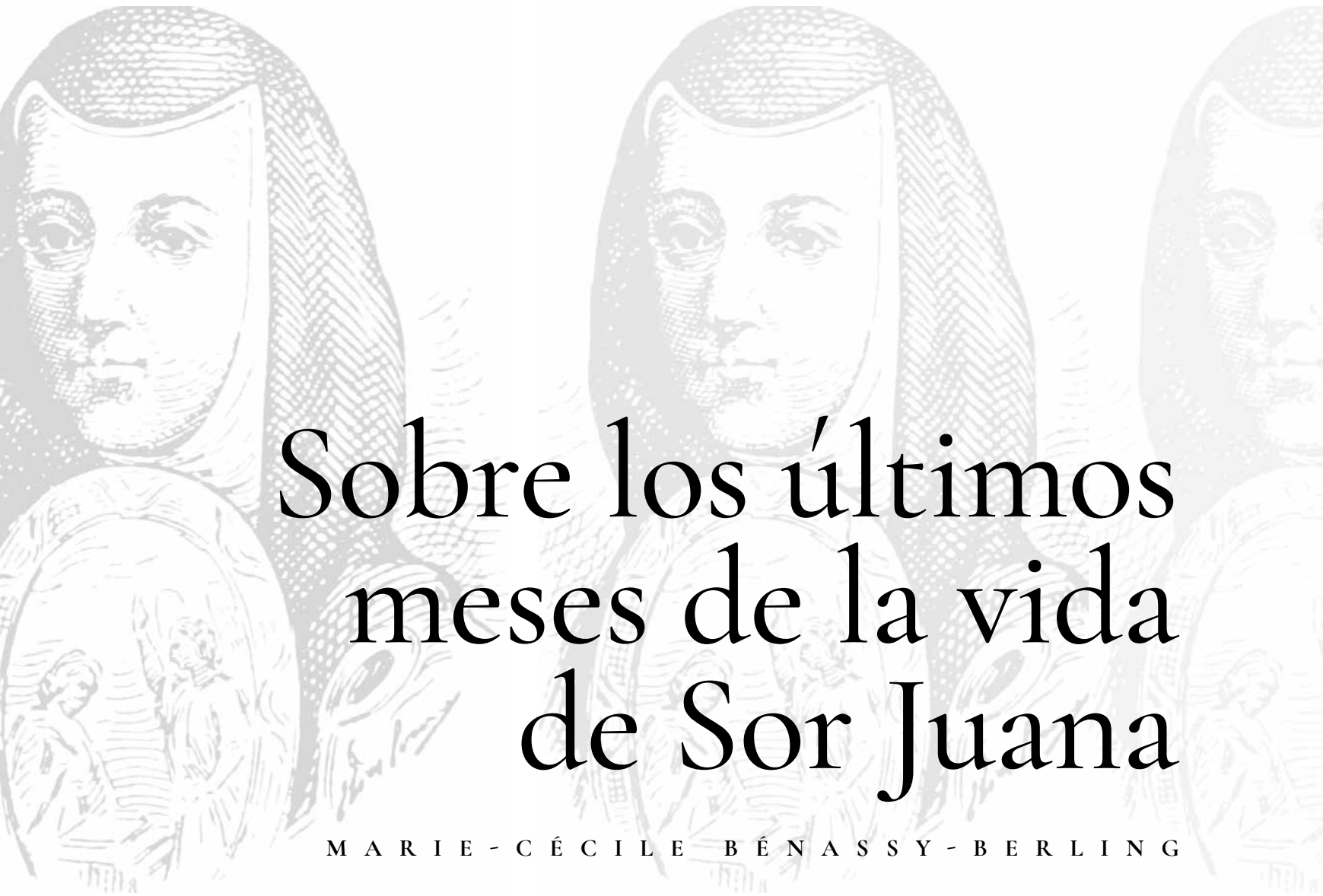
Como conclusión puede afirmarse que Sor Juana tuvo la suerte de pertenecer a dos familias de mujeres de gran reciedumbre que supieron vivir sus vidas con esfuerzo y dignidad. Al pertenecer a esta familia, Juana Inés no podría haber sido una niña débil, ni una monja timorata. También aprendió de ellas lo frágil que puede ser el amor humano y, acaso, esa misma percepción encaminó a la doncella a buscar como monja el ser esposa de Cristo, relación amatoria que es utilizada como metáfora fundamental del *Divino Narciso*. ●



Entre la ceremonia monjil de las “Bodas de plata” (febrero de 1694) y la muerte de la Décima Musa (17 de abril de 1695), pasan unos cortos catorce meses, un poco menos si tenemos en cuenta la *Protesta rubricada con su sangre*, el último documento piadoso fechado el 5 de marzo de 1694. La carencia de noticias durante todo el periodo entretiene felizmente para nosotros el misterio. Un final de vida adocenado, incluso si fuera de banal santificación, no le hubiera sentado bien al personaje. Pero al final, ante la violenta afirmación: “Yo la peor” del Libro de profesiones, nos quedamos perplejos.

De todos modos, si nuestra monja era más austera que antes, y evidentemente mucho menos mundana, ella no vivía en una nube de incienso. Unos hechos son ciertos: ella seguía siendo una brillante mujer de negocios al servicio de su convento. Lo sabemos a cien-

cia cierta desde el año 2004 gracias a la recuperación casi milagrosa en Lima de papeles novohispanos por el profesor José Antonio Rodríguez Garrido. Eso significa que los encuentros de Sor Juana con el mayordomo en el locutorio eran frecuentes: conversaciones técnicas financieras y forzosamente muchos ecos del mundo exterior... también intercambio de muchos papeles. La presencia de la hermana “escucha” poco letrada no podía impedir posibles complicidades de un lado a otro de las rejas. Sabemos que el “voto de pobreza” se anulaba en los conventos mexicanos mediante unas dispensas repetidas indefinidamente. Sor Juana no se olvidaba de su propio caudal (¡al discreto lector, aconsejamos el reciente libro de Francisco Ramírez Santacruz!). A principios del año 1692, mediante el visto bueno del arzobispo, Sor Juana ya había comprado una celda. Si miramos el precio muy modesto, se



Sobre los últimos meses de la vida de Sor Juana

M A R I E - C É C I L E B É N A S S Y - B E R L I N G

trataba de un alojamiento bastante pequeño, pero tal vez se trate de una segunda celda, y tal vez también las prioras del convento hayan aprovechado esta circunstancia para “pagar” el trabajo fructífero que la monja realizaba gratis, regalándola una verdadera casita.

Existen otros elementos del vínculo de Sor Juana con la sociedad en su último período. Por lo menos desde el año 1691, ella entretenía una correspondencia con el obispo de Puebla, Manuel Fernández de Santa Cruz que funcionaba gracias a un “cartero” privado: un tal Lazcano, próximo al obispo. En realidad, el obispo sustituía más o menos la ausencia del director de conciencia después de la ruptura con el confesor oficial, el famoso Antonio Núñez de Miranda, la cual se mantenía secreta. Según los dos documentos publicados por Alejandro Soriano Vallès en 2010, las exigencias de Don Manuel eran muy poco obedecidas, pero él seguía

tratando a Sor Juana exclusivamente “por las buenas”. Hubo forzosamente una forma de reconciliación con Don Antonio en la ceremonia de las bodas de plata, porque había que mantener el secreto de una riña tan escandalosa. La gran incógnita es el tipo de relaciones que mantuvieron después...

Entre 1693 y 1694 Sor Juana proclamó que, a partir de entonces, ella iba a dejar sin respuesta las cartas recibidas. Esto la libraba de los importunos y ella pudo, sin escándalo, continuar su correspondencia con personas religiosas como el jesuita Diego Calleja, su futuro biógrafo o con las aristocráticas monjas portuguesas. Dejó de escribir para la publicación, pero siempre había dicho que veía eso como una carga. Sobre todo, no ignoraba que su gloria literaria estaba ya asegurada.

Nuestras líneas no resuelven el misterio. Así está muy bien. ●

“Yo, en estos papelillos”: Sor Juana y sus dedicatorias

O S W A L D O E S T R A D A

University of North Carolina at Chapel Hill

Aunque todos los retratos que tenemos de Sor Juana son copias de otros, extraviados o destruidos,¹ la monja jerónima es quien mejor se dibuja en su propia escritura. Con trazos finos, delicados, pero también audaces, sabiendo que su genialidad es su mejor carta de presentación.² Lo hace en sus poemas de variada temática, en sus cartas, en sus piezas teatrales, vestida de alguno de sus personajes. Y también en las dedicatorias con las que a veces acompaña sus escritos, desplegando el arte y los primores que tanto nos atraen a ella y su literatura al cumplirse 325 años de su muerte.

En la dedicatoria a los villancicos de San Pedro Apóstol, de 1677, que se cantaron en la Catedral de México, Sor Juana le ofrece su obra al canónigo García de Legaspi, y no pierde la oportunidad de señalar, con falsa modestia, que los ha escrito pese a su “estéril vena” y “poca cultura” (43).³ Se retrata como una mujer de “corta salud”, atareada por “las indispensables ocupaciones” de su estado, las mismas a las que, años más tarde, hará alusión en su *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz* (1691). Y le encarga sus versos “para que corran como buenos a la sombra de su patrocinio” (43). Modesta, sí, como debe serlo, desde su lugar subordinado por ser religiosa. Pero también orgullosa de lo que pone en sus manos. Le dice que no excusa la pequeñez de sus villancicos porque en el canónigo ha de quedar el reconocer, siguiendo las enseñanzas de San

¹ Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*. México: FCE, 1982; Aureliano Tapia Méndez, “El autorretrato y los retratos de Sor Juana Inés de la Cruz”. *Memoria del Coloquio Internacional Sor Juana Inés de la Cruz y el pensamiento novohispano 1995*. México: Instituto Mexiquense de Cultura y Universidad Autónoma del Estado de México, 1995. 433-64.

² Margo Glantz, *Sor Juana Inés de la Cruz: saberes y placeres*. México: Instituto Mexiquense de Cultura, 1996.

³ Sor Juana Inés de la Cruz, *Obras completas II. Villancicos y Letras Sacras*. Edición de Alfonso Méndez Plancarte (1952). México: Instituto Mexiquense de Cultura y FCE, 1994.



Jerónimo, “en lo pequeño del dón, lo consagrado de la voluntad que lo ofrece” (44).

Dos años después, en los villancicos a la Asunción de 1679, cantados también en la Catedral de México, Sor Juana le dedica sus versos a “la Reina del Cielo, María Santísima” y aprovecha la ocasión para “ofrecer el mismo dón / que de Vos he recibido” (60). Otra vez, la monja jerónima despliega la humildad que se espera de ella, hablando de lo poco que ha logrado, pidiendo disculpas por todo lo perdido. Insiste en “que si hay algo bueno, es vuestro, / y todo lo malo es mío” (60), pero se siente orgullosa de sus letras: “El talento que he tenido, / traigo...” (60). Y lo comprueba con creces en este juego inmejorable en el que la Virgen María, su mejor modelo femenino, es madre y abogada, guerrera, soberana excelsa, astrónoma, “muy mujer para Divina, / muy Celestial para humana” (64). La virgen de estos villancicos es como la propia monja, llena de contradicciones, y también una “Mujer valiente” (68), en cuyo ser Sor Juana encuentra una nueva trinidad, vestida de mujer. Por ser María: “Hija, Madre y Esposa” (71).

Curiosamente, en la dedicatoria al *Neptuno Alegórico*, compuesto en 1680 para la entrada solemne a la Ciudad de México del Virrey Marqués de Laguna, sólo encontramos una breve referencia autobiográfica a la monja jerónima. Asumimos, como Alberto G. Salceda, editor del cuarto volumen de sus *Obras completas*, que la dedicatoria es suya (aunque va firmada por la *Iglesia Metropolitana de Méjico*) por su lenguaje distintivo, por sus referencias clásicas, y porque se refiere ahí a su padre San Jerónimo. Pero en la “Razón de la fábrica alegórica y aplicación de la fábula”, que aparece justo después de dicha dedicatoria, Sor Juana sí se pinta como suele hacerlo en otras composiciones de su autoría. Valiéndose de las “tretas del débil” que Josefina Ludmer hallara en la *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*,⁴ la monja escritora habla de su “insuficiencia”

(357) desde un lugar subordinado.⁵ Y desde ahí mismo, humilde otra vez ante las autoridades de su tiempo, señala que escribe por mandato del Venerable Cabildo porque “le pareció que era, para pedir y conseguir perdones, más apta la blandura inculta de una mujer que la elocuencia de tantas y tan doctas plumas” (358). Sor Juana sabe que le encargan este arco triunfal para recibir al virrey y a la virreina porque todos conocen la grandeza de su ingenio, pero se refiere a su persona como “sujeto flaco” por ser mujer (358). Y acto seguido explica, como una verdadera maestra del saber, su complejo proceso de creación, apoyándose en “héroes que celebra la antigüedad” (359), en la mitología, y por supuesto en las “divinas letras” (359) donde abundan el uso de metáforas y apólogos.

La monja erudita que aquí se retrata es la misma que un año o dos después despide a su confesor, en la *Carta al Padre Antonio Núñez* (1681-1682), argumentando: “Las mujeres sienten que las exceda; los hombres, que parezca que los iguale; unos no quisieran que supiera tanto; otros dicen que había de saber más, para tanto aplauso” (1413).⁶ En el *Neptuno Alegórico*, como en las dedicatorias a sus villancicos, Sor Juana despliega la profundidad de su saber y el alcance de su intelecto siempre desde una postura discreta, amparándose en la falsa modestia, muy al tanto de su lugar como mujer y religiosa. Pero escribiendo y mostrando su conocimiento se retrata a sí misma ahí y allá, como cuando le escribe al confesor: “Mis estudios no han sido en año ni perjuicio de nadie”, alegando, además, que “los privados y particulares estudios, ¿quién los ha prohibido a las mujeres? ¿No tienen alma racional como los hombres?” (1414).

Como muestra otro botón. En su “Prólogo al lector”, escrito para acompañar el primer volumen de sus obras, *Inundación Castálida* (1689), Sor Juana señala,

⁴ Josefina Ludmer, “Tricks of the Weak”. Translated and edited by Stephanie Merrim. *Feminist Perspectives on Sor Juana Inés de la Cruz*. Detroit: Wayne State UP, 1991. 86-93.

⁵ Sor Juana Inés de la Cruz, *Obras completas IV. Comedias, sainetes y prosa* (1957). Edición de Alberto G. Salceda. México: Instituto Mexiquense de Cultura y FCE, 1994.

⁶ Sor Juana Inés de la Cruz, *Poesía, teatro, pensamiento. Lírica personal, Lírica coral, Teatro, Prosa*. Edición de Georgina Sabat de Rivers y Elias Rivers. Madrid: Espasa Calpe, 2004.

como en otras partes, que sus versos “sólo tienen de buenos / conocer yo que son malos” (3), aunque no sea cierto.⁷ Se queja de haberlos escrito “en el corto espacio / que ferian al ocio las / precisiones de mi estado” y no deja de hacer referencia a su “poca salud / y continuos embarazos, / tales, que aun diciendo esto, / llevo la pluma trotando” (4). Dice que los saca a la luz por obedecer un mandato. Pero el orgullo personal de aquello que pone ante el lector es evidente en cada verso. “Y a Dios”, se despide coqueta, “que esto no es más de / darte la muestra del paño: / si no te agrada la pieza, / no desenvuelvas el fardo” (4).

Ese “conocer yo que son malos”, proveniente del so-crático “Yo sólo sé que no sé nada”, como bien anota Alfonso Méndez Plancarte en las rigurosas notas del primer volumen de las *Obras completas* de Sor Juana, aparece de nueva cuenta en su dedicatoria a los villancicos a San José de 1690. Aquí le dice al “Divino Josef”, con un tono cariñoso que en nada esconde su sapiencia: “el no saber yo decir / de Vos lo que nadie acierta, / será sobra del asunto, / no del cariño tibieza” (128). Y le da un giro magistral, pidiéndole que acepte los villancicos como una fineza “que piensa de vuestras glorias / todo aquello que no piensa” (128). En un despliegue de calculadas finezas, Sor Juana demuestra no sólo sus conocimientos bíblicos sino su espíritu argumentativo, dejando que Dios, en las coplas siguientes, le entregue a José una Reina y que San José le pague el favor conservándola doncella. San José termina siendo “Tutor de Dios” en el octavo villancico, pero después de discutir la grandeza del santo, a quien Dios quiso premiar engendrando en María a su propio hijo, en los últimos versos del último villancico la voz poética vuelve a la carga: “Yo no entiendo tan gran Santo; / de mí solamente sé / que desde luego detesto / lo que no sonare bien; / y estaré / a lo que corrija / Nuestra Santa Fe” (148).

¿No conservan la dedicatoria y los versos de este juego de villancicos el espíritu que Sor Juana revelara

años antes en su *Carta al Padre Núñez*? En esta misiva, la monja jerónima defiende su saber en el límite mismo del saber y no saber: “¿por qué para salvarse ha de ir por el camino de la ignorancia, si es repugnante a su natural? ¿No es Dios, como Suma Bondad, Suma Sabiduría? Pues, ¿por qué le ha de ser más acepta la ignorancia que la ciencia? Sávese San Antonio, con su ignorancia santa, norabuena; que San Agustín va por otro camino, y ninguno va errado” (1416). Y con la misma subordinación con que en los villancicos se pone al escrutinio y corrección de la Santa Fe también en la carta a Núñez de Miranda se cuida las espaldas: “si en este manifiesto de mis culpas, hubiere alguna palabra que haya escrito mala... desde luego la retracto, y doy por mal dicha y peor escrita, y borrarla desde luego, si advirtiera cuál era” (1418).

Con estos y otros trazos Sor Juana aparece una y otra vez en sus dedicatorias, vestida de humildad pero consciente de su saber, aunque tenga que decir que no sabe, que no entiende, que desconoce los misterios en los que felizmente indaga por la vía del razonamiento. Pero su retrato está ahí, en la primera página, sonriente: “Yo en estos papelillos”, le escribe a Don Juan de Orue y Arbieto al dedicarle su *Segundo volumen* de 1692, “ni quiero empeñar su respeto en tan imposible empresa como mi defensa, ni menos coartar su libertad a los lectores en su sentir” (411). A *priori* disculpa sus versos no sólo por ser de la autoría de una mujer sino porque ésta “nunca ha sabido cómo suena la viva voz de los maestros, ni ha debido a los oídos sino a los ojos las especies de la doctrina, en el mudo magisterio de los libros” (411). Es, desde luego, una voz muy parecida a la que utiliza en su *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*, cuando teme caer en manos del Santo Oficio, arguyendo lo difícil que es aprender a solas y que en todo caso lee y escribe “sólo por ver si con estudiar ignoro menos” (444). Es esa voz atrevida, la de una intelectual tan adelantada a su tiempo, la que aun nos sigue cautivando hoy con una obra de inacabables vetas de conocimiento, la misma que se retrata en su obra orgullosa de ser quién es. Convencida, como en sus mejores versos, que “las almas / distancia ignoran y sexo”. ●

⁷ Sor Juana Inés de la Cruz, *Obras completas I. Lírica Personal* (1951). Edición de Alfonso Méndez Plancarte. México: Instituto Mexiquense de Cultura & FCE, 1994.



En conmemoración del aniversario de la muerte de Sor Juana Inés de la Cruz

Y A D I R A M U N G U Í A

Esa noche en que te visité en el claustro te sentí cerca, varias veces tuve el impulso de voltear al coro y verte allí, quizá tirada sobre el piso añoso, atenta y extasiada con la música, tuve el impulso, pero me contuve, tal vez para no sufrir el desengaño que sabía seguro. Y sin embargo allí estabas, extática e invisible, el perfume de tu voz transmutada resonaba en las bóvedas, hacía eco en el altar, retumbaba hasta el centro de los sepulcros, hasta las ruinas enterradas de tu pasado, iba y venía del coro a la cúpula, de los pasillos derruidos a los muros que aún presumen de tu huella. ¿Te levantaste al escuchar nuestro llanto? ¿Arrojaste las mortajas que aprisionan tus huesos? ¿Despertaste al clamor de quienes te amamos? Seguramente también llorabas, no era para menos. Pero qué digo, ¿acaso tú sigues en el altar? ¿Acaso algún día bajaste a seguir tus restos? Si te sobraba el cuerpo para acceder al mundo. Si aún estás presente, siempre presente, en nuestro pensamiento y en nuestra pluma.

¿Qué pensarías cuando el lugar se llenó de gente, se iluminaron las ruinas y tu rostro pintado te hacía

presente en el vacío?, ¿qué cuando te diste cuenta de que todos llevábamos tu nombre entre los labios, repitiéndolo devotos como una oración aún no inventada?, ¿qué Juana mía cuando a tus pies volvieron a hablar de ti?

Imaginé tu rostro, no, casi lo vi cuando besabas la mejilla de tu prole, cuando tus ojos expectantes *derramaban lágrimas de confusión*, tus pupilas se volvieron vitrales, y su luz nos penetró hasta ese lugar indescriptible de la dicha. Tú, tan pródiga en la lengua, te quedaste sin palabras, todo me lo dijeron tus ojos de céfiro cuando me miraste y la emoción me hizo amarte más de lo que siempre te he amado.

Creí verte contemplar el lugar, las decenas de sillas apenas traspasado el umbral del coro que aún se ostenta con rejas insensibles, tu cama sempiterna coloreada como celebrando la vida, las pequeñas puertas donde se accede a ese mundo sublime que eres tú; apenas traspasadas se advierte el olor de los años, el vaho milenario de la santidad enclaustrada. Todo era paz en aquel recinto construido ya sobre ruinas, sobre cadáveres de monjas anónimas. Miraste el altar sembrado

de flores de papel, el símil de tus hermanas a quienes a veces decides acompañar en lo profundo; se quedaron tan solas cuando decidiste marcharte de su lado, se acabó la luz de las esteras, el templo quedó mudo, todo fue ruinas cuando tu risa dejó de colorear las paredes, y abandonaste tus pocos libros. La celda quedó vacía, taciturna de perplejidad al no verte cruzar la puerta, tan acostumbrada estaba a tus pasos, al tiempo infranqueable en que recitabas versos junto a la ventana. ¿Quién fue la audaz que ocupó tu sitio en aquellas paredes herméticas? ¿Quién la primera que durmió en tu lecho y tomó tu pluma para escribir? ¿Qué te cuentan hoy tus hermanas? ¿Qué te dicen sus cráneos ahora que te ven tan alta, más de lo que ya eras? ¿Te envidian porque tú sales al mundo? ¿Porque el orbe se ha vuelto tú al pasar de los siglos? ¿Alguna besa tus manos en pos de la literatura? Deja que las bese yo que te idolatro.

Te detuviste a ver el aroma de las velas, la parafina derramada entre las osamentas ficticias de las jerónimas, ¿o serían reales, salieron a escucharte en medio de tanto bullicio? Las esferas de la cúpula te semejaron mundos pequeños de los cuales tú eras el dios, cosmos de ensueño, de vida quimérica y sapiente, dios inefable que comprende que el universo no puede tomarse al primer golpe de *Sueño*, ni siquiera tú, señora; el espíritu vaga, el cuerpo aprisiona, claustro de carne, celda de huesos. ¿Concretaste en ese momento tu segundo sueño amada mía? ¿Lo dijiste en nuestro oído en un idioma inteligible? Quizá lo recitaste con las notas del chelo. ¿De qué estás hecha señora que aún no podemos tocarte en tu inmensidad?

Contemplaste tu cara en lo alto, adorada tú, donde una vez adoraste a San Jerónimo, ahora resonaban tus versos en las paredes en lugar de los cánticos matutinos, hecha libertad, donde una vez fuiste encierro. Magnánimo y colorido el lugar que antes se poblara de santos de ojos sufrientes, y no lo vieras sino con dificultad entre las tenebrosas cortinas, la reja de hierro y tus hermanas, ahora todo era tuyo, a pupilas y manos

abiertas. Fui feliz por ti en ese instante, porque sé que sonreías.

Te percibí inquieta al último acorde, recorriste el templo como nunca antes, de esquina a esquina, de resquicio a resquicio, el placer era demasiado, la pasión era insuperable, te poblaste de todo y todas las cosas tomaron tu nombre, Juana en el órgano callado, Juana en el altar, Juana en cada palabra, Juana en el silencio, Juana en cada molécula de espacio, Juana en un panteísmo profano del cual éramos parte irremediablemente.

Y allí estabas, viva como siempre, comulgaste del pan que a ti se ofrendaba, bebiste de nuestro vino y cantaste con nosotros. ¿Quién dice que has muerto? Renacistes a la inmortalidad un 17 de abril. Fénix de ojos profundos, no te has ido nunca. Viva y entre nosotros, te vi salir con la muchedumbre e irte con cada uno; tanto te disgregas y *andas entre las plumas de todos*, toda tú, y toda diversa, arcoíris de matices infinitos, paleta de colores supra humanos.

Tú hermanas a tus adoradores, diosa de una religión de versos, secta de conceptos profundos, Atenea de un templo de místicos. Y la *memoria fue prolija*, porque tu desbordante presencia dio a todos pensamientos indescifrables, dadora de sueños, tu nombre bendijo el papel y la tinta que a tus manos se consagra.

Me lo dices, mientras me observas del otro lado de la computadora, mientras recordamos juntas una noche para los siglos, doce de noviembre como cuando tú naciste, cuando el mundo tomó sentido con tu presencia, y la luz parió luz entre volcanes. Me lo dices y la complicidad de tu sonrisa me hace comprobar que sigues conmigo, que tantos sueños te los debo a ti, a ti que eres y serás mi vida, mi diosa secreta, mi reina de palabras, mi musa de pensamientos a flor de piel, mi amada de versos inagotables. ●

13 de noviembre de 2004.

En la presentación de la revista *Prolija Memoria*



Créditos de imagen

Las imágenes de las páginas 2 y 3, así como las que ilustran el ensayo "Las monjas jerónimas permanecen en su convento" fueron tomadas de María Teresa Jaén Esquivel, et al., Catálogos de los esqueletos de las monjas del Ex Convento de San Jerónimo, Ciudad de México, México, Secretaría de Cultura-Instituto Nacional de Antropología e Historia-Universidad del Claustro de Sor Juana, 2017, 293 pp.

Las imágenes sobre diversos espacios de la Universidad son autoría de © Bárbara Lara Ramírez y Alberto Nava (2020).

Las imágenes relativas a la restauración que aparecen en "Convento de San Jerónimo: de la ruina a la posibilidad" y "La restauración del espacio y la memoria. Al rescate del antiguo Convento de San Jerónimo de México" son parte del archivo histórico de la Universidad.

La iconografía que aparece a lo largo de esta edición, de autor desconocido (probablemente de indígenas artesanos), se encuentra en mosaicos y pinturas al fresco que todavía se conservan en distintos rincones de la Universidad.

Página 36 (arriba): Claustro de Sor Juana, Eneas de Troya, 2009 <https://www.flickr.com/photos/eneas/3187612690>

Página 41: Dibujo realizado por Arturo Romano Pacheco de la osamenta encontrada durante la reconstrucción del Ex Convento de San Jerónimo y que presuntamente pertenecían a Sor Juana Inés de la Cruz (1978).

Páginas 55-59: Daniel de Lira L.

Página 68 y 71: Archivo Universidad del Claustro de Sor Juana.

Página 72: Ilustración basada en la imagen Concierto del Ensemble Galileo, con Rita Guerrero, en la Capilla de San Ildefonso, Puebla 14, Luis Alvaz, https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/5/58/Concierto_del_Ensamble_Galileo%2C_con_Rita_Guerrero%2C_en_la_Capilla_de_San_Ildefonso%2C_Puebla_14.jpg

Páginas 76-77: Moramay Herrera Kuri.

Página 79: Grabado tomado de *Cultura. Selección de buenos autores antiguos y modernos*, tomo I, núm. 6.

Página 80: "Shooting star", J. Grandeville (1803-1847), en *Les étoiles*, [<https://www.oldbookillustrations.com/illustrations/shooting-star/>].

Página 87: Sor Juana Inés de la Cruz, Fray Miguel de Herrera, 1792, [https://commons.wikimedia.org/w/index.php?search=Sor+Juana&title=Special%3ASearch&go=Go&nso=1&ns6=1&ns12=1&ns14=1&ns100=1&ns106=1#/media/File:Sor_Juana_In%C3%A9s_de_la_Cruz,_1732_-_Fray_Miguel_de_Herrera.jpg].

Página 89: "Tailpiece with books and candle", desconocido, en *Les livres à vignettes du XIX siècle*, [<https://www.oldbookillustrations.com/illustrations/book-candle-tailpiece/>]

Página 105: Fotocompisción: "Aquaria at RuPaul's Dragcon 2019", DVSROSS, , [<https://www.flickr.com/photos/dvsross/>].

Página 113: "A Robe of Purple", Geoffrey Chaucer, [<https://www.oldbookillustrations.com/illustrations/richeesse/>].





UNIVERSIDAD DEL
CLAUSTRO DE SOR JUANA

**PATA
NEGRA**



CONDESA

Tamaulipas 30, Col. Condesa
f BarPataNegraMx
Tel. 5211-5563

CUAUHTÉMOC

Río Niágara 43, Col. Cuauhtémoc
f PataNegraCuauh
Tel. 2345-1788

CENTRO

Av. 5 de Mayo 49, Col. Centro Histórico
f PataNegraCentroHistorico
Tel. 5512-1669 | (55) 7233-1284

@patanegra_mx
patanegramx



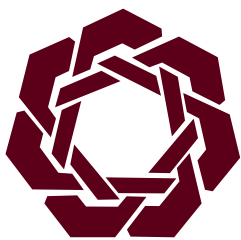
UNIVERSIDAD DEL
CLAUSTRO DE SOR JUANA

MUSEO
Soumaya
FUNDACIÓN Carlos Slim

CLAUSTRO
SOU MAYA

ÚLTIMO SÁBADO DE CADA MES • 12 H

BULEVAR CERVANTES SAAVEDRA ESQUINA PRESA FALCÓN | AMPLIACIÓN GRANADA | CIUDAD DE MÉXICO



UNIVERSIDAD DEL
CLAUSTRO DE SOR JUANA